

INFRAESTRUCTURAS DE MODERNIDAD: ESTÉTICAS
DECADENTISTAS Y DESARROLLO URBANO EN BOLIVIA

By

JAVIER VELASCO CAMACHO

A DISSERTATION

Presented to the Department of Romance Languages
and the Division of Graduate Studies of the University of Oregon
in partial fulfillment of the requirements
for the degree of
Doctor of Philosophy
September 2023

DISSERTATION APPROVAL PAGE

Student: Javier Velasco Camacho

Title: Infraestructuras de Modernidad: Estéticas Decadentistas y Desarrollo Urbano en Bolivia

This dissertation has been accepted and approved in partial fulfillment of the requirements for the Doctor of Philosophy degree in the Department of Romance Languages by:

Lanie Millar Chairperson

Leonardo García Pabón Core Member

Pedro García Caro Core Member

Carlos Aguirre Institutional Representative

and

Krista Chronister Vice Provost for Graduate Studies

Original approval signatures are on file with the University of Oregon Division of Graduate Studies.

Degree awarded September 2023.

© 2023 Javier Velasco Camacho
This work is licensed under a Creative Commons
Attribution-NonCommercial-ShareAlike (United States) License



ABSTRACT

Javier Velasco Camacho

Doctor of Philosophy

Department of Romance Languages

September 2023

Title: Infraestructuras de Modernidad: Estéticas decadentistas y desarrollo urbano en Bolivia

Esta disertación analiza el desarrollo de la estética literaria decadentista en Bolivia en conexión con las infraestructuras de urbanización del espacio a principios del siglo XX. A diferencia del decadentismo europeo, que desarrolló un lenguaje experimental para dar cuenta de un cansancio civilizatorio y para mostrar el lado oscuro de la modernidad, en Latinoamérica el decadentismo fue parte de un proceso político y cultural criollo de integración a la modernidad.

Desde el caso de estudio boliviano, mi disertación examina en periódicos, fotografías, documentos administrativos y otros materiales de archivo, junto a varios textos narrativos de la época, la forma en que la expansión de la ciudad, impulsada por nuevas tecnologías e infraestructuras de urbanización del espacio, no sólo reflejó las tensiones sociales entre las elites criollas y grupos subalternos en ascenso (cholos e indios), sino que fue el lugar desde donde las elites imaginaron un espacio material y simbólicamente ordenado con el criollo al centro de la modernidad. En una aproximación inicial, infraestructuras son presencias materiales en el espacio que, además de posibilitar el movimiento de cosas y personas, determinan subjetividades, procesos racionales y formas de imaginación colectiva. Por tanto, mi trabajo plantea que la modernidad criolla fue infraestructuralmente imaginada en la reorganización técnica y espacial de la ciudad, con nuevas tecnologías de transporte, calles ampliadas, nuevas construcciones y novedosos diseños urbanos.

Este proceso de urbanización produjo al mismo tiempo la infraestructura literaria de la narrativa de estilo decadentista, que reanimó las tensiones raciales coloniales en un intento por contener el avance de grupos subalternos que amenazaban la hegemonía criolla. En cada uno de los capítulos de mi disertación examino cómo la llegada e implementación de las nuevas infraestructuras se manifestaron en un lenguaje de movilidad y estacionarismo; cómo el desarrollo de un lenguaje de conectividad y cosmopolitismo estuvo relacionado con la emergencia de nuevas construcciones urbanas, hábitos de consumo y fantasías de contacto cultural en las elites; y cómo, en una versión alternativa de la modernidad criolla, una infraestructura de origen rural, como es la chichería, produjo un lenguaje de enamoramiento y feminización de la mercancía para fundar la idea de una modernidad económica de tipo liberal-mestiza. Estos elementos compusieron la aplicación local del decadentismo de principios de siglo, que, siguiendo el modelo europeo presentaba la imagen de personajes criollos enfrentados al orden instituido, sensibilidades pesimistas e individualistas, y reflejaba la urgencia criolla de organizar la modernidad y afirmarse dentro de un espacio social en transformación del cual se sentía desplazado.

AGRADECIMIENTOS

A mi directora, Lanie Millar, por el tiempo y la paciencia, por el rigor crítico, el comentario y las sugerencias, siempre precisas a la vez que generosas, y por haberme impulsado a lo largo de estos años a formular las preguntas esenciales. A Mayra Bottaro, por sembrar la idea y alimentar mi curiosidad crítica. A ambas, por su ejemplar vocación de maestras que fue la que acompañó mi búsqueda. Mi más sincero agradecimiento a los miembros de mi comité de disertación, Leonardo García Pabón, Pedro García Caro y Carlos Aguirre, por las conversaciones, siempre inspiradoras, por su invaluable contribución en mi formación intelectual, y por acompañarme generosamente en el proceso.

Al Departamento de Romance Languages and Literatures, que fue la infraestructura física, intelectual y humana que me albergó durante estos años.

A las amigas y amigos de Eugene, la familia de la que Ale y yo fuimos parte a lo largo de estos años, que nos acoge, nos apoya, y nos alegra el corazón.

Para Alejandra

INDICE DE CONTENIDOS

TABLA DE ILUSTRACIONES	10
INTRODUCCIÓN.....	11
1. La ciudad como signo de modernidad.....	11
2. Contextos ideológicos e históricos de la modernidad boliviana.....	18
3. La Infraestructura en el análisis crítico de la formación social.....	28
4. Conexión entre espacio e infraestructura en la formulación de la modernidad.....	32
5. Espacio social y modernidad criolla como control de la movilidad chola e indígena.....	36
6. Descripción de capítulos.....	44
CAPÍTULO 1. INFRAESTRUCTURAS DE MOVILIDAD Y ESTACIONARISMO EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA MODERNIDAD CRIOLLA: <i>EL ALTO DE LAS ÁNIMAS</i> DE J.E. GUERRA.....	47
1. Criollos en el espacio urbano: El alto de las ánimas y el contagio de la ciudad.....	51
2. Movilidad y Estancamiento: Las tensiones infraestructurales de la modernidad.....	55
3. Movilidad y Estancamiento: El uso social de las “ficciones de lo patológico”.....	71
4. Las ficciones de lo patológico: imaginación lectora y estados emocionales alterados en la movilidad criolla.....	81
5. Movilidad, exilio literario, y nacimiento del nuevo sujeto criollo.....	87
CAPÍTULO 2. DESARROLLO URBANO Y “WORLD LITERATURE”: INFRAESTRUCTURAS DEL “SISTEMA MUNDO”.....	95
1. El “sistema mundo” y la circulación transnacional de fantasías culturales.....	97
2. Decadentismo, “World Literature” y la borradura de la huella colonial en <i>Platonía</i>	118
3. Exaltación del “yo” y silenciamiento de la masa en <i>Renovarse o morir</i> de Walter Carvajal.....	136
CAPÍTULO 3. CHOLA “ENTREPRENEUR”: INFRAESTRUCTURAS DE MODERNIDAD LIBERAL MESTIZA EN LA NARRATIVA DEL ENCHOLAMIENTO.....	146

1. La chichería como infraestructura de modernización urbana.....	149
2. La dimensión económica de la escritura: <i>La Miskki-Simi</i> y la atracción criolla por la mercancía.....	160
3. La subjetividad “entrepreneur” chola. Un proyecto de economía liberal en <i>La Chaskañawi</i>	176
CONCLUSIONES. UNA MIRADA ALTERNATIVA DE LA MODERNIDAD BOLIVIANA.....	193
Bibliografía.....	202

TABLA DE ILUSTRACIONES

INTRODUCCIÓN

IMAGEN 1. Alasitas en el Prado, 1912. Fotografía de Julio Cordero. Fuente: Mariano Baptista, La Paz. Vista por autores extranjeros y autores nacionales.....	11
IMAGEN 2. Llamas y coche en La Paz. Fuente: Rodolfo Toriico Zamuio, Memoria Fotográfica 1915-1940.....	20
IMAGEN 3. Interior casa de la élite 1. Fotografía de Julio Cordero, sin fecha. Fuente: Rolando Costa Ardúz. La Paz, sus rostros en el tiempo, Vol 1.....	21
IMAGEN 4. Interior casa de la élite 2. Fotografía de Julio Cordero, sin fecha. Fuente: Rolando Costa Ardúz. La Paz, sus rostros en el tiempo, Vol 1.....	21
CAPÍTULO 1	
IMAGEN 1. Mapa de la ciudad de La Paz durante el cerco de 1871, de Florentino Olivares, elaborado en 1888. La imagen es copia del original ubicada en los salones del Municipio de La Paz.....	58
IMAGEN 2. Plano de La Paz levantado en 1846. Fuente: Nadia Guevara, Construyendo la ciudad.....	59
IMAGEN 3. Plano de la ciudad de La Paz, elaborado por Manuel Calancha en 1876. Fuente: Nadia Guevara, Construyendo la ciudad.....	59
IMAGEN 4. Mapa del tranvía urbano y conexiones con el ferrocarril a Guaqui. Fuente: Allen Morrison, “tranvías de La Paz”.....	61
IMAGEN 5. Desconocido. Dama subiendo al tranvía calle Comercio, 1910. Archivo David Pérez Hidalgo.....	64
IMAGEN 6. J.N. Piérola. Elegante Pasajero. 1915. Archivo David PérezHidalgo.....	64
IMAGEN 7. Julio Cordero. Paseo de la elite, sin fecha. Archivo Tambo Quirquincho Gobierno Autónomo Municipal de La Paz.....	66
CAPÍTULO 2	
IMAGEN 1. Estación del FF.CC a Guaqui, obra de la compañía de Gustav Eiffel. Por la presencia de coches, militares y una larga comitiva, se presume que es el acto de inauguración. Foto de Julio Cordero. Fuente: Grupo Fotos Antiguas de La Paz.....	105
IMAGEN 2. Feria Internacional del Centenario de Bolivia, en la Estación del Ferrocarril La Paz – Guaqui. 1925. Fuente: Grupo Fotos Antiguas La Paz.....	106
IMAGEN 3. Portada de la Brill’s Magazine. Mayo de 1909. Fuente: HathiTrust Digital Library.....	110
IMAGEN 4. Imagen de la plaza San Francisco. Brills Magazine. Mayo de 1909. HathiTrust Digital Library.....	110
IMAGEN 5. Diploma de reconocimiento a expositores internacional durante la Feria Internacional del Centenario de Bolivia. Fuente: Grupo Fotos Antiguas La Paz.....	115
IMÁGENES 6 y 7. Casas de estilo modernista o “victoriano” que aparecen en La Paz en la zona de Sopocachi a principios del siglo 20. Fuente: Juan Francisco Bedregal, Arqueología de los imaginarios urbanos.....	139
IMÁGENES 8 y 9. Exterior e interior de una casa de estilo “republicano”, que mantuvo la estética de la casa hacendada de los días coloniales durante el siglo 19. Fuente: Juan Francisco Bedregal, Arqueología de los imaginarios urbanos.....	140

INTRODUCCIÓN

1. La ciudad como signo de modernidad



Imagen 1. Alasitas en el Prado, 1912. Fuente: Baptista, *La Paz. Vista por autores extranjeros y autores nacionales*

La imagen 1 es una foto de Julio Cordero (1879-1961), con la que Mariano Baptista (2013) abre su libro sobre miradas de La Paz, ciudad que para principios del siglo XX era ya la principal de Bolivia y la primera en entrar en el circuito global de la modernidad. La foto lleva el texto incorporado por Baptista: “Alasitas de 1912 en el Prado. Desde 1909 ya no era centro exclusivo de reunión de la sociedad paceña”. La imagen corresponde a uno de los centros aglutinadores de la vida social de la ciudad durante el siglo XIX: el paseo de la Alameda, también llamado el Prado. En ella se puede observar una escena variopinta de indígenas y criollo-mestizos, diferenciados por el tipo de vestimenta, en el evento de “las alasitas”, fiesta mestiza que se realiza anualmente honrando al “Ekeko”, deidad prehispánica de la prosperidad y la abundancia. El uso de carruajes,

seguramente reservados para la población étnicamente dominante y pudiente de la ciudad, en una calle amplia que muestra los contornos de casas señoriales y por la que pasa el tranvía eléctrico, representado por el riel de acero, cerca de altos postes y cableados eléctricos que transportaban la electricidad con que funcionaban el tranvía y el aún incipiente alumbrado público, cubriendo invisibles los trabajos de alcantarillado que ya se llevaban adelante, componen la constelación de significantes que hablan del proceso de modernización de la ciudad.

La ciudad de La Paz, desde finales del siglo XIX, creció para integrar el mundo rural de comunidades y haciendas indígenas, en un proceso que trajo consigo aspiraciones civilizatorias y nuevas formas de administración de la diferencia urbana, que dejaba de ser, a decir de Baptista, “centro exclusivo de la sociedad paceña” (s/n). Así, la imagen representa el momento histórico, estudiado por Nadia Guevara (2021), en el que la superación de las antiguas fronteras coloniales significó la fuerza expansiva de las formas de urbanidad sobre el atavismo indígena, que vivía más allá de los puentes, muros y entradas de la ciudad colonial, antiguo resguardo de españoles y criollos frente a la “barbarie” india. La fotografía de Cordero muestra la importancia de la “infraestructura”, es decir, de todas aquellas intervenciones materiales en el espacio que, traídas por la dinámica modernizadora de aquel tiempo, se constituirán en los nuevos mecanismos de definición de aquello que, según Guevara, harán de la ciudad una “máquina para crear la modernidad” (15).

Este trabajo gira en torno a la forma cómo estas intervenciones en el espacio público fueron inscribiendo una gramática de modernidad al interior de la ciudad en expansión, y fueron el referente desde el cual la elite criolla dominante se imaginó parte de una dinámica modernizadora que la conectaba con los centros más importantes de circulación de civilización y progreso. Sin embargo, a pesar de esta aspiración criolla, la fantasía de la modernidad no dejaba de ser

problemática, en una sociedad postcolonial como la boliviana, en la que la presencia de identidades étnica, cultural, e históricamente confrontadas no allanaban el paso al sueño imitador de una modernidad no-contradictoria de molde occidental. El lugar periférico de Bolivia, y de Latinoamérica en su conjunto, respecto de los centros de acumulación de capital, la destinaba al espacio marginal de las economías exportadoras de materias primas, y relegaba su papel en el flujo de economía global a la de los estados importadores de bienes y mercancías producidas en las grandes capitales industriales. Por tanto, los índices de modernidad que se muestran en la imagen 1 son producto de los nuevos aparatos y tecnologías poblando el espacio de la ciudad, más que la expresión real de las condiciones materiales de la vida social de aquel tiempo. Estas intervenciones materiales en el espacio, y que, siguiendo una categoría de gran interés en la teoría crítica contemporánea, denominamos “infraestructuras”, forman el cuadro de una modernidad imaginada. En una aproximación inicial, infraestructuras son presencias materiales en el espacio que, además de posibilitar el movimiento de cosas y personas, determinan subjetividades, procesos racionales y formas de imaginación colectiva. Por tanto, esta modernidad criolla se imagina desde nuevas tecnologías de transporte, calles ampliadas, construcciones, novedosos diseños urbanos, etc., que compusieron la ilusión de un espacio material y simbólicamente ordenado en dirección a la modernidad deseada.

De esta manera, si la modernidad boliviana tiene que ver con la transformación material y simbólica del espacio, esta tesis estudia las formas en que los procesos de urbanización, en fotografías, reglamentos, documentos administrativos y de prensa, junto a las dinámicas narrativas venidas de la literatura que los acompañaron, fueron fundamentales para el diseño de una modernidad criollo-letrada como aspiración infraestructuralmente creada. Este proceso de modernización urbana reflejó la tensión entre criollos y grupos subalternos (cholos e indígenas

urbanos). Al mismo tiempo, produjo la infraestructura literaria de la narrativa de estilo decadentista, estilo derivado de las corrientes modernistas europeas que muestra escenarios sociales corrompidos por medio de la confrontación entre protagonista y entorno social, y que, combinado con una mirada positivista, fue funcional al proceso simbólico de toma, administración y transformación del espacio social boliviano, en el que el sujeto criollo se imaginó como único intérprete de la modernidad nacional. Así, y como desarrolla cada uno de los capítulos de este trabajo, la dinámica urbana, con el arribo de nuevas técnicas y tecnologías, se manifestó en un nuevo lenguaje de movilidad y estacionarismo, de conexión con la modernidad global y cosmopolita, definido por las nuevas construcciones urbanas, hábitos criollos de consumo, y fantasías de contacto cultural con los centros de la modernidad industrial con los que el criollo se imaginaba relacionado. Al mismo tiempo, en la conexión entre ciudad y chichería, que analiza el último capítulo, se produjo un lenguaje de enamoramiento de la mercancía, y la economía informal propiciada por la chichería¹, como infraestructura rural que se instala en la ciudad, dio paso a un proyecto estético de modernidad alternativa, de tipo liberal mestizo sustentado en la chola como sujeto económico.

Metodológicamente, este trabajo parte de una nueva aproximación en la teoría crítica de recientes años, por la que el espacio deja de ser una estructura fija e inmóvil, algo más que un contenedor vacío, y deviene un proceso social en permanente transformación, conforme a las dinámicas humanas ocurriendo en él. Desde este punto de vista, el estudio de las infraestructuras, más que la funcionalidad de un accesorio en el paisaje urbano, es el estudio de los procesos determinando la coherencia y racionalidad de los procesos materiales y simbólicos con que ese

¹ Espacio comercial de venta de comida y chicha, que es una bebida alcohólica en base a fermento de maíz muy tradicional en los Andes. La chichería está regentada por la chola, sujeto mestizo característico del mestizaje étnico en la región.

paisaje es pensado y producido (Arjun Appaduri 2015). La literatura, como vehículo de expresión criolla en aquel tiempo, participa de la discusión sobre el espacio social, como parte de lo que Henri Lefebvre, en su libro iniciador del giro espacial en las ciencias sociales: *The production of Space* (1977), denomina como “representational spaces”: “space as directly lived through its associated images and symbols” (Davies 19). Según este acercamiento, la literatura, como proceso de construcción simbólica de la realidad, participa, junto a otros discursos institucionales y de las ciencias, de la dinámica colectiva de formación del espacio social como experiencia cotidiana.

Esta tesis, que conecta el desarrollo urbano a la narrativa de estilo decadentista de principios de siglo XX, permite una entrada alternativa al archivo de escrituras sobre la modernidad boliviana, y plantea un abordaje alternativo a la idea de espacio de la modernidad como construcción social, producto de una compleja articulación de experiencias y prácticas discursivas.

Vale la pena en este punto hacer algunas consideraciones valorativas sobre la idea de modernidad en los Andes y Latinoamérica. La modernidad es una categoría de compleja delimitación, que depende de los acercamientos estratégicos al tema de la integración del mundo colonizado, en condición desventajosa y subalterna, al mundo de la razón ilustrada y la civilización industrial europea. Jean Franco da cuenta del proceso histórico material, que en Latinoamérica comienza con la colonización europea, y cuyo proyecto civilizatorio entra en crisis en la mirada de los letrados americanos para dar nacimiento al movimiento modernista. El modernismo fue una revolución en la cultura americana propiciado por las artes, por la literatura más específicamente, pero que significó un movimiento teológico, científico y literario que apuntó a dar un propósito al individuo y a la sociedad otro que no fuera la simple prosperidad material de la modernidad occidental (Franco 135). Para Ángel Rama, los términos modernismo, modernidad y

modernización son categorías relacionadas pero no intercambiables, operando dentro de esferas diferenciadas: la de la literatura, de la sociedad y la cultura, y de la economía y política respectivamente. El proceso de modernización, que sería el proceso de tránsito y de paso de la tradición a la modernidad, en la idea de replicar las estructuras económicas, sociales y políticas de las sociedades postindustriales de occidente, encuentra, según Rama, un contenido local, a la manera de un orbe cultural propio y a la vez conectado con Europa, el momento en que surge el modernismo literario en la obra de Darío o Martí. De esta forma, sería sobre la base de generación de un campo discursivo local que la región traduce y puede superar la aporía que dividía el destino latinoamericano como confrontación insalvable entre tradición y modernidad, mediante “la apropiación de todo el instrumental contemporáneo -lingüístico y poético- de la culta Europa” (Darío y el modernismo 7). Así, una modernidad, como proyecto cultural y filosófico de fabricación local, se hizo posible en la obra experimental y renovadora del modernismo. Por su parte, en el análisis de Aronna (1999), la modernidad tiene que ver con el proyecto ilustrado europeo que definía las relaciones entre sujetos según una cierta evolución hacia la “racionalidad” que era la que separaba al hombre del estado de la naturaleza. La modernidad se mide así de acuerdo a estados de desarrollo mental o crecimiento racional, cuya desviación, es decir, la consideración de grupos y sujetos como parte de la masa inherentemente irracional del conjunto humano, era señal de anormalidad o enfermedad. Así, este paradigma se extendió en su aplicación a las sociedades para la actuación de cuerpos de especialistas listos para detectar/clasificar en términos de enfermedad a las poblaciones históricamente subalternas, y, como lo afirma el autor, “the drive to isolate and classify the organically and socially ill was part of a greater project to modernize the nation” (14). Así, la modernidad se entendía como el ejercicio institucional de clasificación de lo patológico, llevado a cabo por letrados y especialistas como forma de

ordenamiento social. Canclini plantea una entrada alternativa al tema de la modernidad latinoamericana. Para el autor de *Culturas híbridas*, la modernización tiene que ver con el conjunto de procesos sociales y cambios históricos, traducidos en innovaciones tecnológicas, culturales y económicas, que en Latinoamérica habrían dado lugar a la generación de culturas híbridas, diversas mezclas interculturales que abarcan más que el mestizaje racial o el sincretismo religioso, como fuerzas de “renovación con que diversos sectores se hacen cargo de la heterogeneidad multitemporal de cada nación” (37). Mientras Cornejo Polar y Aronna identifican fuentes enunciativas de producción e interpretación de la modernidad latinoamericana (el modernismo literario en Cornejo Polar y las dinámicas institucionales que identifican y clasifican la enfermedad social en Aronna), Canclini propone una articulación más compleja de tendencias, prácticas colectivas y conjuntos humanos históricamente situados, en procesos que mezclan lo local con lo foráneo, así como también de campos de conocimiento establecidos y de origen popular, fundando una modernidad de sustancia heterogénea. Esta modernidad sería resultado de prácticas sociales, institucionales y discursivas que van moldeando la trayectoria múltiple del desarrollo latinoamericano. En esta idea, la visión de la modernidad como formación heterogénea corresponde más al interés de este trabajo, que busca relevar en prácticas discursivas de diversa naturaleza las experiencias cotidianas y diversas de habitación del espacio para la construcción de proyectos de modernidad nacional criollos.

En su desarrollo, esta disertación combina el uso de textos literarios y no-literarios, documentos y material de archivo, que se leen en combinación con narrativas literarias de principios de siglo, poco conocidas o estudiadas por las historias críticas. Al tomar como elemento de análisis un conjunto de textos literarios que incluyen elementos del estilo decadentista, de gran influencia en las elites letradas de principios de siglo, la tesis es una contribución al estudio de la

modernidad literaria en Bolivia, que se había ensayado sobre todo desde la poesía², pero no en la narrativa. Este acercamiento contribuye también a ampliar el estudio sobre el modernismo literario en Latinoamérica, que tradicionalmente miró hacia autores consagrados en contextos literarios nacionales más amplios, integrando a narradores bolivianos al interior de este intercambio regional de modernidades estéticas.

En lo que viene, esta introducción describe el contexto histórico en el que se desarrolla este análisis, que comprende el giro del siglo XIX al XX, durante las tres primeras décadas del nuevo siglo, marcadas por la llegada del liberalismo ideológico y una actualizada percepción del indio y el cholo como amenazas. Luego, esta introducción realiza una mayor elaboración categorial de la conexión espacio/infraestructura/literatura, categorías que estructuran la intervención teórica de la tesis. Finalmente, la descripción de la forma en que los textos narrativos de estilo decadentista de en la literatura de principios de siglo funcionan infraestructuralmente en la configuración de un espacio social con el criollo como sujeto de la modernidad imaginada.

2. Contextos ideológicos e históricos de la modernidad boliviana

La imagen 2, que corresponde al archivo fotográfico de Rodolfo Torrico Zamudio (1890-1955) grafica muy bien el espacio boliviano de principios de siglo XX con la modernidad urbana al centro de dos fuerzas en tensión histórica. La fotografía, que muestra una esquina de la ciudad de La Paz, tal vez el barrio de Sopocachi, barrio residencial en formación que empezaba a ser habitado por prestigiosas familias de la época en nuevas construcciones victorianas modernas, pone atención en dos de las formas de transporte que funcionaron en ese entonces en la ciudad: por una lado, las tradicionales llamas, vehículo prehispánico en el que productos agrícolas y minerales circularon durante la colonia hasta mitad del siglo XX; y por otro, el automóvil,

² Ver el libro que Mauricio Souza le dedica a la obra del poeta Ricardo Jaimes Freyre: *Lugares comunes del modernismo: aproximaciones a la obra de Ricardo Jaimes Freyre* (2003)bol

innovación tecnológica que llegó en 1905, y que asocia su presencia con la de personajes bien vestidos, camisa, traje y corbata, como símbolo de civilización. Ambos, sobre una calle de tierra, que señala la todavía fuerte conexión entre espacio urbano y rural, así como las limitaciones de la modernidad técnica aplicada a la transformación del espacio urbano en aquellos años. Esta composición contradictoria de presencias poblando la imagen: llama/automóvil, edificación moderna/calle de tierra, sugieren más bien la idea de una modernidad incompleta, o como formación aparente, instalada más en la imaginación criolla que en las condiciones materiales y sociales de la vida cotidiana.

Como afirma Mauricio Souza (2003), la característica de la modernidad latinoamericana, y de la boliviana en particular, es que apareció como idea, manifiesta en objetos, en productos estéticos, las artes y el discurso, antes que en las condiciones objetivas de transformación del espacio que fue característica de la modernidad europea y norteamericana:

[...] entre 1890 y 1930 ninguna ciudad boliviana fue transformada sustancialmente por la “edad del hierro”, pues hablamos de espacios urbanos que, además de solo vivir fantasmagóricamente los siempre convocados índices de modernización, postulaban en su organización el apartheid tácito heredado de formas más bien coloniales de representación y concurrencia al mercado. No obstante, la modernización se recrea y se vive en el consumo de sus fetiches y lugares comunes discursivos. (102)



Imagen 2. Rodolfo Torrico Zamudio, Sin título. Fuente: La Paz, Memoria Fotográfica 1915-1940

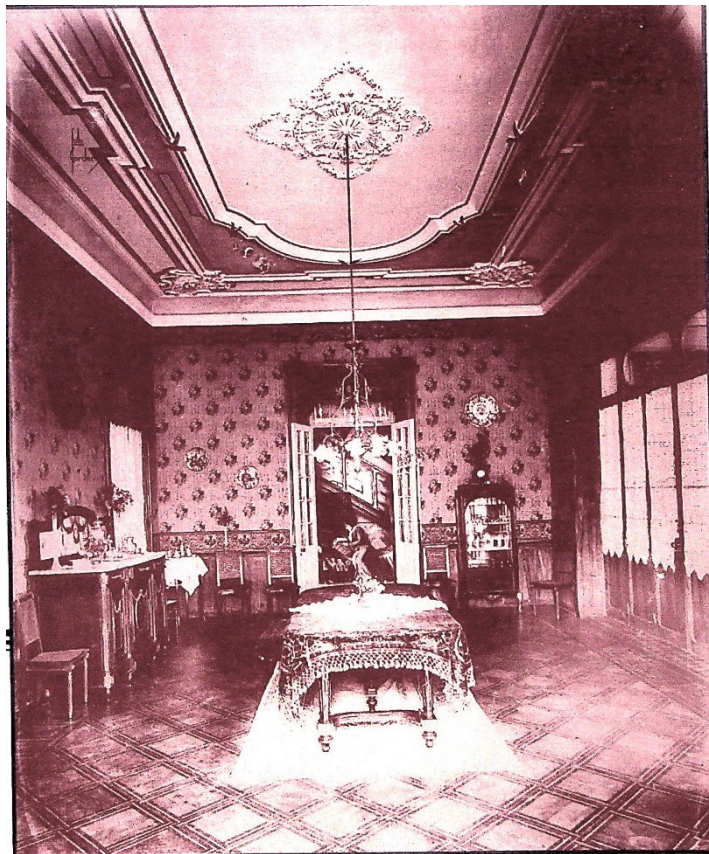
Al mencionar la palabra “apartheid”, el autor no se refiere al proceso material de separación de razas, sino a la normalizada dinámica de funcionamiento de un sistema de desigualdades (legales, raciales, lingüísticas, etc.) ocurriendo cotidianamente en la ciudad. Esta problemática modernidad, que no vino acompañada de un proceso expansivo de democratización de la vida social, y que tenía a los grupos no-blancos³, especialmente indígenas, en los márgenes de la ciudadanía política, funcionó en la mentalidad dominante a partir de imágenes y aparatos simbólicos que encontraron en la tecnificación del espacio, la importación de tecnologías y el consumo de bienes importados su lugar de realización imaginaria.

³ En la estratificada sociedad paceña de la época, tanto el indígena como el “cholo” (indígena urbano producto de las dinámicas migratorias campo-ciudad) eran consideradas identidades subalternas. El criollo-mestizo, que se veía a sí mismo como el portador de una mayor pureza racial y más cerca del blanco europeo que del indio andino, estaba arriba de la jerarquía social. El mundo social andino boliviano estaba, y permanece hoy, organizado alrededor de tres grupos étnicamente diferenciados: el indígena, en lo más bajo, y luego, de manera ascendente, el cholo y el criollo-mestizo.



Imagen 3. Julio Cordero. Sin título. Fuente: Rolando Costa Ardúz

Imagen 4. Julio Cordero. Sin título. Fuente: Rolando Costa Ardúz



Las imágenes 3 y 4 pertenecen al archivo de Julio Cordero, y muestran el interior de la vivienda criolla a principios del siglo XX. El espacio de habitación criolla, que sufrirá una transformación arquitectónica significativa respecto al modelo de la casa colonial y de la república temprana, caracterizada por la funcionalidad y apertura de patios interiores, y que se estudia con mayor detalle en el segundo capítulo, empieza a mostrar en este periodo los símbolos de una modernidad burguesa caracterizada por los amplios recibidores y los elementos decorativos como las alfombras, candelabros, pianos, tapizados, muebles de diseño y una serie de adornos importados de diversas partes del mundo. Hay en todo caso un festejo exhibicionista del consumo, y los nuevos artefactos que componen los salones interiores de estas residencias, como menciona el libro de Costa Ardúz que recopila estas imágenes en 1993, tienen la intención de modificar el espacio “evocando en ocasiones los sitios de donde procedían” (13).

El espacio privado criollo fue en todo caso la extensión de la dinámica espacial sucediendo en la esfera pública de la calle, que, como menciona un texto de 1925, elaborado en homenaje al centenario de la república, describía con orgullo el avance urbano en cuanto a la tecnificación de la ciudad, las nuevas construcciones, tecnologías y servicios ofertados a viajeros y visitantes:

Se pueden apreciar de cerca algunos de los edificios vistos desde arriba y sentir el ruido urbano. Fábricas, tranvías, camiones, un riachuelo pedregoso, lavanderas que apenas levantan la cabeza cuando pasa el tren. Luego la estación Central, amplia y elegante, considerada como una de las mejores de su clase. Bajo sus marquesinas, acosado por vendedores de diarios y revistas, conductores de maletas y agentes de hoteles, desciende el pasajero, a quien esperan a las puertas de la estación tranvías y centenares de automóviles, dispuestos a conducirlo a su alojamiento. Tiene a su disposición hoteles que, si en general no tienen la suntuosidad de los de otras

grandes capitales, poseen lo indispensable para vivir con decoro, comodidad e higiene: ascensores, calefacción, ventiladores y, de más está decirlo, los servicios higiénicos más modernos y completos. (*Bolivia en el primer centenario* 13)

Esta descripción, venida de un documento más predispuesto para el elogio, casi propagandístico, del centenario, contradecía una realidad local mucho más profunda, expresada por autores ajenos al régimen de gobierno, ilustrados marginales críticos de esta ilusión de modernidad sin industrialización, que parecía ser lo que refiere la nota anterior. Tal el caso de Tristán Marof, quien afirmaba, aún en 1941:

En 1920 y ni aún en 1941, Bolivia no ha transformado su estructura semifeudal y semicolonialista. Existen clase sociales privilegiadas; la mayoría nacional se compone de indígenas siervos. En un ochenta por ciento la población es analfabeta y supersticiosa; la economía es pobre y no tiene otra sustentación que las minas; la agricultura es rudimentaria y como en el tiempo de los faraones. Aún se camina a pie por las sendas y se siembra la tierra con arado egipcio. Apenas una que otra industria aislada se yergue trabajosamente y eso protegida por el Estado. (5)

De esta forma, ante la ausencia de mercados internos, procesos de acumulación originaria locales que permitieran el desarrollo de la industria, y una expansión formal de los derechos y libertades civiles hacia las poblaciones no-blancas, hablar de una modernidad de tipo occidental resultaba por lo menos paradójico. Como afirma Souza, se trataría de una modernidad creada “fantasmagóricamente”, mediante intervenciones materiales en el espacio que señalaban ilusoriamente el síntoma realizado de su existencia. Vale la pena, en lo que sigue, tratar de entender los antecedentes históricos de este proceso modernizador.

Bolivia ingresó al siglo XX bajo la influencia ideológica del liberalismo político y económico que habían adoptado sus élites desde La Paz, su ciudad más próspera, a finales del siglo XIX. En 1899, un conflicto armado que enfrentó a los grupos dominantes del sur y el norte del país, y conocido como la “Guerra Federal”⁴, concluyó con el traslado de la sede de gobierno de Sucre a La Paz, y con la consolidación política de la elite criollo-mestiza paceña que desde entonces regiría el curso de la formación nacional hasta 1952⁵.

Como consecuencia de la guerra, y de la mentalidad modernizadora de la nueva elite, La Paz comienza un proceso de expansión y crecimiento que la consolidaría como la ciudad más importante del siglo XX boliviano. Este crecimiento vino acompañado, como es lógico, de un aumento de la población en la zona urbana, producto de migraciones desde las zonas rurales del departamento y de los nuevos circuitos de movilidad social que la actividad comercial y minera de la ciudad habían generado. La ciudad adquirió una energía renovadora y una velocidad expansiva que iba en perfecta armonía con la época: nuevas calles, alumbrado público, energía eléctrica, y proyectos de modificación urbana hicieron que la ciudad, con el ferrocarril como símbolo del

⁴ También conocida como “Revolución Federal”, este conflicto fue una guerra civil que se produjo en diciembre de 1898 y duró hasta abril de 1899. Enfrentó fundamentalmente a las clases políticas y dirigentes de Sucre y La Paz. El resultado fue la victoria paceña, lograda con el respaldo de los indígenas del altiplano, y el traslado de la sede del poder político de Sucre a La Paz. Huascar Rodríguez (2019) afirma que entre los factores que propiciaron este conflicto están: la radicalización de la lucha por el poder entre conservadores y liberales; los intereses regionales de las clases dominantes de La Paz frente a la cada vez más debilitada influencia política y económica de la elite de Sucre; las reiteradas demandas regionales de descentralización administrativa que se sustentaban en propuesta federalistas venidas de regiones que no participaban del poder político central; la lucha indígena por recuperar sus tierras de comunidad y su autodeterminación. Finalmente, la ley de radicatoria, que obligaba al gobierno central a permanecer en Sucre, fue la chispa que encendió el conflicto armado.

⁵ La Revolución de abril de 1952 fue el evento que marcó el nacimiento de la Bolivia contemporánea. Llevada a cabo por los hombres y mujeres del MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario), la Revolución quiso instituir un nuevo tipo de proyecto nacional sobre la base del reconocimiento del mestizaje como categoría unificadora, la soberanía nacional en guerra contra los intereses de las transnacionales, la ciudadanía general sin restricciones, y la reforma agraria como el gran evento de transformación de las relaciones históricas entre comunidades indígenas y Estado. Aunque el proyecto se corrompió tempranamente, sí marco un fin de época y la crisis terminal del tipo de sociedad señorial criollo-mestiza que gobernó el país desde la Guerra del Pacífico en 1879.

librecambio económico liberal en marcha, “dejara de ser una gran aldea para convertirse en ciudad” (Sanjinés 33).

Esta noción de progreso estuvo directamente articulada en la visión de país y de destino nacional que las élites articularon desde finales del siglo XIX. Como explica Marta Irurozqui (1994) en su extensa relación histórica sobre la formación de las nuevas elites sociales que se establecen políticamente con posterioridad a la Guerra del Pacífico, en el último cuarto del siglo XIX el país entra en un proceso de reconfiguración política y socioeconómica que sería el que definiría la visión de la construcción nacional a lo largo del siglo XX. El largo proceso, que comienza con la derrota del Pacífico, está marcado por el desarrollo de una economía ligada a la minería de la plata y a la posesión de haciendas agrícolas que constituyó una clase social dominante radicada en Sucre, y que sería la que tomaría las riendas del poder político una vez que los militares fueron apartados del mando y que Bolivia saliera de la larga etapa caudillista de mediados de siglo. La clase dominante en la Bolivia del siglo XIX estuvo conformada por grupos “blancos” (criollos) que aprovecharon el boom de la minería de la plata y la condición favorable de los mercados internacionales, contexto que les sirvió para revivir las antiguas haciendas agrícolas que eran trabajadas por indígenas obligados a prestar servicios temporales a cambio del derecho de un pedazo de tierra para el provecho de sus familias y de las comunidades. Esta dinámica económica herencia del modelo de economía y de jerarquías sociales de la colonia, fue perdiendo vigor cuando, a finales del siglo XIX los precios de la plata empezaron a caer en el mercado mundial. Esto llevó a la élite sureña a expandir su circuito de influencia y a participar directa y activamente en política para hacerse del Estado y lograr el conjunto de medidas públicas que les permitieran mantener su dominio y favorecer sus intereses como grupo. Sin embargo, al mismo tiempo se formaba en el norte, en la región de La Paz, otra clase de propietarios que,

favorecidos por la reducción de la influencia económica de la élite del sur, fue ganando espacio desde la región altiplánica por medio de actividades ligadas al comercio, la minería del estaño, la goma elástica y las haciendas agrícolas del occidente boliviano, que eran ricas en diversidad de productos y en mano de obra indígena. Ambos grupos, políticamente denominados como liberales (la nueva burguesía de La Paz) y conservadores (la élite tradicional del sur), definieron la diferencia en una confrontación armada que más que un cambio en la orientación estructural de las dinámicas económicas o sociales fue una confrontación intra-élite que aseguraba la sobrevivencia del mismo pensamiento señorial y de castas, y de dominación política y cultural que ahora regiría desde La Paz.

La Guerra Federal de 1899 fue una coyuntura de cambio, ya que del enfrentamiento entre liberales dirigidos por el coronel José Manuel Pando, y conservadores, liderado por el presidente Severo Fernández Alonso, resultó el éxito liberal. Pero la sustitución de un régimen conservador por otro liberal no supuso un cambio fundamental en las orientaciones de la estructura social o económica. Continuó la subvención gubernamental al transporte, se apoyó la industria minera del estaño, aunque bajo lineamientos de política económica favorables a la limitación del alcance de los monopolios, y se buscó el desarrollo y la modernización de los centros urbanos. A esto se unió la expansión del latifundio a costa de las tierras de comunidad en el altiplano, el progresivo debilitamiento de las comunidades indígenas, la conversión de muchos de sus miembros en colonos de hacienda y el aumento de la población “chola” con capacidad electoral en las ciudades (Irurozqui 32).

De esta forma, los nuevos procesos de movilidad social, por los que indígenas y mestizos urbanos desarrollaron iniciativas propias de ascenso económico, ganando importancia política, y que habían comenzado en la segunda mitad del siglo XIX, como consecuencia de la integración

de la economía boliviana al circuito internacional de intercambio mercantil, debían ser controlados. La Guerra Federal, como afirma Irurozqui, obligó la cohesión de la élite, y fue un “momento de regeneración del proyecto de reconvención hegemónica cuya finalidad consistía en fortalecer la conciencia e identidad de clase en el sector privilegiado” (105).

Ese proceso de regeneración pasó por la inevitable reactualización de la guerra de castas. Los liberales en el poder, para ganar la guerra, habían necesitado el apoyo indígena de las comunidades del altiplano con las que acordaron un mejoramiento de sus condiciones de vida y la reversión de las prácticas institucionales que los habían despojado de sus tierras de comunidad. Al finalizar la guerra, y lograda la victoria desde La Paz, las promesas no sólo no fueron cumplidas, sino que varios líderes indígenas fueron perseguidos y juzgados. Por otro lado, ambos bandos habían apelado a la participación de mestizos y sectores populares con capacidad de voto y apoyo político (fundamentalmente los grupos de artesanos que eran mestizos de clase menos acomodada y que residían en las ciudades). El discurso institucionalista del partido conservador, por ejemplo, estuvo dirigido a enfrentar la tradición caudillista de la política boliviana. En ella, el peligro era el de un militarismo anárquico y levantisco que, al tomar el poder por las armas, no reconocía los canales institucionales ni la estructura de orden y jerarquías sociales. En ese sentido, cualquier “cholo” podía hacerse del poder, como afirma en su estudio del proceso federalista Condarco Morales:

El holgazán de las clases altas y medias ingresaba al cuartel en calidad de oficial y el holgazán de las clases media y baja se incorporaba como soldado. El periodo de aprendizaje en el ejército los convertía en peligrosos agitadores de las turbas de los arrabales urbanos. En contraste, estaba el trabajador de vida decente y digna que mediante su trabajo posibilitaba el crecimiento de la nación, siempre y cuando se

mantuviera al margen de toda actividad política, porque de lo contrario se transformaba en un “cholo arribista”, en parásito abusivo de los que sí se comportaban como honrados artesanos. (542)

En este sentido, la recomposición de la elite criolla requería, junto al control institucional del estado, el control de los mecanismos de movilidad social que permitieran conservar el orden y las jerarquías sociales de la manera cómo éstas habían sido heredadas en la colonia. Esto se hizo no sólo por la vía de la fuerza, sino apelando a una subjetividad social construida desde una mentalidad modernizadora y racista, que confrontara los vicios de la Bolivia arcaica y premoderna desde una visión pragmática y utilitaria de la historia. La noción de progreso escondía así una falsa narrativa sobre la existencia de dos Bolivias, un segmento desarrollado y civilizado, y el otro arcaico, tradicionalista y premoderno. En esta narrativa, la parte moderna de esta sociedad debía modernizar a la otra. Esta visión, que manifiesta un claro colonialismo interno, esconde, además apoyada en una supuesta supremacía racial de la parte dominante, el hecho de que no existían “dos sociedades” contrastadas en marcos diferenciados de desarrollo, sino un sistema de relaciones entre estos dos “mundos” que los unía y conectaba en una misma y funcional unidad.

El cambio de gobierno y la nueva situación de prevalencia regional de La Paz vino acompañado de este discurso modernizante, que puede leerse en el entusiasmo con que fueron recibidas las transformaciones urbanas de principios de siglo. La ciudad, con sus infraestructuras de urbanización del espacio público, fue lugar donde las fantasías y deseos de una sociedad construida bajo el molde occidental y ordenada en sus castas y jerarquías de participación se hicieron visibles. El espacio urbano fue el elemento que permitió el control de este orden de participación, y las infraestructuras de urbanización del espacio fueron el medio por el cual esta organización era percibida, se hacía sensiblemente efectiva y permitía formar hábitos sociales

incorporados. De allí la importancia, en el análisis que propone este trabajo, de la infraestructura, como conjunto de intervenciones materiales, en la realización de la modernidad deseada como espacio imaginado.

3. La Infraestructura en el análisis crítico de la formación social

La categoría de infraestructura nace en la antropología social en los años 90, y desde entonces va captando el interés de investigadores de distintos campos, cobrando una notoria popularidad en los últimos años. Para Daniel Nemser (2016), “Infraestructura” es toda intervención material en el espacio: calles, automóviles, cableados eléctricos, puentes, circuitos computacionales, etc., que posibilitan la circulación de cosas, personas y conocimientos, y que al hacerlo afectan la manera en que las relaciones sociales son producidas⁶. Se considera “infraestructural” a todo aquello que opera precisamente “debajo” de la superficie en la que se desarrolla lo cotidiano, lo no visto y que permanece escondido, “operating just ‘beneath’ the surface of the phenomenal world while facilitating the operations on which that world depends” (Nemser 17). Esta lectura es tributaria del análisis de Brian Larkin en su artículo: “The Politics and Poetics of Infrastructure” (2013), uno de los textos fundacionales del campo. Para Larkin, infraestructuras “are matter that enable the movement of other matter” (329), y que en su uso cotidiano revelan formas de racionalidad política subyacentes a la presentación formal de cualquier tecnología. En ellas se almacenarían, de manera autónoma a su función técnica, formas de deseo y fantasías sociales. El autor propone como ejemplo una tecnología cualquiera, un “light bulb”, que, desde un punto de vista meramente técnico deviene la reunión de varias tecnologías integradas

⁶ Daniel Nemser va más allá en esta idea y escribe un innovador trabajo en torno a la idea de raza y la forma en que durante el gobierno colonial español en México, las categorías raciales definiendo y delimitando el campo social y las formas de interacción jerarquizada entre “indios”, “blancos” y “mestizos” fueron desarrolladas desde la eficacia, mezcla entre técnica y arquitectura, de ciertas edificaciones congregativas como las ciudades coloniales o instituciones educativas. Nemser desarrolla la potencia constitutiva de estas “infraestructuras” urbanas, no sólo como una función técnica, sino como el “sistemas de relaciones” que se articula desde su intervención efectiva en el espacio social y el tipo de subjetividades sociales que esto provoca; en este caso, la comprensión racial del mundo colonial mexicano.

(vidrio, filamentos eléctricos, etc.), pero considerada desde una perspectiva infraestructural es más bien una amalgama de técnicas administrativas, políticas, económicas funcionando simultáneamente y operando la construcción de un tipo de sujeto que se relaciona socialmente en la experiencia que estas técnicas permiten. Por ello, Larkin señala la necesidad de ir más allá de la función técnica de los objetos, para ingresar a su dimensión ética y estética, que es donde las racionalidades subyacentes y las relaciones que permiten pueden ser halladas. Larkin observa en la presentación formal de la infraestructura los signos que en el caso de la bombilla de luz por ejemplo producen subjetividades además de luz; aquello que el autor llama como “mobilization of affect and the senses of desire, pride, and frustration, feelings which can be deeply political” (333). Antina von Schnitzler propone un ejemplo de esto en “Citizenship Prepaid: Water, Calculability, and Techno-Politics in South Africa” (2008). La autora hace un análisis sobre cómo los medidores de agua en la Sudáfrica de los años 90, post apartheid, funcionaron como artefactos para racionalizar el consumo de agua, pero también, y fundamentalmente, como tecnología pedagógica en la construcción de nuevos ciudadanos disciplinados en el consumo y la obediencia al Estado. Esto para remarcar la potencia constitutiva de la infraestructura, que nunca es neutral, y que encierra un mundo de fantasías y deseos sociales que es necesario considerar.

De acuerdo con estas ideas, la presente tesis analiza, desde una multiplicidad de materiales de archivo venidos de reglamentos, revistas, artículos de prensa y fotografías, el proceso de infraestructuralización del espacio urbano conforme la modernidad liberal del siglo XX la iba diseñando y aplicando en las principales ciudades del país. Este análisis abre la posibilidad de navegar, decodificar y reimaginar aspectos que organizaron la vida social urbana, mostrando los tipos de aspiraciones y deseos colectivos que se escondían en infraestructuras como nuevos sistemas de transporte, arquitecturas urbanas, casas privadas y la chichería, y también pensar en

modelos alternativos, como el que generó la chichería, espacio de realización de una economía de tipo informal que se analiza en el capítulo 3.

Propongo que las infraestructuras de urbanización del espacio estuvieron fuertemente conectadas al desarrollo de la literatura, particularmente a la narrativa de comienzo del siglo XX en Bolivia. En las articulaciones discursivas entre literatura y procesos de urbanización, pueden ser rastreadas las conexiones subjetivas conectadas a los procesos de modernidad criolla imaginados por los letrados de la época. De allí la importancia de la literatura, la cual, inscrita en una dinámica criollo-letrada de discusión sobre modalidades sociales de habitar el espacio, devino ella misma infraestructural al formar parte de un canal que permitía la circulación de imaginarios culturales y subjetividades colectivas, como se elabora en la quinta sección de esta introducción.

Este trabajo sigue el modelo de lectura introducido por Dominic Davies en su texto de 2017: *Imperial infrastructures and spatial resistance in colonial literature*. En el análisis que hace el autor sobre la articulación entre literatura colonial en la India y Sudáfrica y los circuitos infraestructurales que posibilitaron el proyecto económico imperial europeo, Davies conecta “the representations of infrastructure in colonial literary writing to the infrastructures of that writing” (4). Así, el autor analiza, de manera simultánea y correspondiente, las representaciones de procesos infraestructurales sucediendo en el texto literario, como también las “infraestructuras del texto literario”, entendidas como “the historical raw material, be it social, economic or geographic, out of which the literature, as a specific crystallisation of cultural patterns and trends, is carved” (9). De esta manera, las infraestructuras, que dieron paso a procesos de dominación y expansión del espacio colonial, pueden entenderse también como coordenadas para la producción del espacio en la literatura.

Para el caso boliviano, la retórica de civilización y modernidad que subyace al desarrollo y planificación urbana fue infraestructural para el desarrollo de la narrativa de la época, que, por medio de personajes “decadentes”, enfermos de voluntad y enfrentados a su entorno, funcionó como herramienta ideológica de toma simbólica de la calle, en vista de un proyecto estético de reapropiación de la ciudad mediante la administración narrativa del espacio. Tanto el espacio físico de la ciudad como el espacio discursivo de la novela convergieron en un proyecto ideológico-estético dirigido a construir un modelo social de base criolla, donde la movilidad, el empuje civilizatorio, y una retórica cosmopolita devinieron valores fundantes en la representación de la modernidad boliviana.

Elleke Boehmer y Dominic Davies (*Literature, planning and infrastructure*) parten precisamente de la que es una de las preguntas fundamentales de este trabajo: “how literary forms not only reflect but also stimulate different modes of spatial imagining, just as they also ask questions of urban infrastructure” (395). Al interior de los discursos literarios y prácticas estéticas que trabaja esta tesis, se desarrollan cuestiones concernientes a la formación del espacio urbano, haciendo manifiesta la conexión entre infraestructura y espacio, en la idea de que el espacio es una construcción social que está siendo permanentemente actualizada a través de prácticas discursivas cotidianas.

4. Conexión entre espacio e infraestructura en la formulación de la modernidad

La infraestructura, como categoría analítica, surge del llamado “giro espacial” en la teoría crítica que se produjo en los años 70s, y en el que la dimensión del espacio como elemento de análisis de los procesos sociales disputa la importancia de las dinámicas temporales, dominantes en la teoría crítica de herencia marxista desde la primera modernidad industrial del siglo XIX.

Según afirma Dussel (2015), es una tarea imposible tratar de encontrar en la obra de Marx el lugar que éste le asigna a la idea de “infraestructura” como instrumento de comprensión del proceso económico determinante del resto de las relaciones no económicas en sociedad. Marx habla de “base”, refiriéndose a las relaciones de producción que se generan desde su fundamento económico, y que genera una afectación determinante de los otros aspectos de la vida social. Sin embargo, el proceso está muy lejos de ser simplemente unidireccional. Maurice Godelier (1978) plantea repensar la idea de infraestructura como categoría analítica desde su base material marxista. Godelier discute la comprensión tradicional de lo que cierto marxismo ortodoxo entendió por “relaciones de producción” para incluir toda una serie de fenómenos de “la inteligencia” (símbolos, representaciones, religión, familia, etc.) como superestructuras que, por su importancia en algunas sociedades, afectan determinantemente la base estructural productiva. Al hacerlo así, incluye estas representaciones en la idea de infraestructura, y su trabajo es significativo porque rompe con el análisis althusseriano de división entre super e infraestructura como una división institucional definitiva entre procesos materiales de producción material y desarrollo ideológico. Godelier plantea entonces que la división entre base y superestructura no es una separación entre instituciones, sino entre funciones: la religión puede ser de importancia infraestructural en una sociedad al definir modos de convivencia y de producción, lo mismo que las artes o ciertos valores morales. Sin embargo, cuando parece que su lectura abre el espectro del marxismo tradicional a otro tipo de posibilidades, el autor no termina de salir de la definición estructural economicista de la ortodoxia: toda actividad social, que quiera jugar un rol dominante en la producción de mecanismos de sociabilidad, debe funcionar necesariamente como relaciones de producción. Es decir, la base economicista sigue siendo la dominante en una relación que no deja de ser unilineal.

El punto de quiebre para pensar una versión alternativa a las limitaciones de la teoría marxista, y de la que se alimentan, directa o indirectamente, todos los análisis sobre infraestructura mencionados, viene de la mano de los llamados “geógrafos marxistas”, pensadores como Henri Lefebvre, Edward Soja, David Harvey, e incluso Michel Foucault, que desde los años 70 empiezan a redimensionar la idea del espacio como categoría de análisis aplicada a los fenómenos sociales. Para Foucault, por ejemplo, el mundo contemporáneo tendría una obsesión con el espacio, mucho más que con la comprensión del tiempo, que aparecería solo como una de las varias operaciones posibles para elementos que estarían distribuidos espacialmente. La gran obsesión del siglo XIX, la historia, según el pensador francés, vinculada con la noción de acumulación progresiva del pasado como experiencia viva, estaría siendo sustituida por una nueva época en la que la preocupación deja de ser los eventos cronológicos mirando hacia el pasado, sino la idea de simultaneidad: “we are in the epoch of juxtaposition, the epoch of the near and far, of the side-by-side, of the dispersed” (1).

Por su parte, Henri Lefebvre propone pensar el espacio como elemento determinante en una dinámica explicativa de las transformaciones históricas. En vez de tener condiciones materiales económicas definiendo unidireccionalmente toda la aparición de la vida social, aparece, con Lefebvre, una categoría material e inmaterial al mismo tiempo, combinación de elementos concretos pero también de representaciones y simbolizaciones, y que inauguran una nueva manera de leer las dinámicas sociales: el espacio. El espacio, desde este punto de vista, ya no sería el “lugar” donde las acciones ocurren, un simple contenedor de acciones humanas, sino el activo y cambiante producto de la agencia humana, en toda su complejidad material e inmaterial, que transforma la manera de percibir y experimentar el espacio social, que es el de la vida misma, mientras es a su vez ella misma transformada. En su texto clásico de 1974, *The Production of*

Space, Lefebvre desarrolla la idea del espacio social como fenómeno complejo resultado de múltiples relaciones: individuales, colectivas, institucionales, comunitarias, etc. En la obra del pensador francés, el espacio social se analiza desde una triada-dialéctica, o, como aparece en el texto, una “trialéctica” conceptual que surge de la coexistencia del espacio real y mental en el espacio social, al interior del desarrollo de la vida cotidiana. Los tres elementos de esta trialéctica serían: 1) la práctica del espacio, referida al espacio que es percibido en el día a día; 2) la representación del espacio, que se refiere a las formas en que los aparatos institucionales sobre todo recrean la idea de espacio mediante planes, mapas, y otros instrumentos de gobierno; y 3) el espacio de representación, referido al territorio simbólico donde comprensiones alternativas, y contra-hegemónicas, aparecen en el arte o en experiencias colectivas de uso social del espacio. Así, para Lefebvre, el espacio está siendo permanentemente construido, y tiene efecto en la medida en que es el resultado de una combinación de varios factores referidos a la vida cotidiana.

En esta lectura, el espacio deviene una “determinación determinada y determinante”⁷ de todos los procesos de sociabilidad humana. Esta nueva comprensión del espacio, en los términos que Lefebvre desarrolla, como lo explica Doreen Massey (2008), se va generando desde los años 70 y desde la disciplina de la geografía a partir de la pregunta de: ¿cuál la relación que subyace en la dinámica entre espacio y sociedad? Este cuestionamiento lleva a considerar la idea de espacio como categoría autónoma en la que “spatial relations and spatial processes produce spatial configurations” (Massey 70). La idea, siempre desde el análisis marxista que estos acercamientos toman como punto de partida, es que tanto las relaciones políticas, económicas y culturales son

⁷ Es a Dussel a quien debo la idea de lo “determinado determinante”. Al hacer su crítica a la economía política, Dussel analiza el proceso económico de producción de mercancías en el capitalismo como una suerte de espiral histórica en el sentido en que los procesos de producción económica no sólo determinan modos sociales sino que permanentemente, y en una afectación recíproca, otros niveles sociales no económicos intervienen la lógica de productividad, que por ello se desarrolla como proceso en etapas determinantes pero también determinadas por cualquier otra manifestación concerniente a la vida misma.

relaciones sociales que toman una particular configuración geográfica. Entendida así, no puede haber configuración espacial que no responda a más amplios procesos sociales y políticos. Y allí la potencialidad del espacio para pensar lo que Massey denomina como “politics of location”, que es la manera de pensar las múltiples formas en que el espacio nos constituye, a la vez que es constituido por los procesos económicos, políticos y sociales en general en los que se desenvuelve la vida diaria. Todos los autores que siguen este proceso y que tienen una particular lectura sobre la relación espacio-sociedad, como David Harvey, por ejemplo, que dedica gran parte de su trabajo a analizar las configuraciones urbanas de “la ciudad” producida por la lógica del mercado, son de alguna manera tributarios de este acercamiento.

5. Espacio social y modernidad criolla como control de la movilidad chola e indígena

La modernidad boliviana, como discusión y diseño de un espacio social moldeado de acuerdo a la imagen del grupo en situación de dominio, tiene que ver también con el antiguo conflicto en la historia boliviana sobre la representación de la diferencia en los proyectos de modernidad nacional. Esta discusión, como afirma Leonardo García-Pabón, refiriéndose al mestizaje como forma social y formación estética en la literatura, visibiliza su real complejidad desde la dinámica de “apropiaciones discursivas del fenómeno que se han sucedido a lo largo de la historia” (*De Incas* 17). Así, comprender la modernidad como un proceso de apropiaciones discursivas, es determinante para entender los proyectos modernizadores que van del siglo XIX al XX, en el accionar de criollos letrados que en periódicos, literatura y ensayos sociales hegemonizaron los términos del debate sobre la transformación idealizada del espacio social boliviano como símbolo de modernidad.

Desde mediados del siglo XIX, y como muestra Albarracín Millán (1976), los letrados bolivianos intervinieron en la discusión sobre el estancamiento económico y político desde un

abordaje del problema espacialmente situado en la extensión de la geografía boliviana, que había que desarrollar e industrializar. El desarrollo se entendía como industria, que a su vez no era más que poner a moverse al espacio, en aparatos, mano de obra, y tecnologías para formar conexiones que abrirían la inaccesible localidad boliviana al mercado y al capital.

Posteriormente a la Guerra del Pacífico, que resultó en la derrota militar y la cesión de territorio costero a Chile, aparece en el interés de los letrados criollos una creciente preocupación por el espacio, como resultado evidente del territorio perdido, pero como proyección de la urgencia explicativa de una realidad, la boliviana, de la que se sabía muy poco y que había que explorar. Esa preocupación por el espacio se volvió la razón de ser de cierta producción intelectual que surgió en los circuitos letrados. Así, aparecieron instituciones como las sociedades geográficas, que, en sus diversas versiones en las principales ciudades del país, reunieron la labor de “geógrafos y poetas, historiadores y literatos, matemáticos y estetas” (Albarracín 15). Tal como lo menciona Albarracín, las sociedades geográficas tuvieron como interés los viajes de exploración, los descubrimientos geográficos, el estudio de las fronteras internacionales y el derecho adquirido sobre ellas, así como posteriormente el estudio etnográfico, de minería y de culturas primitivas como la aymara, quechua, chipaya, etc. (16). En todos los casos, se puede ver, una preocupación por el estudio del espacio como causa primera de la comprensión del destino histórico de la golpeada república es el tema principal.

El vínculo entre literatos, políticos y científicos sociales es claro también en la descripción del país. Maria Robinson Wright, periodista viajera estadounidense que en 1907 llegó a Bolivia y escribió un diario de viajes titulado *Bolivia, el Camino Central de Sur-América*. Este texto fue un retrato de la sociedad boliviana criolla de la época, y como tal la autora le dedica varias páginas a la descripción de los principales personajes del gobierno y de la cultura boliviana de aquel

entonces. Llama la atención el carácter multifacético de estos personajes, hombres en una mayoría contundente, y cuya labor cultural o social, desde el campo de los estudios de geografía, la medicina, la historia o la literatura estuvo siempre intervenida por su participación en la política activa y militante. Es el caso, uno de muchos, de Manuel Vicente Ballivián, uno de los fundadores de la Sociedad Geográfica de La Paz, y para el tiempo Ministro de Agricultura y Colonización (114). Como lo muestra la autora, muchos de estos letrados eran poetas a la vez que políticos, y eso es evidencia de que la literatura compartió con otros registros discursivos el monopolio de la discusión letrada sobre la realidad del país. La literatura participa de la escena pública y de la discusión de la realidad mediante su alcance público, mayormente el mundo criollo y algunos mestizos alfabetos, por medio de publicaciones de prensa, tal vez el medio más influyente e importante de participación y divulgación en el escenario urbano. Es común en la época, y sobre todo en los diarios que aparecían para el apoyo de un régimen pero que lograban con el tiempo establecerse en la sociedad formando grupos de lectores leales, publicitar entre sus páginas las nuevas novedades editoriales llegadas a Bolivia, pero más importante aún, publicar periódicamente narraciones o poesía, convocar a concursos literarios, o informar sobre la participación o publicaciones de autores nacionales fuera de las fronteras boliviana. Literatos consagrados, como Alcides Arguedas o Franz Tamayo creaban corriente de opinión pública mediante columnas de opinión en diarios, y así mismo, como muestra el caso de Ignacio Prudencio Bustillos, uno de los fundadores de la crítica literaria boliviana, que publicó cortos ensayos sobre literatura en la prensa, una corriente crítica también se fue fundando desde la conexión entre prensa escrita y literatura.

De esta forma, la literatura se hallaba integrada a la escena criolla de discusión sobre el espacio social de la modernidad, pero la manera en que su intervención se diferencia del resto de los discursos sociales de su época se explica mejor a través de la “triada” dialéctica de Lefebvre,

mencionada en la sección antecedente. Si la construcción del espacio como evento colectivo y cotidiano se da por medio de la conexión entre la práctica del espacio, representaciones del espacio y espacios de representación, la literatura constituye un espacio que es directamente vivido a través de su asociación con imágenes y símbolos, y por tanto tiene una importancia/impacto diferente a la de otros discursos que recrean la imagen del espacio según prácticas oficiales concretas. Si bien Lefebvre refiere que los espacios de representación son generalmente antagónicos al discurso institucionalizado, en el caso de la conciencia letrada de entonces funcionaron, en el caso de la narrativa que analiza esta tesis, como respuesta de grupo ante el avance de sectores subalternos, sobre todo cholos urbanos, que iban ganando influencia económica, espacios de decisión política, y empezaban a hacerse cargo de espacios institucionales dominados tradicionalmente por criollos. Es el caso de *Vida Criolla*, novela de 1909 de Alcides Arguedas.

La novela está ambientada en la ciudad de La Paz a fines del siglo XIX. Narra las costumbres de la sociedad de la época desde la perspectiva del periodista Carlos Ramírez, personaje principal de la novela, quien es redactor en La Lucha, un periódico crítico de la sociedad y de la política de aquellos años. La novela cuenta el romance fallido entre Ramírez y la mujer a quien pretende: Elena Peñabrava, hija de un poderoso político y hacendado de la región. Lo que parece ser una narración en torno al conflicto romántico entre esos dos personajes, pronto se concentra en la imposibilidad de Ramírez para encajar en las costumbres, prácticas y diversiones de su época. Sus fracasos sociales, su crítica mordaz y su propia personalidad (solitaria e introvertida) hacen que fracase no solamente en su relación con Elena, quien termina despreciando a Ramírez, sino que le causan rivalidades políticas que al final se resuelven mediante el exilio al que es condenado el protagonista. Al interior de este marco argumental, hay en *Vida Criolla* elementos que hacen posible considerarla uno de los primeros esfuerzos literarios por explorar

simbólicamente el espacio urbano como articulación de relaciones sociales, y no solo como escenario donde ocurren las acciones. Así sucede con la descripción de los lugares: las iglesias de la parte antigua de la ciudad son el lugar de expresión del sentimiento fanático y conservador de las élites; la plaza principal, corazón del trazado urbano desde la colonia, se describe con los atributos de alegría y artificialidad de los paseos populares donde el criollo hacía ostentación de la moda; los “extramuros” son donde las diversiones nocturnas y los peligros y confrontaciones reales de la sociedad tienen expresión material. Al final de la novela, Ramírez, que no logra finalmente ajustarse a las normas sociales de su tiempo, termina castigado con el exilio por haber molestado a gente poderosa y abandona la ciudad junto a los custodios policiales que lo llevan hasta la frontera. Al subir por el camino montañoso que lo aleja de la meseta paceña, Ramírez mira por última vez la ciudad, y siente una tristeza profunda ante el espectáculo que observan sus ojos, “sobre todo a la vista de la ciudad acurrucada discretamente en el rincón de la quebrada, cual ave en el hueco de un surco, ante las amenazas del vendaval” (213). La imagen describe un proceso de singularización del espacio. El sujeto que observa la ciudad le da una forma y una presencia sensible, que es el producto de su experiencia vivida, de sus logros, sus aspiraciones truncadas, todo aquello que hace que el protagonista, que se aleja, vencido y humillado, dirija hacia ella un último lamento: “¡Si fuera una tumba!” (214). La imagen final, que muestra a la ciudad como una presencia en sí misma (acurrucada en la quebrada), muestra la conexión del protagonista con el ambiente, haciendo que el espacio deje de ser un contenedor vacío para cargarlo de sentido. Esta es una experiencia muy humana, en los procesos migratorios, en los que la separación respecto a un espacio originario, formativo, lo convierte, en la distancia, en algo más que espacio abstracto, y deviene lo que Yi-Fu Tuan denomina como “place” o “lugar”:

Place has more substance than the word location suggests: it is a unique entity, a special ensemble, it has a history and meaning. Place incarnates the experiences and aspirations of a people. Place is not only a fact to be explained in the broader frame of space, but it is also a reality to be understood from the perspectives of the people who have given it meaning. (387)

Si, como afirma Massey (“Power Geometry” 163), los procesos de desplazamiento y dislocación son también generadores identitarios, este pasaje en la novela de Arguedas funciona más allá del nivel individual, es casi un clamor de grupo, de todos aquellos criollos auténticos, no contaminados por los males de la política ni los beneficios económicos de los matrimonios interétnicos arreglados, para la recuperación simbólica de un espacio del que estarían siendo desplazados. De esta manera, en el interés letrado criollo por el espacio se visibiliza un interés colectivo mayor. Tomar ese espacio, moldearlo, transformarlo de acuerdo a los mandatos civilizadores y progresistas es plantear un tipo de modernidad como respuesta a los percibidos males de aquel tiempo, representados en la novela de Arguedas por la política chola y la vulgaridad burguesa de los nuevos ricos.

La novela de Arguedas grafica la importancia de la intervención simbólica en el espacio desplegada por la literatura, y, como afirma Dominic Davies, mostraría la intención de letrados que buscan algo más que “describir el espacio” (20), superponiendo la escritura al espacio físico y haciendo uso simbólico de sus elementos. Y esto forma parte de la infraestructuralización literaria, que sería la manera en que la literatura no solo cristaliza la forma en que la literatura registra estos momentos de intervención espacial, sino que, por su capacidad para participar en el flujo de circulación de dinámicas culturales e imaginarios sociales, ella misma funciona infraestructuralmente.

Desde la poesía, Mauricio Souza analiza a una de las figuras modernistas más importantes de la región: Ricardo Jaimes Freyre, y propone la idea de “índices visuales de la modernidad” (109), para describir la forma en que la poesía modernista, mediante el empleo de técnicas literarias y modalidades discursivas, que fueron adaptadas localmente de modelos franceses y europeos, funcionaron como proyección del diseño técnico de la modernización boliviana. En la poesía, y en la literatura en general, mediante el uso de una nueva técnica literaria y un “instrumental más moderno” (28) para la construcción de imágenes, conexiones y musicalidad literaria, se produciría también una reorganización simbólica local del espacio social, en función de la actualización de “una comprensión señorial del mundo” (109), siendo el poeta, el protagonista de esta historia, al estilo de esos maestros fachadistas que van actualizando el exterior de las casas, funcionando como artesanos “que adornan y decoran los desvelos de una elite embarcada en el proyecto de una modernidad paradójica, fantasmagórica” (110). El análisis de Souza es importante porque muestra que la literatura tiene una importancia infraestructural en la formulación de proyectos de modernidad mediante la reorganización estética del espacio social.

En la narrativa de principios de siglo, la adopción de modelos estéticos modernistas no fue la excepción. El siglo XIX boliviano estuvo dominado por el estilo romántico y la novela costumbrista en la narrativa de la nueva república. La novela romántica, como afirma García Pabón (2017), perseguía sobre todo la formación de la subjetividad nacional en una escritura que funcionaba como artefacto moralizador y pedagógico, para educar sentimentalmente a los nuevos bolivianos en la idea de producir simbólicamente la nación. A principios del nuevo siglo, el panorama literario cambió, y a pesar de que, como pasó en la narrativa de la región latinoamericana, los estilos literarios nunca llegan a estar bien definidos como en sus modelos

Europeos⁸, el siglo XX se abre con la novela realista, el ensayo de crítica social y algunos experimentos modernistas en la poesía y la narrativa. Conforme las fronteras de la antigua ciudad colonial se van ampliando para integrar antiguos espacios rurales por medio de una nueva red de infraestructuras urbanas, y conforme los circuitos de movilidad social de sectores indios y mestizos hacen de la ciudad un espacio más diverso y complejo, surge sobre todo en la segunda década del siglo XX un tipo de narrativa que mediante el uso de elementos positivistas y la incorporación de modelos estéticos como el del decadentismo francés, busca dar cuenta de los “males de fin de siglo” en la sociedad boliviana. Como afirma Calinescu (1987), el decadentismo, en su origen europeo, nace como una poética de la crisis (173). Fue un proyecto fuertemente conectado con las tendencias modernistas en las artes, que surgen a fines del XIX como síntoma de la enfermedad de consumo y materialismo de la vida social que percibía el artista decadente, asociada con el aburguesamiento de la clase media, el reinado autoritario de la moral y la tradición, y la creciente vulgaridad de la sociedad europea de fin de siglo. Este modelo experimental estético, de la mano de la obra de Oscar Wilde, Joris-Karl Huysmans, Gabriele D’Annunzio, entre otros, se fue haciendo popular entre los letrados latinoamericanos de fin de siglo.

Para el caso boliviano, la estética de la decadencia, como afirma Salvador Romero, se manifestó como una actitud de cansancio, de desencanto con el país, con la política y el tipo de sociedad en formación, y estaría conectada al ocaso de un sector aristocrático dominante de la sociedad. La literatura de principios de siglo integraría elementos del decadentismo en la formación de una narrativa caracterizada por la rebeldía de los personajes contra el orden

⁸ Sobre todo en la narrativa Latinoamericana, por haber sido durante la mayor parte del siglo XIX producto de préstamos culturales, casi poses estéticas de la pluma de autoras y autores que se empapaban de la irradiación cultural europea, no se puede hablar de estilos “puros”. El proceso de maduración de una voz “propia” en las letras latinoamericanas, que se alcanzará con figuras como Martí o Darío, siempre fue paralelo a una estética de préstamos, combinaciones e intercambios, que mezclaban el realismo con el romance, o el costumbrismo con la mirada naturalista. Para el caso de los narradores que analizo, los elementos decadentistas de su literatura estuvieron siempre acompañada de miradas críticas y directas de la realidad, momentos de un realismo crudo y directo.

instituido, “la condenación de la hipocresía y el arribismo burgués, en nombre de un esteticismo anticonformista. [...] La exaltación del yo subjetivo hasta los bordes de la anarquía y la ruptura con toda forma de sociabilidad” (Romero 35). Una sensibilidad pesimista, producto del proceso de decadencia moral y social que percibían los criollos letrados, dio paso al nacimiento de una estética de afirmación del individuo, en ruptura y desconexión con el entorno, con la masa social que es la nueva categoría urbana generada en el proceso expansivo de la ciudad moderna del nuevo siglo. La incorporación de esta sensibilidad decadente en el armado discursivo de la narrativa de principios de siglo fue muy popular en autores como Alcides Arguedas, Armando Chirveches, Demetrio Canelas, José Aguirre Achá, y Carlos Medinaceli, autores que, junto a otros más, analizo en esta tesis, y que compartieron una suerte de angustia criolla: la necesidad de dar cuenta de un espacio social en transformación en el cual el letrado se sentía obligado a posicionarse. De esta forma, el uso de elementos del decadentismo en la creación de los letrados criollos buscó organizar la modernidad local usando la literatura como autoridad legitimadora, similar al proceso de urbanización de la ciudad que ocurría en las primeras décadas del siglo XX.

6. Descripción de capítulos

El primer capítulo explora la dinámica de expansión de la ciudad de La Paz, que comienza a principio del nuevo siglo y tiene en el riel del ferrocarril y del tranvía sus instrumentos inmediatos de ejecución. La llegada y funcionamiento del tranvía dota a la ciudad de una dinámica de movilidad, que adopta el criollo en el uso cotidiano de estas nuevas tecnologías, mientras hace uso de ellas para controlar y administrar la movilidad de otros grupos ciudadanos (cholos e indígenas), como lo muestran resoluciones municipales, el reglamento del tranvía, fotografías y noticias de la prensa escrita. El tranvía urbano fue infraestructural para la creación de un nuevo lenguaje de movilidad y desplazamientos en la narrativa de la época, que se analiza en la novela de José

Eduardo Guerra, *El alto de las ánimas* (1919). En ella, analizo cómo la enfermedad de “falta de voluntad” del personaje decadentista funciona, a diferencia de su modelo europeo, como estrategia que privilegia el movimiento criollo sobre el estacionarismo de los grupos subalternos, mediante una estética del deambular que adopta la narración, y que semeja el movimiento del tranvía en la toma y expansión del espacio urbano a principios de siglo. Esta proyección de la máquina como símbolo de modernidad, se hace más evidente en el segundo capítulo, en el que se analiza cómo la llegada del primer ferrocarril al circuito urbano paceño impulsa la emergencia de una nueva estética urbana a través del acero como material de construcción. Esto produce un cambio en la forma de la ciudad, por medio de edificios municipales y casas residencias criollas, y que producen la fantasía de contacto directo con los centros de la modernidad industrial en una elite ubicada en la periferia del circuito de circulación del capital. Esta dinámica genera una narrativa que muestra un lenguaje globalista y cosmopolita, producida por el recurso decadentista al artificio y la exaltación de la subjetividad del individuo moderno en novelas como *Platonía* (1923), de José Aguirre Achá, y *Renovarse o morir* (1919) de Walter Carvajal. Por último, el tercer capítulo muestra un proyecto criollo alternativo en la denominada narrativa del “encholamiento”, que analizo en textos como *La Miskki-Simi* (1921) de Adolfo Costa du Rels, y *La Chaskañawi* (1947)⁹, de Carlos Medinaceli. Mediante el análisis de la chichería, como espacio de generación de una subjetividad económica de tipo informal, marginal y fuera del alcance de los circuitos de economía institucionalizados, el capítulo explora la forma en que esta infraestructura chola produce un lenguaje de enamoramiento de la mercancía y una subjetividad “entrepreneur”, que tiene a la chola como sujeto de una economía liberal mestiza en formación.

⁹ A pesar que la novela de Medinaceli se publica recién en 1947, la novela, que el autor comenzó a escribir ya en los años 20, estuvo terminada, como afirma carta del autor a José Enrique Víaña, en 1932.

De esta forma, esta tesis pretende ser un aporte al estudio de la modernidad literaria en Bolivia, desde la conexión entre espacio urbano y espacio literario, en la reconsideración que se hace de algunos textos analizados desde una propuesta alternativa que los vincula estéticamente con el movimiento decadentista europeo, señalando las particularidades de su proyecto local. Del mismo modo, este acercamiento integra la modernidad literaria boliviana al concierto de creaciones latinoamericanas desde el análisis del estilo decadentista en estas narraciones. Si, como afirma Olivares en “La recepción del decadentismo en Latinoamérica”, la estética decadentista fue mayoritariamente considerada como una pose letrada, un “afrancesamiento” como eslabón necesario en la evolución de un lenguaje criollista o americanista propio, este trabajo muestra que en las combinaciones discursivas presentes en los ejemplos bolivianos, se revelan proyectos de modernidad en marcha y no solo la contemplación estética de paisajes esperando su maduración discursiva en la región.

CAPÍTULO 1. Infraestructuras de movilidad y estacionarismo en la construcción de la modernidad criolla: *El Alto de las ánimas* de J.E. Guerra

Luego de la participación indígena en la Guerra Federal¹⁰, el ánimo social en las ciudades giraba en torno a la “amenaza indígena”, que el juicio de Mohoza¹¹, fuertemente publicitado en la prensa liberal-criolla, había generado. La amenaza de sublevación indígena en el campo y la cada vez mayor “cholicación¹²” de la política y economía obligaron a la élite a demostrar un “origen patricio” para impedir su desplazamiento del ámbito público nacional (Irurozqui 25). El miedo, demostrado en un discurso sociológico y periodístico fuertemente racializado y denigratorio de lo popular, actuó como garantía de delimitación dirigido a aquellas presencias no-blancas que amenazaban subvertir el orden social. En su texto de 1916, *Nuestra vida republicana*, Octavio Salamanca sugería que, a fin de garantizar y alentar la homogeneización étnica, “el reparto de las obligaciones públicas y el acceso a la ciudadanía dependerán de la distancia en que cada raza estuviese de la blanca” (Irurozqui 32). Esta mirada racializada de la vida pública nacional

¹⁰ También conocida como “Revolución Federal”, este conflicto fue una guerra civil que se produjo en diciembre de 1898 y duró hasta abril de 1899. Enfrentó fundamentalmente a las clases políticas y dirigentes de Sucre y La Paz, hasta entonces las ciudades más prósperas del país. El resultado fue la victoria paceña, lograda con el respaldo de los indígenas del altiplano, y el traslado de la sede del poder político de Sucre a La Paz. Huáscar Rodríguez (2019) afirma que entre los factores que propiciaron este conflicto están: la radicalización de la lucha por el poder político entre conservadores y liberales; los intereses regionales de las clases dominantes de La Paz frente a la cada vez más debilitada influencia política y económica de la élite de Sucre; las reiteradas demandas regionales de descentralización administrativa que se sustentaban en propuesta federalistas venidas de regiones que no participaban del poder político central; la lucha indígena por recuperar sus tierras de comunidad y su autodeterminación.

¹¹ El juicio de Mohoza se refiere a la matanza de más de 100 soldados del bando liberal ocurrido en Mohoza, provincia Inquisivi, La Paz, en marzo de 1899. A pesar de que los liberales eran aliados de los indígenas de la región, estos se levantaron contra los abusos y excesos que las tropas, de ambos bandos, cometían en las comunidades indígenas. La comunidad, harta de tales abusos, y confundiendo al regimiento con el enemigo, asesinó despiadadamente a más de cien soldados, muchos de ellos miembros de familias criollas acomodadas de La Paz. El juicio, que fue instalado luego de la victoria liberal, fue un espectáculo público que se usó para actualizar los prejuicios anti-indios en la población, y para traer a cuenta la animalidad y actitud despiada del indio hacia los blancos.

¹² El término refiere al proceso de ascenso social que iban experimentando los mestizos urbanos, denominados peyorativamente “cholos” por la población criolla, y que fueron paulatinamente ganando espacios de participación y control en la economía y política por su capacidad para moverse entre el mundo blanco e indio gracias al manejo de códigos culturales como la lengua, la vestimenta, etc., de ambos grupos.

espacializaba el orden de participación mediante una estrategia que subrayaba la centralidad criolla mientras relegaba a los otros grupos indígenas y cholos a una distancia subalterna.

Este capítulo estudia la manera en que la literatura participó de la construcción discursiva de un proyecto de modernidad criolla desde la conexión infraestructural con el espacio urbano de la ciudad liberal en formación, que fue fundamental en la estrategia de administración material y simbólica del espacio social. El proceso de modernización de la ciudad liberal de principios de siglo vino de la mano de la expansión de sus fronteras físicas y de un proceso de organización del espacio urbano como instrumento de asimilación y control de la movilidad social. Mediante el uso de nuevas tecnologías que apuntaron a la reorganización del espacio como portador de códigos culturales, la ciudad se expandió para hacer de sus circuitos infraestructurales el lugar privilegiado de actuación criolla, pretendiendo fijar a los grupos subalternos en lugares de actuación delimitados, asimilando los espacios indígenas “no-modernos” y llevando adelante así una política urbana de civilización del espacio.

Los letrados criollos a su vez, mediante el uso de elementos de la estética “decadentista” en la literatura, presentaron la imagen del desarrollo urbano y crecimiento de la ciudad como contradicción entre dos impulsos de fuerza: por un lado, la nostalgia colonial de la sociedad de castas, generalmente representada por los protagonistas y sus familias; y por el otro lado, la realidad de la ciudad moderna en formación, tanto estéticamente, en el nuevo paisaje que formó la modernidad urbana, como socialmente, en los grupos indios y “cholos” que fueron ganando influencia en la política y los negocios, tomando el lugar de los grupos tradicionales. En su afán de contener este ascenso subalterno y defender la hegemonía criolla, el discurso literario de la época creó una oposición semántica entre movilidad criolla y estacionarismo subalterno, haciendo

del cuerpo criollo la proyección del movimiento modernizador de las nuevas infraestructuras de transporte, resaltando su capital movable y su capacidad de ocupación del espacio.

Uno de los elementos fundantes del estilo decadentista, en su modelo original europeo, fue la construcción estética de la “enfermedad decadente”, la neurosis y falta de voluntad como condicionantes de la inmovilidad existencial o ausencia de fuerza vital de personajes urbanos y en constante confrontación con el medio en que vivían. La variante andino-boliviana del decadentismo literario sugiere sin embargo un cambio ideológico a este modelo. En la narrativa boliviana de principios de siglo 20, la construcción estética del héroe decadente, la formulación de la “falta de voluntad” decadentista, y el recurso ficcional a lo patológico y al cuerpo enfermo, aplicado al cuerpo criollo, tuvo la finalidad de afirmar la autonomía y movilidad criolla en un espacio marcado por el ascenso social de grupos populares en la ciudad. *El alto de las ánimas*, novela de 1918 de José Eduardo Guerra, es el caso en cuestión. En ella, el paseo de la calle, la descripción de barrios, el uso de las infraestructuras de urbanización del espacio, los recorridos narrativos entre la interioridad de las casas coloniales de familia y la exterioridad urbana, revelan el registro ideológico subyacente en la novela. La novela construye una “retórica del deambular”, por la que el acto de recorrer la ciudad en su decadente protagonista tiene la capacidad de interpretar y afirmar el orden estructural-jerárquico de lo social. Por medio del recurso a la “falta de voluntad” decadentista, la novela de Guerra desarrolla un lenguaje de movilidad y desplazamientos que privilegia el cuerpo criollo, resaltando su centralidad en la conexión e interpretación de los espacios de la modernidad boliviana, mientras reduce al inmovilismo a los grupos subalternos sujetándolos discursivamente a un espacio estático y repetitivo.

La novela, como afirma Sarah Nuttall, deviene una infraestructura literaria, que ayuda a construir los contornos imaginarios de la ciudad; la que, a su vez, según la autora, “is a vast

narrative structure that constantly re-present itself” (216). De esta manera, en la conexión entre literatura y dinámicas infraestructurales urbanas, este capítulo muestra cómo la oposición semántica “movilidad/estacionarismo” se presenta no solo como una categoría discursiva, sino física en la ciudad criolla del liberalismo, y señala la centralidad del espacio urbano en la generación del discurso identitario y modernizador de la época.

Este acercamiento, siguiendo el modelo introducido por Dominic Davies¹³, busca no solo rastrear la forma en que la ciudad y sus infraestructuras urbanas son registradas y representadas por la literatura para dar coherencia a un espacio dividido y jerarquizado (aquello que Sarah Nuttall denomina como “infraestructuras en el texto”), sino también las “infraestructuras del texto literario”, entendidas como “the historical raw material, be it social, economic or geographic, out of which the literature, as a specific crystallisation of cultural patterns and trends, is carved” (Davies 19). Esto quiere decir que la retórica de civilización y modernidad que subyace al desarrollo y planificación urbana fue infraestructural para el desarrollo de la novela de la época, que funcionó a su vez como herramienta ideológica de toma simbólica de la calle, la reapropiación de la ciudad mediante la administración narrativa del espacio.

El espacio urbano devino el lugar de realización de políticas de identidad. Tanto el espacio físico de la ciudad como el espacio discursivo de la novela convergieron en un proyecto ideológico-estético dirigido a construir un modelo social de base criolla, donde la movilidad, la expansión progresista y civilizatoria del espacio, y la dinámica de desplazamiento de sus sujetos devienen valores que estructuran la representación de la modernidad boliviana.

¹³ *Imperial Infrastructure and spatial resistance in colonial literature 1880-1930*

I. Criollos en el espacio urbano: *El alto de las ánimas* y el contagio de la ciudad

Andrés Bermúdez es el protagonista de *El alto de las ánimas*, novela escrita por José Eduardo Guerra en 1919. Bermúdez, miembro de una antigua familia aristocrática en decadencia desde la muerte del padre, vive junto a su madre, tía y hermana en la antigua casa de familia, y sus días están consagrados a la inacción en la lectura de libros y paseos solitarios o con los pocos amigos que tiene el joven debido a su temperamento solitario. Bermúdez vive en la La Paz de principios del siglo XX, ciudad que en las transformaciones urbanas que experimenta y en la movilidad social de los sectores que la habitan se inscribe ya en la marcha modernizadora de la época. Al final de la novela, Bermúdez, afectado por una decepción amorosa, decide dejar la ciudad y la casa de familia para trasladarse al campo y curar su falta de voluntad en el proyecto de desarrollo de la hacienda familiar. La narración construye una imagen de época de la sociedad paceña, caracterizada por la vulgaridad y falta de refinamiento de sus clases en ascenso (clases medias mestizas y cholitas que se han enriquecido por medio del comercio, las minas y la actividad política); como también por el vicio, la corrupción y falta de educación de las clases populares que viven en los suburbios de la ciudad. Según el modelo del héroe decadente literario, Bermúdez siente esa modernidad social en marcha como algo ajeno a su identidad y a su propio lugar social, señalando así una de las primeras tensiones del texto:

Se figuraba que la sociedad moderna del país, compuesta en gran parte por elementos extraños al solar de su familia, estaba lejos de esa severa distinción que solo da el abolengo. Su idiosincrasia moldeada en las más estrechas fórmulas de la moralidad y la etiqueta, había rehusado discretamente pertenecer a ella, pues estaba seguro que no le correspondía. (17)

El conflicto del personaje es con el espacio público y social en transformación. La narración muestra cómo la ciudad ha cambiado, expandiendo sus límites más allá de las fronteras físicas del siglo XIX, integrando nuevos barrios, abriendo el espacio a callejuelas sin aceras donde se arman “tenduchos” de los que salen voces aguardentosas, y que funcionan como “antros de vicio y de miseria” (161). El tranvía y las nuevas tecnologías de transporte han reemplazado los paseos solitarios a pie, han integrado al circuito urbano zonas y poblaciones más allá de los antiguos puentes y de la Alameda, antiguas fronteras de la ciudad colonial:

El vehículo atravesó rápidamente las calles céntricas, pendientes y desiguales, y, después de recorrer la Alameda en toda su extensión, se deslizó por las amplias avenidas sin pavimentar, en las cuales siempre el gusto impersonal de los propietarios levantara a uno y otro costado, edificios modernos, algunos, los más, con la suntuosidad de las villas populosas y otros con la sencillez de las casas de campo. (81)

En esta breve descripción del camino que recorre Bermúdez para visitar a una antigua conocida, se ve cómo los antiguos barrios indios, la zona de extramuros más allá de los límites urbanos coloniales de otrora, más allá de la Alameda, antiguo límite de la ciudad en el siglo XIX, han sido incorporados al espacio urbano mediante la experiencia del tranvía eléctrico. En ese encuentro entre arquitectura moderna y clásica, entre espacio urbanizado y rural, se observa el cambio en la naturaleza del espacio urbano, un achicamiento de sus fronteras, provocadas por las nuevas infraestructuras de conexión urbana.

Al mismo tiempo que el escenario urbano, el paisaje social también está siendo transformado. La política y economía están siendo tomadas por sectores mestizos y cholos, lo que provoca un proceso de desestabilización de la élite y su identidad dominante de grupo. Antiguos

criollos, que han perdido influencia y poderío económico, se ven obligados a aceptar matrimonios de conveniencia, como lo muestra la figura de Sorzano, un joven rico pero de sangre plebeya que se ha ganado el corazón aristócrata de Matilde, la hermana de Andrés, y que pronto pasará a formar parte de la familia.

La descripción de esta realidad urbana pone el énfasis en la transformación de la ciudad respecto al modelo colonial que sobrevivió hasta el siglo XIX. De pronto, una nueva etapa histórica empieza a comienzos del nuevo siglo, en la que el criollo se ve a sí mismo como presencia amenazada por la rapidez de los cambios y las nuevas presencias circundantes, lo que se puede ver metafóricamente en la imagen de la sombra que amenaza los momentos de quietud del protagonista en su habitación privada. La primera línea que abre la narración dice: “Invadía la sombra el aposento” (Guerra 7). Esta sombra, que se repite como una presencia permanente en las descripciones que se hacen de Andrés, amenaza la tranquilidad del protagonista, que en esta primera imagen se encuentra sentado en un viejo sillón, reliquia de familia, terminando el capítulo de una novela “cuya segunda lectura emprendiera ese día” (8), y con el pensamiento vagando en los eventos de su vida pasada. Esta sombra invasiva, que se introduce en la intimidad de la casa familiar de Andrés, símbolo de su antigua estirpe, marca el inicio del conflicto en la mentalidad criolla que añora tiempos de regularidades y órdenes mejores dispuestos, como lo simbolizan el viejo sillón, la relectura de un libro ya leído y el gesto nostálgico del protagonista. Es el comienzo de un conflicto del que el criollo Bermúdez, como lo veremos, saldrá irremediamente transformado.

El contacto con este mundo de acelerada movilidad social y urbana, que es fundamentalmente el mundo del liberalismo paceño de principios de siglo, es la razón por la que Andrés cae enfermo. Esto se explica cuando Bermúdez y un amigo deben visitar a un antiguo

mentor que vive a gran distancia del centro de la ciudad. Andrés hubiera preferido tomar un “carro de alquiler”, porque su intención era evitar los flamantes tranvías, que ya empezaban a desplegar sus redes por los circuitos de la ciudad, debido a “la cantidad de gente de toda clase que los ocupa” (128). Pero el carro del tranvía aparece en ese momento, y la narración continúa: “Andrés subió el primero. Le daba lo mismo. Realizaba sus actos casi inconscientemente, porque su pensamiento ocupado en otra cosa, no le dejaba espacio para cuidarse de lo que le rodeaba” (128). En esta parte, el tranvía representa el miedo a la proximidad del “otro”, un espacio en el que Andrés debe cuidarse de las gentes “de toda clase” que lo rodean. Hay una necesidad de trasladarse para visitar al amigo, pero esa necesidad implica un riesgo. Podemos afirmar ese riesgo en términos de un contagio, que se explica en otro momento de la narración, cuando otro amigo invita a Bermúdez a tomar algo en un local del centro de la ciudad. Este local es frecuentado mayoritariamente por mestizos y sectores obreros, el protagonista se refiere al lugar como “un antro infecto”, y esto se conecta con las varias veces en la novela en que Bermúdez siente enfermar, sin razón alguna más que la de ser “víctima de un decaimiento que su voluntad era incapaz de vencer” (91).

En esta parte se puede especular un poco. Dentro de las varias enfermedades de la época, de acuerdo con las teorías psiquiátricas del francés Le Bon, la neurosis o los estados emocionales alterados eran de naturaleza contagiosa, como la tuberculosis, y fueron atribuidos a las dañinas influencias de la nueva vida urbana. Pero en el contexto andino, la vida urbana tiene un claro componente racial. La enfermedad es resultado de la ciudad como espacio infeccioso, lleno de grupos de bajos antecedentes, grupos urbanos subalternos como indios, cholos y mestizos adinerados, con los que el aristócrata Bermúdez entra inevitablemente en contacto en sus constantes desplazamientos, a través de los nuevos canales de movilidad que se han abierto. El riesgo entonces es la proximidad con la sociedad paceña de entonces, caracterizada por la

vulgaridad y falta de refinamiento de sus grupos en ascenso, y el vicio y corrupción de las clases bajas en los suburbios. Tal es el caso, por ejemplo, del mestizo “Dalence”, personaje que busca hacerse un lugar en los círculos culturales letrados y es descrito como amoral y trepador, “envenenado de rencor contra todo lo que es decente” (97).

En ese sentido, es clara la conexión entre enfermedad y movilidad social que propone la novela. Según esta mirada, el cuerpo cholo e indígena es fuente de contagio, y el interés de la élite pasa por mitigar la amenaza y neutralizarla mediante la gestión administrativa de los cuerpos en movimiento.

2. Movilidad y Estancamiento: Las tensiones infraestructurales de la modernidad

Como afirma Nadia Guevara (2021), la vía eugenésica fue la forma en que la biología accedió a la política como consecuencia de la expansión de la ciudad más allá de sus antiguas fronteras coloniales, y legitimó la acción de control directo de la sociedad para el “disciplinamiento y jerarquización de grupos poblacionales” (76). La nueva organización urbana fue estratégica para clasificar y administrar la diferencia, y lo hizo mediante el manejo estratégico de la enfermedad como mecanismo de autorización y control de cuerpos para habitar y moverse en el espacio urbano.

El proceso de infraestructuralización de la modernidad urbana generó una nueva forma de significar el mundo. Como afirma Castro-Gómez para el caso colombiano (2013), en la lógica industrial y de crecimiento económico al que ingresaron las ciudades a fines del siglo XIX y principios del XX, las nuevas técnicas y tecnologías de transporte urbano funcionaron también para producir una sensación de movilidad permanente. Y ese era el dogma liberal de la época. La ciudad no era más el dominio del derecho sino de la técnica, y su función era participar de un tráfico global y en movimiento.

Pero el valor de la movilidad como elemento de la modernidad estaba restringido, y en la conciencia criolla era considerado un atributo exclusivo de ciertas presencia y grupos de la ciudad. Después de la Guerra Federal, la ciudad liberal fue pensada como mecanismo de contención de la “barbarie” indígena y de control de la población chola y mestiza por medio de regulaciones de accesos a servicios, reglas de comportamiento público y dispositivos de higienización que fueron presentados como parte del proyecto de modernidad de la ciudad del siglo XX.

El espacio urbano debía generar “hábitos” de comportamiento al interior de una población diferenciada y diversa, más aún cuando la incipiente actividad comercial e industrial había expandido la ciudad hacia el campo y había generado contactos más directos entre grupos. El propósito, como afirma Rodríguez Quispe, fue reducir y replegar el avance de sectores percibidos como negación de la modernidad mediante prácticas cuyo propósito era desinfectar a la ciudad de patrones de uso y comportamiento en el espacio público (89).

Ejemplos de esto hay varios en las distintas ordenanzas municipales que las primeras décadas de siglo vieron surgir como prueba de una voluntad política por restringir el uso de ciertos espacios para grupos cholos e indios. En 1918, por ejemplo, aparece una ordenanza que prohibía “el establecimiento de puestos de ventas de frutas, víveres y otras especies en las puertas de calle de las casas que se hallen dentro del radio urbano de la ciudad” (El Diario 9 de enero de 1918). Esta disposición, que se justificaba en el feo aspecto que estos puestos daban a la ciudad y en los problemas de circulación que ocasionaban, tuvo como trasfondo la afirmación de la movilidad como privilegio de ciertos actores mientras contenía en espacios diferenciados la presencia económica de otros. Otro ejemplo es la Ordenanza de 25 de julio de 1904, que disponía el cambio de indumentaria de todos los indígenas que radicaban o transitaban las calles de la ciudad,

prohibiendo incluso su vestimenta en días feriados y de festividad pública, medida que no encontró poca resistencia y que se debatió con ardor por mucho tiempo (Llanos 45).

La idea de la calle como dinámica de control de movilidad de sectores étnica y racialmente identificados es el caso en cuestión, y señala la importancia del espacio público como instrumento de adecuación de formas de estar y habitar en sociedad. Las tecnologías de transporte jugaron un papel fundamental en este proceso. El transporte fue esencial en el crecimiento de la ciudad y la domesticación del campo, que facilitó la generación de sujetos urbanos incorporados a los principios dominantes de asociación política y cultural de la ciudad.

Uno de los cuadros más conocidos de La Paz durante la época colonial es el elaborado en 1888 por Florencio Olivares (Imagen 1). Este es un lienzo de la ciudad durante el cerco de Tupac Katari en 1781. En este lienzo se representa la ciudad como una estructura organizada y ordenada en forma de damero, tal como los mandatos coloniales de la época estipulaban e imaginaban a las ciudades americanas como centros irradiadores del orden y control colonial.

Así, en el cuadro, la ciudad está formada por ocho manzanas de ancho y seis de largo, rodeada por los ríos y puentes que sirven como límites naturales del centro colonial. Y al otro lado de estos límites, “el mundo indígena, sin trazos claros, con una presencia indeterminada y grupal. Un espacio en el que las proporciones y las escalas parecen desaparecer para dar lugar a una representación de lo desconocido” (Guevara 52). Esta forma de representar la ciudad, con los límites de la ciudad “oficial” bien determinados y contrastando con lo difuso del trazo del espacio fuera de ella, se repiten en los mapas urbanos del siglo XIX.

El plano de 1846 (Imagen 2), e incluido en el mapa de Bolivia de 1859, y el plano de la ciudad elaborado por Calancha en 1876 (Imagen 3) muestran nuevamente la construcción en damero que diferenciaba la ciudad de la periferia rural. Estos planos, como el anterior, muestra

una estructura concéntrica en la definición precisa de los límites de la ciudad, que concluían en la Alameda al sur, el sector de la Caja de Agua al noreste, y los barrios de San Pedro y San Sebastián al este. Más allá, lo irrepresentable, el espacio del desorden y la falta de civilización contra el que la ciudad colonial primero, y luego la de la temprana república, sirvieron como refugio.



Imagen 1. Florentino Olivares, El cerco de La Paz 1871. Elaborado en 1888.



Imagen 2. Plano de La Paz levantado en 1846. Fuente: Guevara, 2001

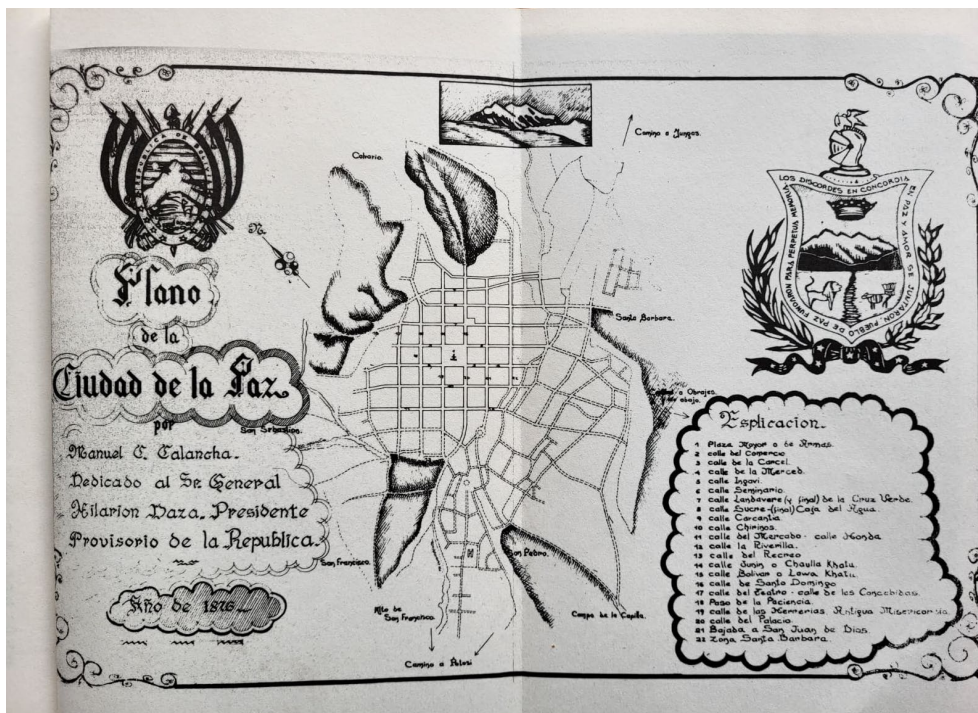


Imagen 3. Plano de La Paz. Elaborado por Manuel Calancha, 1876

La transformación en la organización de las coordenadas espaciales de la ciudad llegó con el riel y el coche eléctrico, observables en los nuevos recorridos que inaugura la ruta del tranvía y la

conexión con el ferrocarril a Guaqui que entraba a la ciudad a principios del siglo XX¹⁴. La imagen 4 muestra la forma en que la representación del espacio urbano resulta notablemente modificada bajo el influjo de las tecnologías de transporte más importantes de su tiempo. Para comienzos de los años 20s, el tranvía había ampliado sus rutas hacia Sopocachi (zona que empezaba a poblarse de residencias aristocráticas), había abierto la vía Miraflores para conectar con el proyecto del nuevo hospital en la zona, y fundamentalmente había ampliado la ruta al sur hasta Obrajes, zona de antiguas haciendas criollas y lugar de vacación de la élite por su clima mucho más agradable. También, hacia el norte, el tranvía conectaba con los barrios obreros de la ciudad, y al noroeste con el ferrocarril que llegaba del lago Titicaca (ruta al Perú), y que para ese entonces ingresaba a la ciudad abriendo las fronteras urbanas hacia las zonas de Chijini, Buenos Aires y Cementerio, donde habitaba la población mestiza-chola de la ciudad.

En este mapa, la forma cerrada de la ciudad se reemplaza por una nueva forma expansiva, en la que las antiguas fronteras señaladas por ríos y puentes quedan fuera de la representación, y la mancha urbana adquiere una forma ampliada siguiendo la ruta del tranvía. La demarcación en damero desaparece como espacio privilegiado de la representación, y es sustituida por líneas de fuga que avanzan sobre el antiguo territorio de extramuros. Como afirma Guevara, más allá de la lógica de comunicación y movimiento, estas nuevas tecnologías rompen con “la traza cartesiana

¹⁴ En julio de 1909, como parte de los festejos conmemorativos del centenario de la revolución de independencia, y junto a otras obras de acondicionamiento urbano que el municipio había preparado al efecto, el tranvía eléctrico recorrió las calles de la ciudad por primera vez. Como lo afirma la prensa de la época, el evento fue toda una fiesta a la que acudieron personalidades de la ciudad, políticos, plenipotenciarios extranjeros e invitados especiales. Los tranvías estaban listos para ser operados por ‘motoristas’ bien uniformados: terno negro, gorra de visera, camisa blanca y corbata negra (Brockmann 80). Las autoridades de gobierno e invitados abordaron los coches recién llegados e hicieron el primer viaje en la ruta que conectaba la región de Challapampa, en el noreste de la ciudad y barrio obrero en formación, con la zona de San Jorge, barrio de haciendas y residencias criollas ubicado al sur. El tranvía comenzó operando desde esa ruta troncal, pero amplió su recorrido hasta lograr 5 rutas que conectaban los sectores más alejados de la urbe, con 45 coches operando en circuitos muy concurridos. El servicio de tranvías funcionó hasta 1950, año en que fue interrumpido por problemas en la administración y por la competencia de alternativas más convenientes (buses y automóviles de renta).

tradicional, siendo los puntos de fuga ahora más importantes que los elementos aglutinadores como la plaza central colonial” (93). Rutas, calles y vías marcan una nueva forma de significar la ciudad, y por tanto una nueva forma de experiencia urbana que rompe con el modelo anterior.

Estas tecnologías fueron el vehículo de expansión del dominio y control “blanco” sobre los antiguos territorios indígenas aledaños, y que hasta entonces habían conservado formas propias de regulación y autonomía escapando del férreo control administrativo colonial primero, y republicano después. La ciudad dejó de funcionar como enclave colonial civilizador en un mundo desconocido (Guevara 33), y su función de espacio fronterizo se complejizó al expandirse hacia territorios y poblaciones que se vieron irremediabilmente asimilados. Así, el tranvía en La Paz marcó el momento de hegemonía de la ciudad.

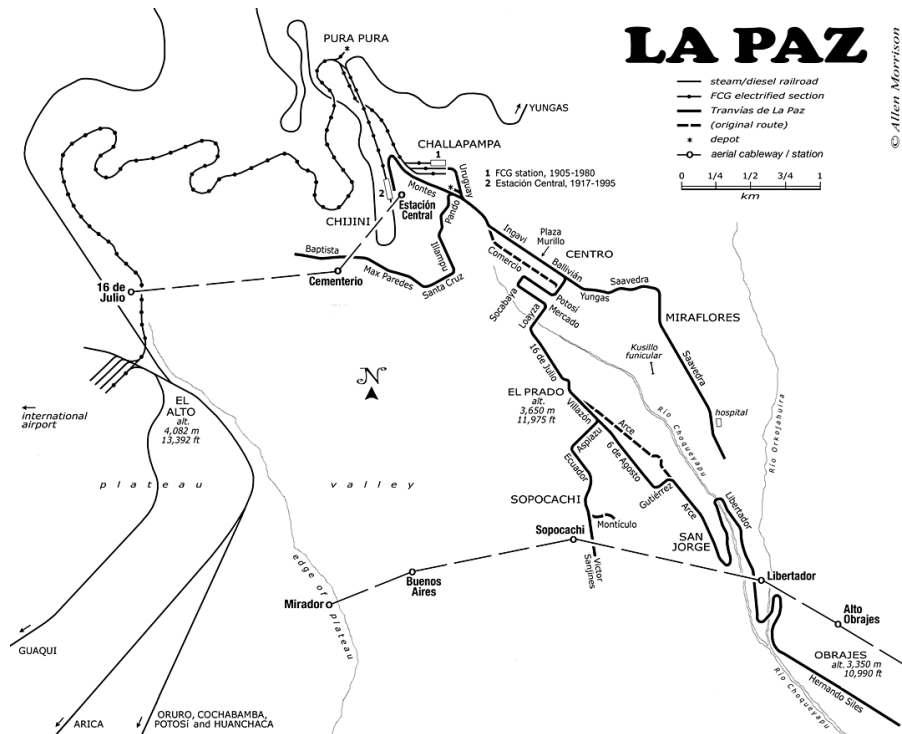


Imagen 4. Mapa del tranvía urbano y conexiones con el ferrocarril a Guaqui. Fuente: Allen Morrison.

El tranvía fue esencial modelando también las nuevas coordenadas sociales de participación y comportamiento, que fueron el otro gran efecto de este proyecto expansivo de modernidad urbana.

El tranvía instruyó formas de distinción y comportamiento entre grupos mediante normas, prácticas y discursos higienistas relacionados al uso colectivo de la nueva tecnología como instrumento de diferenciación social.

El tranvía fue producto del proceso de desarrollo urbano asociado a la expansión económica y comercial que se dio en los primeros años del siglo XX en la ciudad, y replica en la experiencia andina el proceso que David Harvey, refiriéndose a la transformación en la percepción del tiempo y espacio que causó la modernidad capitalista en Europa, denominó como la compresión del espacio-tiempo (*time-space compression*) (267). Harvey se refiere al proceso de desarrollo industrial que generó una revolución de tal magnitud que obligó a modificar las representaciones objetivas del tiempo y el espacio. Como producto de los nuevos avances tecnológicos, los mecanismos de conectividad mundial y el desarrollo mercantil-capitalista del siglo XIX, se produce la aceleración de los procesos económicos a escala mundial, y debido a ello, la aceleración de la vida social en general. El resultado en la sensibilidad espacial urbana fue la de un espacio comprimido. El espacio se relativiza en función de las nuevas tecnologías de conexión y transporte que permiten la superación de las antiguas fronteras físicas y viajes más rápidos, y se vuelve parte de una estrategia dirigida a racionalizar la vida social en configuraciones ordenadas, jerarquizadas y eficientes.

Sin embargo, como afirma Doreen Massey, la experiencia de comprensión del espacio y de acceso a los nuevos circuitos de movilidad fue variable de acuerdo a qué tipo de población o individuos participaron, intervinieron o controlaron estos flujos de movimiento: “it is not merely the issue of who moves and who doesn’t, although that is an important element of it, it is also about the power in relation to the flows and the movement” (*Power Geometry* 151). Es decir, no es solo el proceso de movilidad que las nuevas tecnologías y procesos en marcha posibilitaron,

sino fundamentalmente la relación de cercanía, control o participación diferenciada entre grupos respecto a estos canales de movilidad. Massey denomina esta dinámica como “the power-geometry of time-space compression” (151). Es decir, para Massey, hay una “geometría”, una distancia relacional entre participantes respecto a un elemento definidor de la nueva dinámica espacial, determinante de la forma en que el espacio es percibido y experimentado. La mayor cercanía de unos respecto a estos canales de movimiento y movilidad implica el estancamiento y la exclusión de otros, que quedan fijados a un espacio subalterno de actuación, y de allí surge la crítica de Massey a Harvey sobre la experiencia de la modernidad como dependiente de la manera siempre desigual en que “people are inserted within time-space compression” (152).

En una sociedad como la boliviana de principios de siglo, donde diferencias étnicas, económicas y de género están integradas en una dinámica social heredada de la colonia, las elites asociaron su identidad económica, étnica y cultural al uso efectivo del espacio, usando la calle y los sistemas de movilidad modernos como instrumentos de afirmación social.

El registro fotográfico de la época ayuda entender la forma cómo los grupos criollos percibían su propia presencia en el espacio público, y cómo la nueva tecnología de transporte funcionó como instrumento de afirmación simbólica para los grupos dominantes, por la proximidad con los canales de movimiento, y con la cercanía imaginaria con la modernidad occidental y el universo de fantasías culturales que representaba.

Ubicadas en archivos dispersos, existen imágenes que dan cuenta de la llegada del primer ferrocarril a La Paz, o de los años iniciales de funcionamiento del tranvía. A este grupo pertenecen las imágenes 5 y 6. La primera, de autoría desconocida; y la segunda, una imagen de archivo del fotógrafo J.N. Piérola. Ambas son registros de los primeros años de funcionamiento del tranvía en la ciudad. Ambas son representaciones del tranvía como elemento de la modernidad urbana al

servicio de los grupos dominantes de la ciudad. Incluso los títulos de las imágenes, recuperados de sus archivos originales: “Dama subiendo al tranvía” y “Elegante pasajero”, son muestra de que las nuevas tecnologías de transporte urbano funcionaron como signo añadido de estatus y modernidad en la visión con que las elites configuraron el espacio público urbano como el lugar de su actuación.

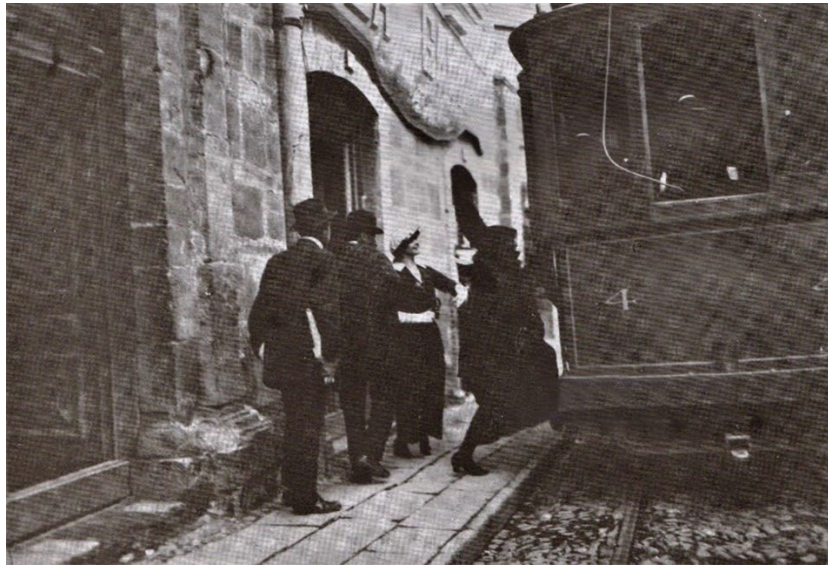


Imagen 5. Desconocido. Dama subiendo al tranvía calle Comercio, 1910. Archivo David Pérez Hidalgo



Imagen 6. J.N. Piérola. Elegante Pasajero. 1915. Archivo David Pérez Hidalgo

Uno de los archivos más amplios en temas de desarrollo histórico de la ciudad es el famoso archivo Cordero. Como buen observador de su tiempo, Julio Cordero distribuyó la producción de sus imágenes entre los varios motivos políticos y culturales que hacían de la ciudad de comienzos del siglo 20 un espacio a ser representado. El tranvía es recurrente en las fotografías de Cordero. La fotografía más conocida de esta colección es la que se muestra en la imagen 7: “Paseo de la elite”. Esta imagen muestra a un grupo de la elite criollo-mestiza paceña en la Alameda, una de las avenidas principales de la ciudad de aquellos años y lugar de paseo y ocio de los grupos dominantes. Un grupo de personas elegantemente vestidas ocupan el primer plano de la imagen, mientras que, en uno de los costados, al lado de la pared, un par de figuras mestizas vestidas sin elegancia alguna parecen dar paso a quienes tienen derecho prioritario en las avenidas de la ciudad. Como telón de fondo, el tranvía que hacía el recorrido Challapampa-San Jorge se muestra como signo urbano de modernidad, al que los grupos dominantes asociaban su presencia como forma de distinción social. Este será el tono de las imágenes del tranvía en la época.



Imagen 7. Julio Cordero. Paseo de la elite, sin fecha. Archivo Tambo Quirquincho GAML P

Hugo José Suárez elabora un análisis del archivo Cordero en el que pone a consideración la multiplicidad de eventos y sujetos retratados por el fotógrafo como muestra del proceso de construcción social de la nación boliviana. Suárez identifica cuatro grupos jerárquicamente organizados que aparecen en el archivo de Cordero: la elite criollo-mestiza, los cholos, los indios y marginales (principalmente presos y criminales), cada uno con marcadores diferenciados para distinguirse de los otros. En las fotografías que representan a los grupos dominantes, la elite utiliza la calle como ambiente de aparición:

Es la calle donde se posesiona y legitima, sea en actos oficiales o en inocentes paseos donde despliega su elegancia. Los objetos connotativos son paraguas, vestidos, sombreros, bastones y otros que marcan la distinción con el pueblo. Sus poses, sea en retrato o “naturales”, muestran clara superioridad frente al mundo que

los rodea, seguridad en el ejercicio de sus funciones. Su función social está en la dirección de la modernidad. (116)

A diferencia de la elite, los escenarios de aparición del cholo son los patios interiores de las casas o eventos festivos en el campo, fuera del límite de la ciudad. El caso del indio es mucho más marginal, de poco interés en las fotos de Cordero: “Aparece muy poco en la calle, y si lo hace es masa, parte del paisaje o absolutamente marginal del contexto de la imagen” (117).

Lo que sugiere este análisis es que el mercado fotográfico que funcionaba por encargos estaba fuertemente relacionado con una sensibilidad espacial de apariciones y visibilidades sociales. Es decir, existieron marcadores de identidad asociados con cada grupo, y la calle fue el de las elites criollo-mestizas. En el mercado fotográfico que representaba a las elites vinculadas a las infraestructuras de movilidad, sean la calle o el tranvía, emerge un imaginario que asociaba su presencia a la del espacio público y afirmaba su identidad como proyección ideal del movimiento del progreso. Si el paraguas y el sombrero son signos de distinción social, síntoma de una dinámica de antiguo régimen, al vincular su presencia pública en conexión directa con los nuevos circuitos y artefactos de movilidad, las elites se ponían al centro del proceso de comprensión espacial de la modernidad, es decir, al centro de la experiencia de transformación de la ciudad y en control del ritmo en que estas transformaciones ocurrían.

De esta forma, el espacio urbano y las tecnologías de transporte y circulación pueden ser vistas como parte de una política de movilidad y accesos en la idea de que la movilidad y el control de la movilidad reflejan y refuerzan relaciones de poder.

Para el caso de La Paz, la transformación objetiva del espacio vino de la mano de una nueva comprensión de la ciudad como proyección de la identidad progresista de la élite criolla, que se consideraba como la única intérprete de la modernidad en marcha. Y en este sentido, el tranvía fue

funcional al momento de instruir formas de distinción y comportamiento entre grupos en normas, comportamientos y discursos relacionados al uso colectivo del espacio como práctica social.

Para 1909, poco después del comienzo de operaciones, el municipio paceño aprobó una normativa reglamentando el uso de los tranvías que fue publicado por el periódico El Comercio de Bolivia. Estas normas, aprobadas por la instancia administrativa de la ciudad, y replicadas en varios periódicos de la época tuvieron el impacto de producir hábitos sociales de comportamiento directamente asociados con una visión diferenciada y delimitada del espacio público en función de actividad y marcadores raciales principalmente.

El reglamento de 1909 estipulaba la prohibición de ingresar al tranvía con animales, bultos y objetos que despidan mal olor (Reglamento de Tranvías Art. 26). Se debe analizar las implicaciones sociales y culturales de una prohibición de este tipo que parecería una medida normal en el caso del transporte público. La fuerte composición indígena de La Paz la hizo una ciudad en la que la modernidad tuvo que convivir con formas más tradicionales de uso del espacio colectivo y que tenían que ver con las nuevas modalidades de ocupación que la expansión urbana significó para los grupos indígenas ciudadanos. Tradicionalmente, el “bulto”, o *q'ipi* en aymara, es la maleta de viaje del aymara, una fardo o carga amarrado a la espalda que acompaña al varón y la mujer indígenas en sus desplazamientos locales y regionales (Fernández 276). Indígenas de hacienda y cholos al servicio de blancos adaptaron el uso tradicional del *q'ipi* para la realización de sus nuevas funciones y ocupaciones en la ciudad como sirvientes, empleados en casas particulares, obreros y artesanos a cuenta propia. El ejemplo más evidente es de mujeres indígenas y cholas que trabajaban como cocineras en casas criollas y que hacían sus compras en los mercados transportando los productos en bultos o *q'ipis*. Así, al prohibir el transporte de “bultos”, el reglamento establece una pauta cultural de comportamiento que discrimina los mecanismos de

movilidad indígena al interior del espacio urbano moderno en formación. Algo similar ocurre con la prohibición de “objetos que despidan mal olor”. En la práctica de aquellos años, esta prohibición estuvo directamente dirigida hacia personal de servicio indígena y cholos que transportaban carne de los mercados a casas criollas o a sus propios hogares, práctica que no entraba dentro de las responsabilidades de criollos y mestizos adinerados, quienes condenaban estas prácticas “premodernas” y consideraban de mal gusto tal espectáculo al interior del tranvía, símbolo de modernidad y refinamiento.

En mayo de 1935, en el momento en que el tranvía había desarrollado todas sus rutas urbanas y había puesto la mayor cantidad de coches en circulación que alcanzaría el servicio, en la sección editorial urbana del periódico *La Razón*, un comentarista expone las razones del mal funcionamiento del tranvía y propone algunas soluciones:

1) El tráfico de los tranvías podría mejorarse notablemente, estableciendo los tranvías actuales, sólo como primera clase, y agregándole un carro acoplado como de segunda clase [...] Si esta idea de pronto no pudiera ponerse en práctica, podría sustituirse por esta otra. Que la sección de 1ra y 2da clase de los tranvías fuese completamente independiente. Actualmente hay tranvías que tienen dos entradas, una por la parte de primera y otra por la parte de segunda. Pero se ve constantemente que todas las mujeres del pueblo, especialmente las que van a hacer sus compras al mercado y llevan grandes canastos con verduras y carne, aún sangrando, en vez de subir y bajar por la entrada o puerta de 2da lo hacen por la de 1ra, produciendo como es habitual una gran molestia a los pasajeros, especialmente a las señoras, pues con los canastos rosan sus vestidos [...] Además, la comunicación entre 1ra y

2da clase podría interceptarse con una rejilla, para que no hubiera paso libre.
("Sobre asuntos de tráfico" 6)

Esta propuesta, que tenía como intención la afirmación normativa de un principio de exclusividad por medio de categorizaciones étnicas, función económica y presupuestos higienistas espacialmente situados en los coches de tranvía, fue discutida y hecha ordenanza municipal en 2 de junio de 1935, según informa un nuevo comunicado de La Razón. De esta forma, la norma, aunque luego fuertemente resistida y revocada, muestra una intención de control administrativo de los cuerpos en los espacios compartidos, intención que privilegia la movilidad criolla mientras retiene y encasilla al sector popular dentro de espacios "sin paso libre", es decir, separados e inmovilizados. Así lo muestran algunos testimonios rescatados en la *Historia del Transporte* que publicó el Municipio de La Paz en 2011. El pasaje de primera clase, destinado a gente "pudiente", es decir de mayores recursos y por ende más "blanca", que viajaba en asientos especiales, se diferenciaba de la entrada de segunda clase, con asientos de madera y destinados para gente de menores recursos, léase indígenas y cholos: "Lo más notorio de los tranvías era pues que había discriminación porque la parte de adelante o sea más elegante, supuestamente más pulcra, pertenecía a la ciudadanía, ¿no?, a la gente blanca" (Testimonio de Jaime Torres 55). De esta manera el tranvía va configurando hábitos sociales que naturalizan el espacio como marcador de diferencia y jerarquías; es decir, funciona como aparato pedagógico instruyendo formas de participación y ejercicio ciudadano: "[Los campesinos, indios] entraban ahí donde entraba el pueblo. Pero al otro lado entraban puro gente de pudiente pues, [...] nosotros mismos nos alejábamos. Claro, porque teníamos ese complejo. Decíamos, estos son ricos, además como costaba un poco más, entonces la diferencia del pasaje era" (Testimonio de Germán 54).

Como se puede ver, el tranvía tuvo un efecto disciplinador del espacio social que debe mirarse con atención. Como tecnología de transporte, fue instrumento de la expansión de la ciudad y facilitó la asimilación desigual de grupos indígenas y mestizos dentro del espacio criollo. Como práctica pedagógica, instruyó formas de participación que actualizaron la presencia subalterna como ajena al espacio político de la nación¹⁵. Así, la ciudad liberal de principios de siglo XX se diseñó como espacio de contención de grupos populares que actuaban en el espacio público. El espacio se vuelve una categoría central al momento de definir las categorías de participación y de relacionamiento entre grupos, conteniendo y fijando el avance histórico de unos y afirmando la movilidad y centralidad interpretativa de la modernidad en otros.

En lo que viene, analizo cómo este proceso fue infraestructural al desarrollo de la narrativa urbana de la época, caracterizada, como se verá a continuación, por la actualización de la tensión espacial entre movilidad criolla y estacionarismo subalterno, que privilegió el capital móvil del sujeto criollo como valor fundamental de la modernidad perseguida.

3. Movilidad y Estancamiento: El uso social de las “ficciones de lo patológico”

La dinámica espacial de control de cuerpos fue infraestructural para el desarrollo de la naciente novela urbana de aquel tiempo, que funcionó como recurso de reapropiación simbólica de la ciudad ante la amenaza subalterna que iba ganando espacios de actuación. El uso estético de la enfermedad criolla, diferente de la enfermedad social de la nación, que caía en cholos e indios sobre todo, fue estratégica en el control narrativo del espacio que sugiere este tipo de narrativa.

¹⁵ Si bien el indígena, como presencia mayoritaria en el país, no fue considerado sujeto político hasta 1952, en que el gobierno del MNR instituye el voto universal y la ciudadanía ampliada, los términos de su exclusión se apoyaron sobre todo en una visión romantizada de su historia que lo consideraba en la infancia de su desarrollo social, y no en un abierto racismo que empezó a impregnar las ciudades del siglo XX. Lo mismo ocurre con el cholo, que durante el siglo XIX no fue considerado una presencia degenerativa o corrupta. El siglo XX trae consigo una mirada sobre la diferencia que continúa el modelo colonial más que funcionar como una continuación del modelo social de la temprana república.

Mientras la personalidad de Andrés Bermúdez, en la novela de Guerra, como la de otros héroes decadentes, sigue el modelo decadentista francés y europeo, difiere de este modelo en la forma en que la narrativa criolla usa la “enfermedad de la voluntad” como estrategia de diferenciación y de autonomía del personaje decadente, y separándolo de la trivialidad y la vulgaridad de la existencia cotidiana, le otorga una centralidad conectada con el manejo simbólico de la modernidad.

Los letrados construyeron una estrategia de contención de la amenaza chola e indígena por medio de un discurso social apoyado en la “degeneración”, como herramienta de control del ascenso social de los sectores populares, y alrededor del cual la elite criolla cerró filas, ansiosa de categorías que legitimaran su diferencia y superioridad social. Si la amenaza indígena y mestizo-chola era su movimiento difícil de controlar, el aparato discursivo de la élite apuntó a acusar esa movilidad como una patología histórica que había que neutralizar. El cuerpo enfermo de la nación hacía referencia a un organismo social que había extraviado el impulso creativo criollo de principios de la república y había sido sustituido por una composición sin visión de progreso ni futuro, anquilosada en prácticas inmorales e incivilizadas. Esta crítica sustituía el rápido avance de los sectores populares en los espacios de la política y economía por una versión que definía su presencia en el contexto nacional como estacionaria, estancada y ahistórica.

Fue el caso de Bautista Saavedra, intelectual y político que abrazó la sociología de influjo spenceriano, de tinte organicista, con la que escribió uno de los tratados clásicos de la sociología de esos años aplicada al estudio de la raza y las formas tradiciones de organización comunitaria indígena: *El Ayllu*. En dicho libro, Saavedra:

quiere descubrir hasta dónde es evidente que el ayllu fue una institución grandiosa en la época precolombina, y cómo resulta anacrónica en la actualidad. De esta

suposición inicial, intenta sacar la consecuencia de que el ayllu es, como lo dijo en un acto camaral varios años después, “una pústula, un chancro”, metido en la sociedad boliviana de la que había que extirparla. (Albarracín, *El gran debate* 27)

De modo similar, refiriéndose específicamente al habitante aymara de la región occidental del país, el intelectual ensayista Rigoberto Paredes afirmaba:

Acostumbrado a obedecer sin deliberar, ha perdido el colla el don de la iniciativa y la resolución [...] En el indio no se conoce la determinación pronta y oportuna; para dar un paso adelante consulta repetidas veces consigo mismo, con sus allegados: fluctúa de una manera que causa lástima. Este es el motivo porque es un conservador ingénito, con manifiesta tendencia al estacionarismo. (78)

En la narrativa de la época, cuando referida al mundo urbano indígena y mestizo, la mirada criolla se alinea con el ambiente de hermetismo, monotonía y estancamiento con que los ensayos sociológicos describen el panorama social boliviano. Así, *El alto de las ánimas* presenta el siguiente cuadro que observa Bermúdez por la ventana de su habitación:

Llovía. Llovía incesantemente, por la mañana, por la tarde, por la noche. El agua corría por las calles pendientes y el lodo se estancaba en los lugares planos. Los días eran largos, interminables. La uniformidad del gris persistía odiosamente bajo el cielo. Cuando la lluvia cesaba algunos instantes, perduraba el monótono e intermitente caer de las goteras. (197)

En la oposición entre protagonista y ambiente social, que es una de las características del decadentismo literario, la monotonía del caer de las gotas de lluvia puede leerse como la materialidad de un clima social estancado, un ambiente atrapado en la repetición y la parálisis, e implica la crítica de la novela a su medio, que no avanza conforme a los ideales de progreso y

civilización que manejaban los letrados criollos. El cholo y el indígena urbano significaban las trabas al progreso, las manifestaciones étnicas y culturales de un medio social corrompido, y de grupos humanos cuyas prácticas sociales, forma de vida y actividad significaban, en la mirada letrada, la antítesis de la marcha civilizatoria; es decir, una forma de estancamiento colectivo.

En uno de sus muchos recorridos por los barrios marginales de la ciudad, donde viven artesanos cholos e indígenas recién llegados, Bermúdez llega junto a su amigo Salcedo a una “tienda” de barrio donde se sirven bebidas alcohólicas en compañía de cholas prostitutas, y describe el lugar de la siguiente forma:

Era esta, como la anterior, una habitación muy reducida en la que se respiraba un ambiente pesado por falta de ventilación [...]. Algunos muebles destartados y una mesa sin barnizar en la que se acumulaban multitud de botellas y tres vasos de cerveza a medio consumir, llenaban aquel desván, donde la suciedad y el polvo lo cubrían todo. (170)

El ambiente de suciedad y pobreza de la casa donde llegan Bermúdez y su amigo no solo es una crítica costumbrista de la forma de vida de las clases subalternas en los barrios marginales de la ciudad. La acumulación de polvo sobre las cosas, como el lodo estancado de la cita anterior, es la proyección espacializada de un tiempo estacionario, ambiente pesado de aire que no circula, que es el escenario social del cholaje, tal como lo presenta la narración.

No ocurre lo mismo con el héroe criollo. Mientras que sometidos al examen de la enfermedad social de la nación, indios y cholos eran sujetos de observación, estudios sociológicos y controles higienistas que buscaban restringir su espacio de actuación y atacar el problema de su “movilidad”, el cuerpo criollo despliega en esta narrativa la evidencia de un capital movable por medio del recurso literario a la enfermedad. La enfermedad de la que sufren los sujetos criollos es

aquella causada por cansancios físicos y mentales, o estados de neurosis potenciados por los rigores de la nueva vida urbana.

Bermúdez es descrito como “pesimista y triste” (20), de un carácter huraño y ansioso (66), un “enfermo de la voluntad y un eterno ilusionado” (157), debido a su imposibilidad para adecuarse a los valores morales de su tiempo y de llevar adelante proyecto alguno. Esta descripción sigue el modelo del decadentismo literario europeo, en el que los personajes decadentes, desprovistos de interés vital, se sumergen en una inmovilidad existencial que manifiesta la crisis del sujeto occidental enfrentado a una modernidad de promesas no logradas. Así por ejemplo, De Esseintes, protagonista de la novela de Huysmans y paradigmático héroe del decadentismo francés, decide divorciarse del mundo moderno mediante su retiro en una villa en Fontenay, fuera de París, de la que apenas sale, y los pocos movimientos fuera de su vivienda que registra la novela solo ocurren por medio del recurso a la memoria del protagonista.

Sin embargo, en *El Alto de las ánimas*, esta enfermedad de la voluntad, la imposibilidad del protagonista para cambiar su situación personal, viene paradójicamente acompañada de una estructura narrativa que privilegia el movimiento sobre la inmovilidad. En el ambiente privado, una inquietud permanente lo desborda: “[Bermúdez] Se tendía en el lecho, volvía a levantarse; tomaba un libro que hojeaba maquinalmente; paseaba por la habitación; se acercaba a la ventana para mirar el cielo...Un desasosiego inmotivado no le permitía estar quieto en un lugar” (197). Y esto no ocurre solamente cuando Andrés pasa las horas muertas en su habitación, sino que un lenguaje de desplazamientos constantes compone una estética del deambular callejero por el que la narración da cuenta de un espacio urbano en transformación. Para atenuar sus crisis nerviosas, Andrés Bermúdez acostumbra a dar largos paseos, vagar “por las calles de la ciudad en todas direcciones” (182), recorridos que lo llevan por el centro de la ciudad, la Plaza Mayor y la Alameda

paceña, lugares de encuentro de la élite y las nuevas burguesías mestizas. Andrés recorre las calles de los nuevos “chalets” residenciales, como también las barriadas obreras, refugio de la clase trabajadora, chola e india, que la reciente expansión urbana había formado. Este fluir constante del protagonista por los diversos espacios de la ciudad sirve para espacializar la experiencia de Bermúdez, cuya conciencia individual, la comprensión de sí mismo y su medio está conectada al recorrido de estos espacios, señalando el registro ideológico de la novela.

Esta facultad “movible” de Andrés, le da una mirada privilegiada de su sociedad y su entorno, y hace de él un espectador no participante, al estilo de un narrador omnisciente que tiene el privilegio de la mirada, la perspectiva suficiente para conocer, describir e interpretar su entorno:

Andrés Bermúdez cuando se levantaba temprano solía emplear las horas anteriores al almuerzo en dar un paseo por los alrededores de la población. Varias veces, cuando el cielo estaba despejado, ascendió a una pequeña colina desde cuya cumbre se divisaba la ciudad, en el fondo, en una inmensa sucesión de manchas rojas interrumpida en todo sentido por los techos de zinc de los edificios modernos y por las torres de las iglesias. Confusos grupos de árboles, que se hacían más compactos en dirección del sur, ponían algo de verdor hacia el lado del cementerio que alzaba su portada de piedra como un arco de triunfo [...] El inmenso nevado, perenemente blanco, se imponía sobre el conjunto del paisaje y absorbía por completo la admiración del espectador. (48)

Este mirar desde la cumbre semeja la mirada omnisciente del narrador de la novela, que conoce y describe las acciones de los personajes tal como Andrés reconoce la ciudad en que vive y critica los males de su tiempo. Es una mirada privilegiada, que parece ser el tono de la novela de la época en las narrativas de los autores criollos, como lo muestra también el Carlos Ramírez de *Vida*

Criolla, novela de Arguedas, anterior a la de Guerra, pero desde una perspectiva más pesimista de la sociedad boliviana que sucumbe frente a la vulgaridad y precariedad moral de las clases en ascenso. Así, El Ramírez de Arguedas, humillado y expulsado de un medio a cuyas prácticas sociales y políticas no se acomoda, mira, desde la altura del camino hacia el exilio, la ciudad “acurrucada discretamente en el rincón de la quebrada, cual ave en el hueco de un surco, ante las amenazas del vendaval” (213). El vendaval representa la modernidad liberal en ciernes que amenaza una reorganización de clases y sectores, una recomposición de la sociedad boliviana, y sirve como una advertencia del autor en la voz de su personaje hacia el grupo criollo al que pertenece. En todo caso, como en la novela de Guerra, es una mirada que tiene el privilegio de la perspectiva, acercarse y tomar distancia según la necesidad, producto de una estrategia narrativa que permite a estos personajes recorrer varias geografías locales y mirar desde distintos espacios.

Esta característica se complementa, a nivel textual, en *El alto de las ánimas*, con otro elemento que tiene que ver con la forma organizativa de la novela. En la narración de Guerra, los capítulos son escenas más bien cortas que se suceden, como observar por medio de una ventanilla un escenario en movimiento, permaneciendo en un punto interior estable, que es la conciencia criolla del protagonista, donde se focaliza la narración y comprendemos la dinámica urbana en sus recorridos por la ciudad. La novela es una colección de capítulos cortos que no siguen un recorrido sin cortes. Cada capítulo comienza y acaba en un tramo espacial determinado, ya sea el interior de la casa familiar o en una zona específica de la ciudad: la Plaza Mayor, La Alameda, las afueras de la ciudad donde Bermúdez visita a una antigua amante o algún letrado de los pocos que admira, sin dejar de lado los circuitos marginales de la urbe que el protagonista recorre de tanto en tanto cansado de la simplicidad repetitiva de los habitantes del centro urbano. Así, la comprensión del conflictivo proceso de modernidad social y urbana nos llega en el recorrido y las paradas que hace

Bermúdez, en el ritmo de la narración que transcurre, tal si fuera un artefacto de transporte en el que nos ubicamos para conocer la ciudad.

Esta movilidad es sin duda un privilegio de clase. Salcedo, el amigo de Andrés, abogado que tiene que ganarse la vida en una oficina y no pertenece a la clase social del protagonista, envidia la vida de Bermúdez, quien a su gusto lleva: “Una vida tranquila, entregado a sus inclinaciones, disponiendo de su tiempo como le venía en gana, levantándose y acostándose a las horas que quería; gozando, en suma, una independencia absoluta que le permitía disponer de sí mismo conforme a su manera de comprender la vida” (32). Así, mientras la novela cuenta la trayectoria de Bermúdez, mediante una constante estética del deambular por la ciudad, el cholo urbano permanece estático, inmovilizado, vaciado de trayectoria propia.

Doreen Massey, en su análisis sobre los textos que hablan del proceso de conquista y colonización de los aztecas por Hernán Cortez y sus hombres, refiere cómo las narraciones sobre los nuevos territorios descubiertos por los españoles revelan la posición ideológica de superioridad de los conquistadores frente a la pasividad e inmovilidad indígena:

The way, today, we often tell that story, or any of the tales of “voyages of discovery”, is in terms of crossing and conquering space. Cortés voyaged across space, found Tenochtitlan, and took it. Space, in this way of telling things, is an expanse we travel across. It seems perhaps all very obvious. But the way we imagine space has effects [...]. It differentiates: Hernán, active, a maker of history, journeys across this surface and finds Tenochtitlán upon it. So easily this way of imagining space can lead us to conceive of other places, peoples, cultures simply as phenomena “on” this surface. Immobilized, they await Cortés’ arrival. (*For space* 4)

De la misma manera en que Cortés explora y recorre el territorio conquistado para dar coherencia a la historia de la colonización, Bermúdez atraviesa y recorre la ciudad para dar coherencia a un espacio urbano degenerado y vulgarizado. En la narración, las cosas parecen permanecer quietas en su lugar esperando la mirada externa que cargue de sentido un espacio sin una historia propia. Así, al recorrer los barrios marginales, la narración cuenta:

Andrés Bermúdez deambulaba a la ventura. El suburbio tenía para él en ciertos momentos de su vida, un extraño atractivo. Cansado de ver cotidianamente en las calles céntricas de la ciudad, en los paseos, en los teatros, en los cafés, las mismas caras, la misma vulgaridad de las personas conocidas, se daba a vagar por los extramuros en cuyas callejuelas extraviadas se sentía más seguro, más alejado de la multitud de burgueses satisfechos y más cerca de esa vida ignorada y miserable de la gente humilde, tan llena de tragedias que nadie conoce. (Guerra 162)

Los suburbios, donde viven cholos e indios mayoritariamente, parece ubicarse en la cita anterior fuera de las coordenadas del mapa urbano “oficial”, allá en los “extramuros”, donde vive lo desconocido, y como en la relación con Cortés que hace Massey, Bermúdez parece ser un explorador que cruza un espacio horizontal y vacío, en una aventura para dar con esas existencias “ignoradas”, llenas de “tragedias que nadie conoce”; es decir, con esa humanidad vaciada de historias propias por ignoradas y desconocidas. Así, la operación espacial que lleva adelante la narración construye el sentido de una agencia criolla, activa y móvil, mientras los mundos indio y cholo permanecen en el espacio, en una operación por la que fijarlos al espacio es detenerlos en el tiempo (como polvo que se acumula sobre las cosas), y por tanto vaciarlos de historia.

Y esta idea se conecta con la dinámica de espacios internos y externos que ocurre en la novela. Luego de uno de sus habituales recorridos mañaneros por la ciudad, Andrés regresa a su

casa ingresando por el corredor, “bañado a aquellas horas por el sol que derrama profusamente sus raudales sobre la vieja casa de sus antepasados, a la que él amaba con esa intensidad de cariño con que se aman las cosas que nos son familiares” (48). En la casa de sus antepasados, vive la herencia de la raza, y por ello, como afirma Marcia Stephenson (1999), la casa criolla funciona en estas narrativas como la conciencia arquitectónica del estado y orden social criollos. La autora propone que las representaciones hegemónicas de la modernidad se han construido en una relación entre espacios interiores y exteriores, por medio de metáforas espaciales que definían y diferenciaban el moderno o civilizado espacio interior de las casas del incivilizado exterior (61). La casa criolla doméstica, definiendo metafóricamente los lugares que le son propios (lo “familiar” que mueve sensiblemente a Bermúdez, la propiedad privada) y los que no lo son (lo no familiar y lo irreconocible que habita en el exterior). Y esta metáfora espacial explica también las políticas respecto a la otredad étnica en los Andes, donde civilizar era llevar al otro no civilizado, del desordenado y bárbaro exterior, hacia el esquema de valores y sensibilidades “internos” del mundo criollo, mediante el trabajo o la educación. La idea, como afirma Ana Lucia Tello, era esperar que el “otro racializado” cruce esa frontera, se vuelva moderno, civilizado (125). Cuando Andrés, al final de la novela, decide abandonar la casa familiar para viajar, por tiempo indefinido, a una propiedad en el campo para hacerla productiva mediante el trabajo esforzado, hace una operación contraria a la que las políticas institucionales de entonces hacían: sale de la interioridad familiar para incorporar en su experiencia ese otro terreno sombrío y desconocido:

El camino es a trechos espacioso. Se extiende sobre una meseta árida donde la paja crece amarillenta entre pedruscos y arena humedecida por la lluvia. Luego, estrechándose, se empina sobre una prominencia del terreno, en el que grietas profundas dificultan el paso, y la cuesta se alarga haciendo curvas caprichosas. Por

fin llega a la cumbre, y, todavía, cerros y cerros se suceden [...] Cae la tarde con lentitud. El gris del cielo se confunde con el gris de la tierra. Las montañas distantes se van esfumando poco a poco, y las más próximas son manchas espectrales. (223)

Las manchas espectrales son el espacio fuera de la civilización, hacia la que Bermúdez se dirige, extendiendo su propia comprensión del espacio en el que había vivido siempre, por medio de “cerro y cerros que se suceden” delante del camino que va dejando atrás. El recorrido del protagonista, como lo hiciera el riel, el tren y el tranvía en la función social de su uso técnico, va abriendo espacio, integrando en la conciencia propia y la del lector el terreno desconocido, expandiendo espacialmente la experiencia de la ciudad.

4. Las ficciones de lo patológico: imaginación lectora y estados emocionales alterados en la movilidad criolla.

Este privilegio movable del cuerpo criollo estuvo asociado con la capacidad de desplazamientos físicos por la ciudad, pero también tiene en el recurso a la enfermedad decadente criolla otra forma de manifestación. Bermúdez es un héroe moderno, precisamente en la idea de que la escuela decadentista en la medicina y la literatura definían al sujeto moderno, siguiendo la enseñanza de Nordau, como un hombre neurótico, incapaz de hacer frente al mundo en que vive, propenso a evadirse de la realidad a través de la sublimación de su propia neurosis. Esto se ve con claridad al principio de la novela cuando la narración nos presenta a Bermúdez como un hombre que: “Sufría, en ocasiones, crisis nerviosas alarmantes. Poseíanlo un desasosiego sin límites y un malestar físico insoportable que se traducían en una irrasibilidad inmotivada contra todo y contra todos” (12).

Andrés no es un caso aislado en la construcción del personaje criollo de la literatura de la época. Como él, varios héroes literarios “enfermos” forman parte de la estrategia discursiva de

autores para representar la sensibilidad estética y social de su tiempo. Como señala Salvador Romero, las preocupaciones ideológicas y estéticas de los autores de la época permiten encontrar temas y elementos recurrentes en las novelas, siendo uno de ellos la del “héroe moderno”, poseedor de una “subjetividad exacerbada, enfermiza” (*Las claudinas* 14). Así, se trata de héroes enfermos, habitados por una angustia existencial propia del fin de siglo, que los hace muchas veces nerviosos cuando no pesimistas y débiles. Romero se refiere a ellos como personajes que sufren de “falta de voluntad”, como Andrés Bermúdez, criollos que representan un sector social cuyas ideas de país y sociedad riñen con varios elementos de la modernidad en marcha, y que no encuentran su lugar en el orden desplegado por los nuevos tiempos que corren. Adolfo Reyes, héroe de la *Chaskañawi*, de Carlos Medinaceli, es descrito de la siguiente manera:

En todo él, así en la expresión de su faz, como en el desgano de sus gestos y ademanes, se delataba algo de fatiga o laxitud, como en esas tardes de otoño cuando la luz perlina del ocaso va desangrándose en una sedeña agonía de oro pálido y se levanta, por entre el bosque amarillento, una luna clorótica, desvaída. (13)

Estas ideas de lo “clorótico” y “desvaído” hacen referencia a la personalidad de Reyes como un hombre sin fuerza, falto de vigor, y sufriendo de un estado patológico: lo clorótico como estado deficiente de hierro en la sangre, que marca su condición enferma. Y esta es la norma en los personajes novelescos de esos años. En *Celeste*, de Armando Chirveches, la falla de la voluntad, signo de la decadencia moral del protagonista, es producida por las lecturas, y pasa lo mismo en la otra novela de Chirveches, *La casa solariega*, donde según Romero, la enfermedad se puede ver en la “inconsecuencia del espíritu inquieto de G. de Silva, pero amargado y paralizado por sus contradicciones” (34). Rául Salinas, el criollo hijo de hacendado y protagonista de *Aguas Estancadas*, de Demetrio Canelas, sufre de una condición similar: ensimismado, siente desapego

y hastío por todas las cosas. Su carácter es retraído, y hace que su mejor amigo, el también aristocrático poeta Navia, le reproche su manera de ser. Como es la regla en este grupo de personajes, el origen del comportamiento de Salinas es un rechazo a las formas faltas de sofisticación de su tiempo. Salinas no admite juntarse con el “populacho”, al que la narración se refiere como “gente de baja estofa”, presente con mayor fuerza en la empleomanía burocrática y la práctica jurídica, inundada de cholos y mestizos arribistas, y de los que Raúl se aleja prefiriendo una vida en soledad inscrita en la pasividad de su propia rutina.

Carlos Ramírez, de *Vida Criolla* de Arguedas, es un espíritu solitario, introvertido, crítico y lúcido para observar los elementos perniciosos de su entorno, pero tímido y falto de la voluntad suficiente para plantearse objetivos ambiciosos y lograrlos, cualidades que tienen que ver con una disposición enferma y nerviosa que le atribuye la narración (124). Ramírez es crítico de la vulgaridad burguesa que lo rodea, las casas de familia de las nuevas élites son descritas mediante un tono de desprecio y ridículo que muestra la “altura” moral de un narrador que es la proyección del mismo Arguedas¹⁶. Ramírez es un “espíritu enfermo”, con la enfermedad funcionando principalmente como la crítica moral hacia un entorno de corrupción, oportunismo y vulgaridad normalizada de su tiempo y de su sociedad.

El recurso a la enfermedad funciona en estas novelas en un doble registro: por un lado, critica la forma de ser de los sectores en ascenso en las ciudades, reclamando de ellos su poca moralidad y su incapacidad para la vida “civilizada”; pero por otro lado, y como lo explica

¹⁶ Hay un fuerte componente autobiográfico en la novela de Arguedas, sobre todo en lo que se refiere a la actitud crítica y el sentimiento de aislamiento y soledad del protagonista frente a su entorno. *Vida Criolla* es la tercera novela de Arguedas, todavía producto de sus años de juventud y sus iniciales exploraciones estéticas y sociológicas. El tono decadente y de “enfermedad de la voluntad” de Ramírez es la proyección de la sensibilidad del autor, que en la entrada correspondiente al 8 de marzo de 1907, escribe en su diario desde París: “Mi nerviosidad ha aumentado y también mi indecisión. Un momento pienso una cosa; luego, otra. Imagino viajes, preparo planes, pero a nada me resuelvo. Antes de comer, por ejemplo, hago la formal resolución de salir a pasearme; pero pasada la comida, me invade una pereza invencible [...] ¡Cuán pobre cosa es un hombre enfermo por falta de voluntad!”.

Gabriela Nouzeilles, el recurso a la enfermedad funciona principalmente, cuando se refiere a las clases letradas y dominantes, como estrategia de autonomización en los personajes letrados, reafirmando una subjetividad social y distinguiéndolos de la masa y la vulgaridad colectiva. Nouzeilles afirma que, en este tipo de personajes, los usos de lo patológico se constituyeron contra la salud como valor burgués y contra las políticas sanitarias de las prácticas de control higienistas, y que “el carácter oposicional de dichos usos se ve sobre todo en la valoración de la enfermedad como experiencia estético-epistemológica proveedora de una entrada privilegiada al mundo de la imaginación” (297). A diferencia del enfermo en casos de salud pública o de la enfermedad de raza, el espacio de realización de la enfermedad del criollo no es el sanatorio o el estigma social, sino el desplazamiento imaginario de la sensibilidad a través de libros y lecturas, que ocupan la mayor parte del tiempo de los protagonistas literarios decadentistas.

A Andrés Bermúdez, amigos y familiares le reclaman su afán permanente de pasar sus horas en medio de libros e historias de ficción: “Balzac, France, El Quijote, Shakespeare, Quiroz, d’Anunzio, Valle Inclán, Macterlinck, Poe...iba leyendo. He aquí otra cosa que te reprocho. La literatura en los temperamentos como el tuyo, hace mucho mal” (Guerra 100). Carlos Ramírez, de la novela de Arguedas, pasa sus días de retiro voluntario con una copia del Quijote siempre consigo, y tiene como sus objetos preciados, además del libro de Cervantes, “un volumen de Shakespeare, otro de Schopenhauer, los versos de Vigny y el Fausto de Goethe” (*Vida Criolla* 203). Enrique Rojas, de *La Candidatura de Rojas*, de Chirveches, pasa sus días de ocio en la lectura de José María de Pereda y Armando Palacio Valdés (Chirveches 81). Como señala Romero, el protagonista de *Los Cívicos*, de Gustavo Navarro, leía a los grandes autores rusos: Kropotkine, Gogol, Dostoievski, Turgenev, Herze y Gorki; y Armando Serrano, protagonista de *Celeste*, otra

novela de Chirveches, pasa su tiempo en la lectura del *Mal del siglo*, de Nordau, ilustrado por Doré (130).

El tipo de héroe decadente, proyección del letrado criollo que accedía al capital cultural moderno por medio de su acceso a libros, publicaciones y viajes al extranjero, hace gala de la cultural letrada como espacio de distinción social y refinamiento. Romero hace una extensa descripción de las corrientes y autores que llegaban al país y que eran distribuidas por las casas importadoras y las librerías que funcionaban en la ciudad. Entre ellos, los nombres más representativos del realismo y naturalismo europeo, el romanticismo literario que no se había agotado, y también expresiones más innovadoras que llegaban de la mano de la lírica, la novela, y el modernismo literario que era consumido en las grandes capitales. En el plano de la filosofía, el irracionalismo alemán, y la naciente sociología de la mano del positivismo también fueron parte del mundo de circulación de ideas que formaron la sensibilidad social, política y estética de intelectuales y grupos privilegiados con capacidad de acceso a los libros.

Alcides Arguedas, que fue siempre un lector inagotable, tuvo entre sus lecturas formativas a Pérez Galdós, Juan Valera, G. A. Bécquer, la Pardo Bazán, Alejandro Dumas, Víctor Hugo, Lamartine y Zola. El italiano Gabriele D'Annunzio, uno de los autores más celebrados del decadentismo europeo, y por su puesto el escritor y médico Max Nordau, autor de *Degeneración*, fueron figuras intelectuales trascendentes.

El acceso a la imaginación lectora era claramente una forma de distinción social. La “falta de cultura” de las clases populares es el antivalor en esta crítica que hace la literatura por medio de sus héroes “decadentes”. Pero en el caso del decadentismo literario, la conexión entre enfermedad y lectura venía de la mano de la experiencia de habitar la modernidad como proceso en marcha. La falta de voluntad, el decaimiento, los trastornos afectivos debido a 1 estados

nerviosos son muchas veces acentuados por la lectura o el estudio exagerado, excesos del pensamiento y de la sensibilidad que, como afirma Nouzeilles, en el caso del personaje decadente deriva en la experiencia del malgasto de energía vital y la permanente condición de fatiga:

Esta condición, proyección del mal que habitaba a sus mismos autores, es confirmada por el mismo Arguedas, que escribe en su diario la indecisión nerviosa que lo afecta y que se ve agravada por el encierro entre libros y lecturas en el que vive:

Esta mañana me he despertado con la idea de viajar por Suiza y he resuelto llevar a cabo mi deseo en el mes de mayo. Esto ha de durar poco: mañana o cualquier otro día se me meterá en la cabeza ir a Londres o Barcelona y concluiré por no ir a ninguna parte y por embutirme cada día más hondo en este agujero hediondo donde el olor de papel impreso me va matando lentamente. (Romero, *El nacimiento* 178)

De esta manera, no es la raza el origen de la enfermedad, sino una condición nerviosa amplificada por el exceso de estudio y lecturas. La enfermedad del cuerpo criollo no es objeto de control, y tampoco ingresa dentro de las estadísticas de sanidad pública, sino que potencia su capacidad simbólica de desplazamiento en la visita a pensadores y autores europeos, mundos ficcionales y realidades imaginarias que permite la lectura de novelas, poesía y ensayos durante el tiempo de ocio, retiro o convalecencia. Se puede observar entonces una tensión entre la tendencia aisladora del sanatorio, de control de la movilidad de los mecanismos higienistas de su tiempo, aplicados a clases subalternas, y la trayectoria del desplazamiento lector o del viaje imaginario en que se embarcan este grupo de personajes criollos.

Lo llamativo de estas “ficciones literarias de lo patológico”, como las denomina Nouzeilles, es que, en la representación de afecciones físicas o emocionales, y en el uso de figuras retóricas que exploran la experiencia de la enfermedad, surge un proyecto estético que sostuvo la

autonomía y movilidad del cuerpo criollo por medio de su acceso privilegiado al mundo de la imaginación y la lectura del cuerpo convaleciente o enfermo.

5. Movilidad, exilio literario y nacimiento del nuevo sujeto criollo

Mientras que el cuerpo criollo desplegaba en las narrativas del decadentismo la evidencia de un capital movable por medio del recurso literario a la enfermedad, indios y cholos eran sometidos al examen de la enfermedad de la nación, mediante observación, controles higienistas y estudios sociológicos que apuntaba a restringir su espacio de actuación en las ciudades, cuando no restringirlos a las áreas rurales como límite natural asociado a su condición étnica.

Alcides Arguedas fue tal vez el representante mejor conocido de esta tendencia. Hombre de profunda sensibilidad crítica respecto a aquello que percibía como males de su tiempo, Arguedas criticó la sociedad boliviana en su conjunto, como una advertencia hacia el grupo criollo al que pertenecía y al que acusaba, junto a mestizos e indios, del desplome moral de la sociedad boliviana y de la incapacidad del país para desarrollar un proyecto modernizador efectivo. Sin duda, una de las obras más conocidas de Arguedas es *Pueblo Enfermo* (1909), tratado sociológico que, como afirma Paz Soldán, pertenece al abundante grupo de libros que se escribieron sobre la “enfermedad nacional” en Hispanoamérica, en la línea de escrituras como el *Idearium español*, de Ángel Ganivet, *Psicología del pueblo español*, de Rafael Altamira, *Nuestra América* de Octavio Bunge y *Enfermedades sociales*, de Manuel Ugarte (62). *Pueblo enfermo* es la lectura descarnada y desesperanzadora de la realidad local boliviana, convertida en “roña de malas costumbres y peores hábitos” (34). Arguedas fundamenta que el proceso colonial y los abusos de su continuación republicana habían corrompido las formas autóctonas de funcionamiento del mundo indígena, convirtiendo al indio en un sujeto:

duro, rencoroso, egoísta, cruel, vengativo y desconfiado. Le falta voluntad, persistencia de ánimo, y siente profundo aborrecimiento por todo lo que se le diferencia [...] Bailar, beber, es su sola satisfacción; no conoce otras. En su casa huelga la miseria absoluta, el abandono completo. En la casa del indio no hay nada sino suciedad [...]. (47,48)

Esta imagen miserable y malsana del indio boliviano se completaba con la descripción de la corruptibilidad moral del mestizo, grupo contra el que Arguedas descargó lo más pesado de su crítica. El mestizaje boliviano es para el autor la degeneración tanto del indio como del español causada por la mezcla de razas, que habría producido un sujeto ambicioso, arribista, inescrupuloso al momento de ascender de categoría social, por el lado de la política o de los negocios. Y esta visión del mestizaje no es únicamente la visión de Arguedas, sino que es la posición que muchos autores de su tiempo compartían sobre la población subalterna urbana. La historia política del país sirvió para justificar la construcción del mestizo como proyección del caudillo barbarizado, agente oportunista de fuerza que toma el poder desde el rebalse de sus apetitos personales, y que se sirve de la masa para llevar adelante sus ambiciones políticas. Es una posición generalizada en la literatura realista y costumbrista de la época, que advierte sobre el cholo corrupto y arribista como peligro para la salud de la nación¹⁷. Tal vez una de las novelas más representativas del periodo, *El cholo Portales*, de Enrique Finot, es la muestra desde la literatura de este prejuicio anti-cholo. La novela muestra a Evangelista Portales, hijo de criollo y chola, un mestizo que, gracias al auxilio de su protector, el aristocrático César Pérez Benavente, logra educarse, se gradúa de abogado, y

¹⁷ Ximena Soruco, en *La ciudad de los cholos*, desarrolla la forma en que la obra de este grupo de autores coincide en la construcción simbólica del mestizaje como “enfermedad” nacional, y la manera en que este conjunto de escrituras funcionó como “lecciones morales” dirigidas a los criollos para advertir del peligro histórico asociado a las alianzas familiares, políticas o económicas con el mundo cholo en el espacio urbano. Para Soruco, la ciudad devino el espacio literario de la contaminación de raza en la mirada de este grupo de letrados, que hicieron de la condena del cholaje, forma degenerada del mestizo, el tema de atención urgente de su tiempo.

empieza una carrera política que lo llevará a ocupar importantes puestos, todo para usar su poder en contra de quienes alguna vez lo ayudaron. La novela es una advertencia de los peligros que trae consigo para la nación y el mundo criollo el arribismo social del cholo. Sujeto vengativo y desagradecido, se considera al mestizo incapacitado para las demandas superiores de la función pública, y en quien se confirma el factor raza como el elemento fundamental del deterioro boliviano. En consonancia con las ideas de la medicina psicológica, el cholaje boliviano es considerado una enfermedad colectiva y de tipo moral, como lo afirma la novela de Finot en palabras de Don César Pérez Benavente:

Precisamente hay que tratar de no ser cholo, o de dejar de serlo, porque el cholo es la mayor plaga nacional. Comprenda usted que, a mi entender, no es cholo el que pertenece a una clase social humilde, ni el que tiene en sus venas determinada porción de sangre indígena. [...] Pero dejemos esas especulaciones a la consideración de sabios y sociólogos, limitándonos a utilizar el vocablo como símbolo para designar a los individuos que poseen cierta idiosincrasia peculiar; producto del ambiente moral que se respira entre las clases populares. (50)

Este recurso a la enfermedad moral y física de la raza, en cholos e indios, venía de la mano del argumento sobre la decadencia de la colectividad como correlato de la decadencia del organismo nacional (Paz Soldán 70). Este tipo de crítica es propia de toda la novela del periodo, cuyas narraciones se armaban a partir de una variedad de temas y de discursos, que iban del romanticismo al realismo naturalista, incluyendo elementos modernistas/decadentistas en la misma narración, resultando en compuestos escriturales ciertamente complejos. Pero la inclusión de la estética decadentista, con sus temas y figuras literarias, provocó también un cambio en el registro discursivo respecto a los ensayos sociológicos y el realismo político de la época, pasando del

cuadro de la multitud y la masa (el elemento cholo e indígena como grupo), a la pintura del individuo. Así, por ejemplo, donde Arguedas retrataba el progreso de la injusticia de las haciendas en la ya envilecida condición del indio como raza, el tono decadentista de la novela de Guerra hace que fijemos los ojos en el devenir del sujeto individual, como producto de las dinámicas urbanas y sus nuevos condicionamientos espaciales.

Por medio de un mecanismo de sustitución de la enfermedad como potenciadora de experiencias imaginarias, y no como estigma social que identifica y separa a grupos, el decadentismo cumple un propósito diferente de la sociología y literatura de interés indigenista o antropológico. Mientras estas escrituras apuntaban a fijar a los grupos indígenas y urbanos subalternos dentro de un ámbito limitado de actuación (el campo o los márgenes urbanos)¹⁸, las narrativas de estilo decadentista, como se vio anteriormente, colocan a sus personajes en una posición privilegiada respecto a los canales simbólicos de flujo y movimiento.

Siguiendo el modelo del decadentismo europeo, mediante el refugio en la individualidad como remedio contra la degeneración, los letrados bolivianos pintaron la imagen de héroes criollos aprisionados por el medio y en busca de nuevos espacios de enunciación discursiva. Tanto el Jean Des Esseintes de Huysmans como el Beerbohm de *Diminuendo* se retiran de grandes capitales europeas, París y Londres respectivamente, en busca de espacios que permitan en la contemplación y la soledad el placer del buen gusto, desplazado por el ruido, la congestión y la vulgaridad burguesa, y que sirven de refugios estéticos donde se hace posible el discurso del arte. Analizando la idea del “exilio” como idea predominante en el retiro estético decadente, Mary Curtin muestra

¹⁸ Josefa Salmón, en *El espejo indígena*, argumenta que los textos y políticas indigenistas desde principios del siglo 20 pueden traducirse como la historia de la formación, conformación, regeneración, desarrollo y civilización del indio, en el sentido de convertir al indígena en trabajador y “buen ciudadano” mediante prácticas de producción discursiva que pretendían, tras ese razonamiento redentivo, fijar al indígena y su campo de actuación en el campo, condición de su participación como mano de obra en la construcción de la modernidad nacional.

cómo, para los decadentes, “the figure of the artist exiled from the commercial maw of *fin-de-si`ecle* Philistinism had come to signify a brand of aesthetic heroism” (191). Es interesante cómo en la novela boliviana de principios del XX los criollos, que estuvieron familiarizados con los héroes de “fin de siglo” europeo, usan en sus narrativas la figura del exilio como movimiento al que se someten los personajes empujados por un medio corrompido en el que el retiro forzado se vuelve la única posibilidad de un renacimiento de clase.

El crítico periodista Ramírez, de *Vida Criolla* de Arguedas, se ve forzado a dejar la ciudad donde sus ideas se han hecho molestas para el régimen liberal en formación, contaminado desde la raíz por la corrupción mestizo-chola. Enrique Rojas, de *La Candidatura de Rojas*, novela de Chirveches, se retira de la carrera política, y derrotado decide optar por la vida del campo en unión a su prima Inés, en un cuadro que en su imaginación se presentaba así:

Una casita alegre y coquetona, como construida para cobijar el amor, descubriáse entre la arboleda, y en ella, apoyada en el alféizar de una ventana espaciosa, festoneada de madreselvas, Inés, que llevaba un blanco peinador, sonreía mirando a un chiquillo travieso, el que, encaramado a un ciruelo, comía con gula y en silencio ciruelas blancas. (Chirveches 81)

En este caso, más que un condicionamiento estético, el retiro es guiado por la necesidad de encontrar un espacio donde la reproducción de clase se haga posible, simbolizado por el hijo que come ciruelas y por el matrimonio endogámico entre Rojas y su prima al final de la novela.

Para el caso de Bermúdez, en *El alto de las ánimas*, el retiro por el que opta al final de la novela es la afirmación de su condición aristocrática que no se corrompe ni se trastoca, pero sí se transforma de acuerdo con los tiempos que corren. Este retiro final funciona como un nuevo nacimiento. Así por ejemplo, cuando Andrés decide dejar la ciudad para dirigirse a la hacienda

familiar donde busca el remedio para su voluntad enferma, ocurre un proceso de distanciamiento por el que el protagonista observa la ciudad desde fuera, y en ese tránsito el tono de la narración cambia:

El viento ulula pavoroso agitando las crines de la cabalgadura que se detiene bruscamente, obligada por su caballero, piafante, sudorosa. El hombre vuelve la cabeza hacia el camino y mira: Lejos, en medio de la oscuridad impenetrable, compactas, infinitas, parpadean las luces de la ciudad hostil. (224)

Lo que interesa señalar en este fragmento final es la forma en que la narración se refiere a Bermúdez como “el hombre”, en oposición de la idea de “joven” o “muchacho” con los que nombraba permanentemente al protagonista, dando cuenta de un proceso de maduración y crecimiento que se consolida en el recorrido y el viaje que está emprendiendo Bermúdez.

En los casos mencionados, al sustituir la urgencia artística por una necesidad social, el “exilio decadente” en la narrativa boliviana deja de ser un reclamo estético y se convierte en alegato político, casi un clamor de clase, un proceso de autoafirmación identitaria en la capacidad de cruzar espacios de la que el decadente criollo está dotado. Al ser marginalizado de un ambiente degradado y corrupto, el “aesthetic heroism” del que habla Cury se convierte en un reclamo social como respuesta al mundo con el que los personajes chocan ética y sensiblemente.

Y este reclamo viene acompañado de una respuesta “regenerativa” de la mano del nacimiento de un nuevo sujeto criollo, que no ha sucumbido al peligro de la mezcla de razas, sino que apuesta por nuevos valores individuales referidas al trabajo y la explotación productiva de la tierra. Tal el plan y el propósito de Bermúdez al emprender un viaje que inevitablemente lo separa de los suyos, de la familia, amigos, y de su propia comodidad:

Allí, en medio de la salvaje soledad del campo, se olvidaría de todo. No pensaría ya más en las tristezas de la ciudad, ni el insufrible tedio de todos los momentos le roería el corazón. Haría una vida libre, sana, fecunda en energías [...] Por la mañana, al despuntar el alba, estaría ya en pie o recorriendo a caballo sus dominios, para vigilar la marcha del trabajo, sin dar tregua a una actividad constante que infundiría vigor a la inercia de sus músculos, despejaría su inteligencia y ensancharía su corazón. (219)

Ante la amenaza del mal tiempo que pone en peligro el viaje, la narración afirma que a Bermúdez solo “Le bastaba un buen caballo. De algo había servido el ejemplo de su padre, que no se arredraba nunca ante el peligro” (221).

De esta forma, el valor, la disciplina y el trabajo vienen a ser las nuevas coordenadas éticas y de comportamiento de este sujeto, que se muestra en la transformación que ha experimentado Bermúdez desde su carácter “falta de voluntad” con que comienza la narración.

En el acto de recuperar la herencia paterna que menciona la cita, se afirma la tradición y el criollismo del que proviene Andrés. Pero sobre todo, este nuevo “hombre” pasa a representar los nuevos valores de la modernidad, y que, como afirma Francoise Martínez (1999) en su texto sobre la educación física en las escuelas bolivianas de principios del liberalismo, son valores que tuvieron la función de formar sujetos industriales en la ética del nuevo capitalismo mundial. La autora menciona cómo en los planes educativos de principios de siglo, la salud física se asociaba con valores como la energía, la voluntad y la disciplina, ideas conectadas a las demandas y competencias personales requeridas por el capitalismo occidental (365).

El nuevo sujeto criollo, en virtud de su capacidad de movilidad, de desplazamiento y tránsito, se convierte no solamente en pieza fundamental del control narrativo del espacio que

propone la novela, sino que es la figura literaria equivalente a las “rieles de penetración” (Romero 238) que reclamaban los letrados, una fuerza expansiva y productivista, en la idea de “colonizadores en vez de funcionarios” (Romero 239), como solución a la enfermedad nacional.

Escrituras como la de Guerra buscan el cambio regenerativo sustentado en la idea de producir criollos útiles, es decir, una actualización histórica de la élite, que pueda llevar adelante el sueño industrialista y colonizador hacia donde apuntaron los letrados del siglo XIX, en la idea de inscribir al país en el mercantilismo mundial y la marcha del progreso mediante el lema de “agricultura y colonización” (Albarracín *Orígenes* 11).

Este deseo industrializador, y su conexión con los canales de circulación de fantasías culturales en los criollos bolivianos, es el tema de desarrollo del siguiente capítulo.

CAPÍTULO 2. Desarrollo urbano y “world literature”: Infraestructuras del “sistema-mundo”

La técnica aplicada a la movilidad urbana y al proceso expansivo del espacio, como recurso de disciplinamiento social de la población subalterna indígena y cholo/mestiza, fue tema de análisis en la conexión entre desarrollo infraestructural urbano y literatura que propone el capítulo 1. Se analizó cómo la primera y única novela del escritor paceño José Eduardo Guerra, mediante el uso de elementos del decadentismo literario, construye la imagen del sujeto criollo como artefacto móvil y expansivo, para dar coherencia de la modernidad social y urbana en ciernes, mientras propone a este sujeto como posibilidad de una conciencia regenerativa de lo social, actualizando así el proyecto de modernidad criolla del siglo XIX. La dinámica entre espacios interiores y exteriores que propone la novela da cuenta de la necesidad de civilizar el espacio doméstico de la ciudad, que se debatía entre la permanencia de la hegemonía política y cultural criolla y la emergencia de nuevos actores que desde la política y economía disputaban esa hegemonía.

En este capítulo, un otro momento de esa modernidad se proyecta en la dinámica entre desarrollo urbano y discurso modernista/decadentista en la literatura, que imagina la modernidad criolla desde el deseo de conexión con una red global de circulación de fantasías transnacionales, posibilitada por el proceso de infraestructuralización del espacio público. Al describir su paso por la ciudad, el escritor y diplomático uruguayo Vicente M. Carrió escribía en 1919 que La Paz era una ciudad formada por tres periodos superpuestos; los dos primeros correspondientes al pasado colonial y la formación republicana, y el tercero, periodo de la llegada de la modernidad, que dio inicio “cuando el ferrocarril unió a La Paz con el resto del mundo” (Baptista 109). Fue entonces,

según Carrió, cuando se hizo posible transportar grandes cantidades de hierro, pesos y volúmenes imposibles de otra manera para el lomo de mulas, llamas e indios, “y la ciudad apareció como palacio de cemento armado, con chalets llamativos rodeados de ‘parterres’, con jarrones y estatuas de barro vidriado y escalera de mármol blanco” (109).

La remodelación urbana marcó el nacimiento de la modernidad, y con ella el paisaje de la ciudad se volvió cuadro del que surgieron colectivas fantasías culturales de proximidad con las grandes capitales. Fernando Méndez, el aristócrata protagonista de *Renovarse o Morir* en la novela de Walter Carvajal de 1919, otro viajero al igual que Carrió, queda maravillado ante el espectáculo de una ciudad transformada a su retorno después de años de ausencia. Méndez observa la ciudad desde la ventana del tranvía eléctrico, mientras admira sus calles y su movimiento. Su mejor amigo le advierte de los avances en cuestión de moda y la posibilidad de hacerse de cualquier vehículo de su agrado:

¡Oh los de moda! La elite, la creme, la hote, todos los títulos que quieras ponerles son poquita cosa. Qué distinto te parecerá el país, su aspecto, sus costumbres, su sociedad. Si por poco no la conoces. Motociclos “Indian” 7 H.P. a la orden del día, automóviles “Overland”, “Mitchel”, “Ford”, caballos pour sang, carruajes de visita doble phaeton cuatro cilindros 20 H.P.... (6)

En ambos ejemplos, el progreso llega como promesa infraestructural: una sociedad pensada desde el riel, las casas comerciales, los nuevos diseños arquitectónicos y los vehículos de moda señalan la fantasía de proximidad con los grandes centros irradiadores de modernidad y civilización. En las imágenes descritas, las infraestructuras de urbanización del espacio, por el movimiento expansionista del capital que representan, están investidas de un capital simbólico que las hacen

culturalmente equivalentes al centro económico, o “economic-core”, en un análisis de “sistema-mundo”, en relación con las zonas periféricas que atraviesan y recorren.

Así, este capítulo analiza la forma cómo estos procesos infraestructurales, y su estetización literaria, facilitaron el “sueño” cosmopolita y universalista criollo de una nación conectada con el mundo bajo el principio de la técnica, la movilidad y el consumo, mientras que afirmaron imaginariamente el lugar subordinado de una masa social indígena y chola al margen de estos circuitos de modernidad. Este texto propone, desde el análisis de la idea de “world literature”, comprendida como el circuito global de circulación de textos, autores o géneros para su adaptación local, que como aparato de construcción de coherencia espacial, la narrativa de la época fue infraestructural en la formación de un paisaje que recreaba localmente la extrapolación centro-periferia de la modernidad capitalista. Como muestra *Platonía*, novela de José Aguirre, y *Renovarse o morir*, de Walter Carvajal, la literatura participó de este sueño de pertenencia global por medio del uso de estrategias de producción del espacio narrativo, y la construcción de un lenguaje cosmopolita y de exaltación de una subjetividad moderna. Ambas novelas, junto a otros textos no-literarios, como guías de viajero, fotografías y ensayos sociales, participaron de la construcción simbólica de una nación imaginaria integrada a la escena internacional de circulación de fantasías culturales, en la que la locomotora y la colonización se proponen como solución al malestar social y político interno.

1. El “Sistema-mundo” y la circulación transnacional de fantasías culturales

La *Guía Internacional del Viajero*, redactada por Walter Carvajal y Julio Gutiérrez en 1918, es un documento que difiere de anteriores textos del mismo género en la manera en que combina la información del país con un repertorio variado y extenso de anuncios comerciales, convirtiendo al texto en una original composición referencial publicitaria. A la vez que la

descripción de las principales ciudades de Bolivia, los horarios y costos de las líneas nacionales e internacionales de ferrocarriles, el lector podía informarse sobre casas importadoras de cristalería, licores y conservas finas, los últimos modelos en joyería y perlas importadas vía Chile, hoteles con cocina y departamentos para familias “situados en el punto más pintoresco de Antofagasta sobre el mar” (219), y en los que se hablan “los principales idiomas europeos” (217). Pueblan sus páginas anuncios de imprentas y librerías con las últimas novedades científicas y literarias, casas representantes de equipos y material de oficina, como la “underwood”, la “mejor máquina de escribir del mundo” (211), importada de su casa matriz en Nueva York; información sobre agentes aduaneros, importadoras de automóviles, material de construcción, bancos, y casas de moda que garantizaban piezas únicas de temporada por viajes exclusivos de la dueña a París.

Esta Guía del Viajero, que abarcaba el circuito La Paz-Buenos Aires-Santiago-Lima, las rutas comerciales de los productos y servicios anunciados en su texto, estaba dedicada al administrador de la Bolivian Railway Company, “en homenaje de respeto y admiración”, y llevaba en la portada la imagen de un veloz ferrocarril avanzando vertiginoso y seguro por las rutas comerciales nacionales e internacionales que el texto anuncia. La Guía, en el subtítulo: “Información útil para el viajero”, y junto a información sobre puertos de navegación, aduanas, aranceles de importación y exportación, habla sobre el estado de la industria manufacturera en Bolivia, la cual:

Está todavía en estado de iniciación, siendo muy pocas las que han alcanzado algún adelanto o perfección. En término general, las industrias en cuyo empleo entra la materia prima del país, son las que se encuentran en condiciones de adelanto [...]. Las condiciones actuales de Bolivia son muy favorables para la implementación de cualquier industria o manufactura: pues necesitando como necesita su población de

proveerse de todo cuanto ha menester un pueblo civilizado, lo pide todo de Europa y América, pagando en dinero elevados precios, al capricho muchas veces de fabricantes y comerciantes. (197)

La posición principalmente importadora del país, producto de su riqueza en materias primas y la falta de desarrollo de la industria local, junto a una bullente y cada vez más acelerada dinámica comercial de adquisición de productos y mercancías que la conectaba con los canales del comercio internacional, habla de su inserción periférica en el mapa de desarrollo capitalista mundial. Y esto remite a la idea de “sistema mundo” desarrollada por Wallerstein, y que es fundamentalmente el paradigma que explica el surgimiento y desarrollo de la modernidad industrial-capitalista desde el análisis de la conexión desigual entre la totalidad de las fuerzas participantes en el escenario económico global. Wallerstein definió el sistema mundo como un proceso de “territorial division of labor in which the production and exchange of basic goods and raw materials is necessary for the everyday life of its inhabitants” (Martínez 4). Esta división del trabajo se refiere a las fuerzas y relaciones de producción en la economía mundial comprendida como totalidad, y que produce dos regiones interdependientes: centro y periferia. Esta relación, estructuralmente desigual, entre una región importadora de bienes de consumo y productora del trabajo y materias primas, y otra de acumulación efectiva de capital, determina una relación de jerarquía entre ambas, relación que es constitutiva del sistema industrial capitalista global que necesita esta dependencia subordinada como condición de existencia.

La relación de dependencia entre centro y periferia determina una distancia cultural e histórica por la que las sociedades menos desarrolladas son llamadas a reproducir el destino histórico de las sociedades más desarrolladas o “civilizadas”, y por tanto es una muestra de la constitución geográfica y espacial de los sistemas de poder. Sin embargo, como afirma Dominic

Davis, la dinámica del sistema mundo debe ser pensada más allá de la reductiva relación entre estados-nación, y debemos imaginarla en circuitos comerciales localmente fundados, en los que las relaciones centro-periferia “are constituted not only between homogenous nation-states, but along and between infrastructural routes such as railway, shipping and telegraph lines, etc.” (2), facilitando el proceso extractivo y de integración desigual poblaciones y escenarios periféricos. Es decir, habría un trabajo infraestructural fundando zonas espacio-temporales que cruzan unidades políticas y culturales en los que la técnica, las tecnologías de extracción y desplazamiento: 1) integran espacios y poblaciones periféricas dentro de relaciones de explotación cultural y económica, y 2) ofrecen a los agentes coloniales y neocoloniales de esta explotación los puntos de referencia simbólicos de las ideas de “civilización” y “modernidad”.

Así, el sueño de una sociedad conectada bajo el principio de la técnica, la producción y el mercado que se observa del análisis de la Guía Internacional del Viajero de 1919 es resultado de circuitos infraestructurales de transporte, adecuación urbana y tecnificación del espacio público que facilitaron el deseo de las elites de pensarse dentro de realidades diferenciales que las acercaban al mundo civilizado mediante el consumo y las rutas comerciales. Y las primeras décadas del siglo 20 en Bolivia fueron un tiempo de acumulación y dispendio de capital, que llegaba sobre todo por la reactivación de la minería, la agricultura y el comercio que nuevos caminos y vías férreas habían permitido. Así, la *Noticia Política, Geográfica e Industrial* de Manuel Ballivian, como afirma Mauricio Souza, mostraba que para 1899 los municipios de Bolivia invirtieron 140.000 Bs en instrucción pública, mientras que el mismo año se gastó en el país 1.357.820 Bs, solo en importación de muebles para casas particulares (123). Esto muestra que una dinámica de consumo de bienes extranjeros, posibilitada por la técnica aplicada al transporte de mercancías, estuvo ligada a la aparición de imaginarios sociales cosmopolitas, aspiración de las

elites, que pretendieron afirmar su lugar dominante en esa conexión idealizada con el mundo de afuera que se materializaba en los acelerados procesos de urbanización locales.

La necesidad de llevar a cabo los grandes proyectos infraestructurales que los gobiernos liberales se habían propuesto a comienzos del siglo XX implicó la apertura de la ciudad a los capitales y los recursos técnicos venidos de fuera. El ferrocarril es sin duda el ejemplo más relevante. La historia del desarrollo del ferrocarril en Bolivia es la de un proceso de largo aliento que empieza a materializarse a fines del siglo XIX como consecuencia del trauma que significó la derrota en la Guerra del Pacífico. Desde 1880, los nuevos gobiernos civiles y constitucionales empezaron a pensar la urgencia de conectar de manera más efectiva los recursos nacionales al capital mundial como forma de superar el atraso histórico que había revelado el conflicto bélico. Sin embargo, fue después de la Guerra Federal de 1899 que La Paz se conectó con el océano Pacífico por medio del ferrocarril, que unió a la ciudad con el puerto de Mollendo en Perú en 1905, y posteriormente la línea de Arica por Viacha en 1909, y con Antofagasta años después por medio del ferrocarril que llegaba desde Oruro. Es entonces que, con la llegada del ferrocarril a la ciudad, “La Paz adquiere un progreso apreciable, colocándose entre las capitales progresistas de América” (Sanjinés 33).

La historia del ferrocarril en Bolivia se remonta al periodo de revitalización de la minería de la plata que se da desde 1860, después de la grave crisis de producción que dejó la lucha por la independencia americana. Los distritos mineros de Porco y Potosí se convirtieron nuevamente en los espacios privilegiados de explotación de plata. Su conexión al Pacífico, que antes se realizaba por pesados circuitos camineros, dio lugar, debido a la nueva bonanza económica, al diseño de un sistema de ferrocarriles que logró la tan ansiada conexión entre los centros mineros y los puertos del Pacífico. Así surgió la línea Antofagasta-Oruro, en 1892, que es la primera línea de ferrocarriles

inaugurada en el país, obra de los empresarios mineros quienes, al mismo tiempo que comerciaban con la plata, participaban activamente de la política nacional y formaban los gobiernos conservadores de la época.

Como afirma el trabajo sobre el desarrollo histórico de caminos, transporte e integración de De Marchi, Machicado y Morales (2021), durante la última parte del siglo XIX el estaño de las regiones del norte reemplazó a la plata del sur como principal recurso de exportación, lo cual fue el trasfondo económico de la Guerra Federal, pero al mismo tiempo significó la primacía de La Paz como centro político y económico del país hacia el que los esfuerzos de integración y conectividad giraron. Así, en 1905 se inauguró el ferrocarril que conectó la zona del lago Titicaca, por donde entraba y salía la mercadería vía el puerto peruano de Mollendo, con El Alto de La Paz, afirmando así la vocación comercial de la ciudad.

El ferrocarril significó para La Paz, ya para entonces la ciudad más importante del país, su ingreso al flujo comercial moderno que permitía la vinculación con el Pacífico mediante un sistema de transportes mucho más veloz y eficiente. También, como afirma Contreras (2017), el primer cuarto del siglo XX marcó la etapa de mayor expansión del ferrocarril, debido al “aura” de modernidad que traía consigo, lo que lo hizo un elemento insustituible en el plan de trabajo de cualquier gobierno liberal. El autor calcula que la mitad de las líneas de trenes con que llegó a contar el país fueron proyectadas y construidas durante esta etapa, debido a los beneficios comparativos que esta tecnología significaba.

Durante la primera mitad del siglo XX los ferrocarriles se constituyeron como los únicos canales a través de los cuales se podían exportar minerales en grandes volúmenes, pero también importar maquinaria, combustible, alimentos, cemento y otros insumos claves necesarios para el desarrollo del país. Además, los ferrocarriles establecieron la primera gran red de transporte

masivo de pasajeros. De tal manera cumplieron un papel importante en integrar al país en la medida que permitieron el traslado de millones de personas de una manera rápida y económica que por los medios alternativos: primero a pie, sobre animales de carga, carretas, diligencias y luego, automóviles (318).

El ferrocarril optimizó el transporte de pasajeros, pero sobre todo transformó la dinámica económica de la ciudad al abaratar los costos de transporte, que benefició sobre todo al comercio de minerales, pero también modificó las formas tradicionales de producción en la ciudad, mayormente artesanal hasta el siglo XIX, mediante la importación de bienes y tecnologías llegadas de ultramar.

La llegada del tren implicó, ya en las primeras décadas del siglo XX, un golpe fuerte a la industria que no dejaba de ser artesanal. Rodríguez describe este proceso como un cambio que viene con la liberalización de la economía y lleva al triunfo del maquinismo capitalista sobre los fabricantes locales, a lo que se sumó la fortificación de las conexiones de la minería con los circuitos mercantiles internacionales. Esto daría un empuje importante a la consolidación de grandes emprendimientos de importación y las “Casas importadoras” que incrementaron la presencia de productos que desplazaban a la producción local [...]. El ferrocarril entonces fue un factor que en los tiempos modernos equivaldría a la llegada de la globalización (Ferrufino 278, 279).

Es decir, con el ferrocarril llegó la modernidad urbana y económica a la ciudad. No solamente por la circulación mucho más rápida de pasajeros entre La Paz y el mundo de afuera, si no, sobre todo, en la comparación que hace en la cita anterior Ferrufino con la llegada de la globalización, porque aceleró el flujo de capitales que se manifestó en la exportación de productos de la región que salían hacia mercados chilenos y peruanos principalmente. El ferrocarril fue

esencial en la dinámica importadora que permitió el ingreso a la ciudad, y al país, de nuevas tecnologías que afectaron el desarrollo urbano y la vida social, desde el hierro como material de construcción hasta nuevos objetos de consumo de la élite. El sueño de internacionalismo, muy profundo en un país encerrado en las montañas y que 20 años atrás había perdido sus puertos de salida al mar, se manifestaban con fuerza en las nuevas infraestructuras de transporte que se iban tendiendo.

Sin duda el ejemplo más llamativo en la forma en que la técnica influyó en el imaginario urbano y de las élites fue una de las dos terminales de tren que se abrieron en la época, la que se construyó para el ferrocarril que llegaba de Guaqui operado por la Bolivian Railway, y que hoy sigue siendo una de las construcciones más conocidas de la ciudad y actual terminal de buses (Imagen 1). La estructura fue financiada por la Bolivian Railway Company, que contrató a principios de siglo nada menos que a la compañía constructora más exitosa en Europa, la Compañía de Construcciones de Gustave Eiffel (Bedregal 46). La terminal fue construida entre los años 1913 y 1917 usando estructuras metálicas que fueron traídas desde Pittsburg. El diseño de la nueva terminal privilegió los espacios abiertos y conectados, que realzaban la sensación de movimiento y la circulación, expresión espacial de las ideologías de intercambio comercial en boga. Su diseño mostraba el espíritu modernista en la arquitectura de la época, el triunfo del hierro, material de los rascacielos que empezaban a poblar las grandes capitales occidentales. Como afirmaba Emilio Villanueva, uno de los arquitectos artífices de la transformación estética y arquitectónica de la ciudad en aquellos años, estas nuevas estructuras eran la expresión de su tiempo, en que una época “maquinista y maravillosa” estaba renovando de manera sorprendente la sociedad (Bedregal 112). De esta forma, junto al imperio de la técnica llegó una sensibilidad de época que afectó la vida social más allá de la finalidad efectiva de la construcción o tecnología en uso. La estación de

ferrocarril aportó al imaginario de la ciudad el valor añadido de integración de la ciudad y sus elites al circuito internacional de progreso e innovaciones técnicas. En la conciencia criolla, como afirma Bedregal, la nueva estación de trenes fue más que el lugar de llegada del ferrocarril; fue la ventana imaginaria de conexión con un flujo global de innovaciones tecnológicas y culturales nunca antes experimentadas. El criollo se sentía enlazado no solo con París, lugar de nacimiento del diseño y del famoso Eiffel, sino también con Nueva York, que había recibido de la misma fuente la famosa Estatua de la Libertad, e incluso con Panamá, por el también famoso canal cuyo diseño fue también obra de la compañía de Eiffel (46). El imaginario cosmopolita que trajo la nueva infraestructura se afirmó aún más el año 1925, cuando la nueva estación fue el lugar donde se llevó a cabo la primera Feria Internacional, en honor al centenario de la república, en la que un programa variado y la concurrencia de visitantes de todas partes del mundo afirmaron la voluntad internacionalista que había emergido de la ciudad (Imagen 2).



Imagen 1. Estación del FF.CC a Guaqui, obra de la compañía de Gustav Eiffel. Por la presencia de coches, militares y una larga comitiva, se presume que es el acto de inauguración. Foto Cordero



Imagen 2. Feria Internacional del Centenario de Bolivia, en la Estación del Ferrocarril La Paz – Guaqui. 1925.
Fuente: Grupo Fotos Antiguas La Paz

De manera similar, El servicio público de tranvías, llamado el ferrocarril urbano, estuvo desde un principio encargado a una compañía extranjera, la Bolivia Rubber and General Enterprise Limited, que funcionó con capitales e intervención francesa, la Casa Bardon de París (Lázaro 120). La Bolivian Rubber, que había llegado al país para intervenir en el negocio de la goma del Acre boliviano a fines del siglo XIX, se quedó en Bolivia y empezó a desarrollar su actividad en el área de provisión de energía eléctrica. Poco a poco fue ampliando su rango de acción y terminó a cargo del servicio de tranvías y de teléfonos en el área urbana de La Paz.

Como se vio en el anterior capítulo, la inauguración del tranvía urbano fue bien recibida y celebrada por la prensa local. Pero es de notar que una de las primeras publicaciones que apareció sobre su implementación, diseño y funcionamiento perteneció a la Brill Magazine, revista publicada por la J.G. Brill Company, una institución fundada en 1868, con sede en Philadelphia, y que en su momento llegó a ser la mayor productora de coches de trenes, tranvías y buses

interurbanos en los Estados Unidos. La Bolivian Rubber ordenó a la Brill la fabricación de los primeros coches que llegaron a la inauguración del tranvía en julio de 1909 (Morrison 2005).

La “Brill Magazine” fue una publicación mensual que apareció en 1907, y contenía fundamentalmente información referida al transporte intraurbano en Estados Unidos y Europa. Su finalidad era publicitar los nuevos avances en tecnología, aplicaciones y diseño de coches producidos por la J.G. Brill Company y otras compañías en el rubro. La noticia sobre los coches construidos para Bolivia apareció en la edición del 15 de mayo de 1909, en el número que tenía de tapa la imagen de la Baltimore y Calvert Street en Baltimore (Imagen 3), e incluía notas sobre nuevos trenes producidos para operar en Chicago y la novedad de los “convertible Pay-As-You-Enter” cars for New York City, “the most interesting types of cars for city service which has ever been built” (“Brill cars for the capital of Bolivia” 104).

La revista de 1909 hace referencia también a los ocho carros de dimensiones similares que se encargaron para la inauguración del servicio. Se menciona que, de esos carros, tres iban a ser destinados al servicio de “primera clase”, tres al de “segunda clase”, y dos carros que son una combinación de primera y segunda clase. Luego de esta referencia, la nota empieza una extensa descripción sobre las cualidades de diseño, armado y presentación de los coches:

The first-class cars have cherry interior finish, with three-ply birch veneer ceilings and longitudinal rattan covered seats which will accommodate 24 persons. The second-class cars have white ash interior and the ceiling is finished with the alternate ash and cherry roof boards showing. The seats and backs are of ash slats. In the first-class cars printed duck curtains are used, and in the second-class cars, ash blinds with maple slats [...] The following dimensions apply to all of the cars: Length of car body over end panel at sill, 18’; length over platforms, 26’; width of

car at sill, including panels, 6'3''; width of car body over posts above belt rail, 7'6''. The special equipment includes Brill channel iron gates, Brill portable vestibule, angle iron bumpers, ratchet brake handles, Brill Hovey draw bars, Dumpit sand boxes, Dedenda gongs and Retriever signal bells. (117)

La existencia de coches de primera y de segunda, con distintas características y amenidades de acuerdo a la población que accede a ellos, es el signo de una visión de progreso e innovación tecnológica en la que la técnica está estrechamente asociada a un modelo particular de ordenamiento del espacio social. Pero fundamentalmente, la descripción subraya la importancia del “know-how” importado, la técnica al servicio de la funcionalidad y el diseño para una realidad dependiente y receptora de este conocimiento como la boliviana.

La idea de que el progreso llega solo mediante la difusión de productos industriales destinados a las áreas atrasadas del mundo premoderno es un síntoma del neocolonialismo cultural y económico, y de la dependencia de Bolivia y de sus élites al capital internacional. Como afirma Rodolfo Stavenhagen, en su texto de 1965 sobre las *Siete Tesis Sobre Latinoamérica*, la comprensión de que los centros de la modernidad mundial no son sino el resultado de la expansión de atributos modernistas al interior de la sociedad (tecnología, know-how, el espíritu capitalista y el capital mismo) que deben irradiarse hacia las periferias desde los países desarrollados, es una versión neocolonial de la historia (25), al mismo tiempo que señal de la subjetividad colonial de las élites locales latinoamericanas de principios de siglo. En esta idea, la descripción del interior de los coches del tranvía hace visible no solo la adecuación estilizada y elegante de la máquina en su presentación formal, sino que revela la naturaleza del producto acabado, la idea de la materia transformada mediante procesos, materiales y técnicas que solo son posibles en las coordenadas progresistas del flujo global, y por tanto es signo de la modernidad como producto importado.

Al referirse a La Paz, la revista hacía una descripción geográfica de la ciudad, con la elevación de sus calles y sus principales circuitos urbanos. Refiriéndose al tipo de población que habitaba la ciudad, la revista afirmaba: “The population of La Paz is 60,000, of which 14,000 are white persons and the balance Indians and mixtures” (“Brill cars for the capital of Bolivia” 113). El énfasis que la nota hace sobre la población supuestamente “blanca” en la urbe, y la importancia subordinada que le da a la población en verdad mayoritaria de la ciudad compuesta por “indios” y “mezclas”, es una señal evidente del grupo social al que se identificaba con la nueva tecnología de transporte. El énfasis descriptivo y visual de la publicación sobre la composición social de la ciudad, contrasta, a la vez que resalta, el valor y el impacto de los coches de tranvía con destino a Bolivia. La imagen 4, que se publicó en la “Brill” en 1909, es una fotografía de la antigua plaza de San Francisco, uno de los lugares más populares de la ciudad por su cercanía a la Iglesia de San Francisco, que durante la colonia se ubicaba en los extramuros de la ciudad, en las denominadas “parroquias” de indios. La imagen llama la atención porque no se refiere al centro urbano moderno de la ciudad, sino a uno de los espacios con mayor presencia india y chola. La imagen es similar a las postales y descripciones de viajeros y exploradores extranjeros del siglo XIX y de principios del XX, resaltando el cuadro exotista de un país desconocido para la civilización occidental.

La nota es tal vez el único documento abierto al público que da una descripción detallada del tipo de carros que la Brill estaba produciendo para Bolivia, en asociación con la firma W.R.Grace & Co., de Nueva York. Habla de la forma en que estos coches iban a ser embarcados desde la costa este de los EE.UU. via Mollendo en el Perú hasta su destino final en La Paz. Aún más, la revista provee un plano temprano de la ruta de la primera línea que se inauguró en 1909 y que conectaba al tranvía urbano con la línea de trenes que, desde fuera de la ciudad, salía hacia el Perú.

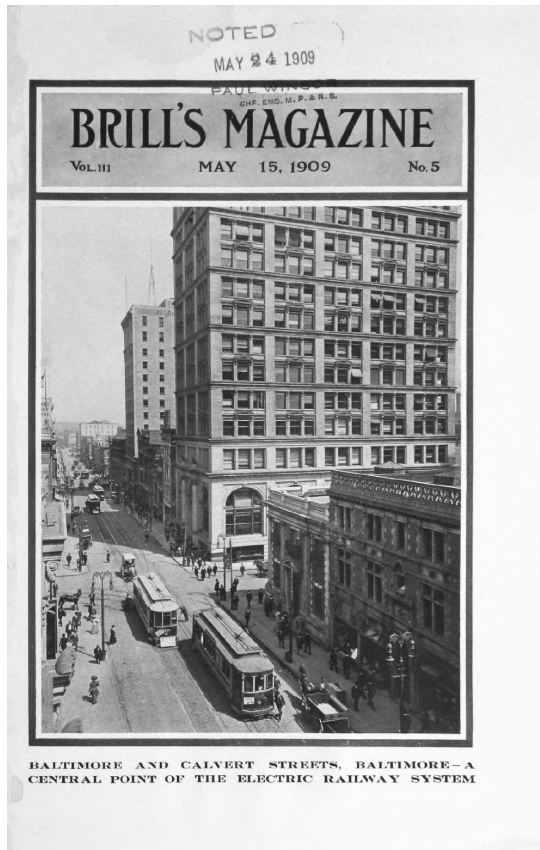


Imagen 3. Portada de la Brill's Magazine. Mayo de 1909
HathiTrust Digital Library



Imagen 4. Imagen de la plaza San Francisco.
Brills Magazine. Mayo de 1909. HathiTrust

De este modo, en el contraste entre el exótico paisaje urbano y el circuito transnacional que sigue el tranvía hasta su arribo a la ciudad junto a la proyección internacional que posibilitaría, la nota de la Brill presenta la nueva tecnología de transporte como un artefacto civilizatorio para una realidad como la boliviana.

La revista muestra fundamentalmente cómo el tranvía estuvo directamente conectado a un circuito económico internacional, y esto es fundamental para entender el tranvía como parte de un circuito transnacional de circulación de fantasías culturales modelando la mentalidad neocolonial de las élites. De esta forma, la técnica llevó a cabo un papel fundamental como instrumento de progreso, pero también sirvió para afirmar una proximidad imaginaria de las elites al modelo civilizador de las grandes ciudades. Así, las élites criollas reforzaron imaginariamente su posición

local dominante, y el tranvía fue uno de los símbolos de esta fantasía de superioridad cultural y de racionalización del espacio social como forma de distinción entre grupos.

La llegada de técnicas y tecnologías de transporte, en alianza con el criollismo nativo, reforzó la dinámica de inserción periférica de la región al interior de la economía mundial, en calidad de exportadora de materia prima e importadora de bienes de consumo, y dotó a la élite local de una simbología de integración imaginaria a los centros internacionales de civilización y modernidad. Del mismo modo, se dio lugar a un proceso por el cual las desigualdades económicas, políticas y culturales entre centro y periferia global se transfirieron localmente entre población blanca y no-blanca, en el que el lenguaje universalista, cosmopolita y comercial que adquiría la ciudad sirvió para afirmar las relaciones asimétricas y neocoloniales entre miembros de una misma sociedad.

Así por ejemplo, la celebración del centenario de la República en 1925 vino acompañada de una publicación ordenada por el gobierno donde se celebraba el progreso de la nación, resaltando la modernidad urbana con que el país recibía los cien años de vida independiente:

Se pueden apreciar de cerca algunos de los edificios vistos desde arriba y sentir el ruido urbano. Fábricas, tranvías, camiones, un riachuelo pedregoso, lavanderas que apenas levantan la cabeza cuando pasa el tren. Luego la estación Central, amplia y elegante, considerada como una de las mejores de su clase. Bajo sus marquesinas, acosado por vendedores de diarios y revistas, conductores de maletas y agentes de hoteles, desciende el pasajero, a quien esperan a las puertas de la estación tranvías y centenares de automóviles, dispuestos a conducirlo a su alojamiento. Tiene a su disposición hoteles que, si en general no tienen la suntuosidad de los de otras grandes capitales, poseen lo indispensable para vivir con decoro, comodidad e

higiene: ascensores, calefacción, ventiladores y, de más está decirlo, los servicios higiénicos más modernos y completos. (12)

Esta muestra de civilización urbana visibilizaba también la presencia de grupos que no comprendían la civilización en marcha y por tanto se ubicaban fuera del proceso de adecuación urbana a la modernidad:

Lo que llama más la atención del viajero y, si es inteligente, le sugiere meditaciones interesantes, es el contemplar cómo los indígenas de los alrededores de la ciudad, y de la ciudad misma, siguen haciendo su vida rudimentaria, conservando su vestido primitivo y su lengua autóctona. Millares de indígenas aymarás conviven cordialmente, sin modificarse apenas, con los demás habitantes, habituados a todos refinamientos de la civilización. No es raro que en los paseos públicos invadidos por la gente elegante que sale de los clubs, de los teatros, de las confiterías y otros sitios de recreo, exhibiendo las creaciones de la última moda de Londres o París, se vean grupos compactos de indios de cara huraña y vestidos con sus trajes especiales, paseando lentamente o agolpándose con infantil curiosidad delante de los escaparates resplandecientes de los grandes bazares, o subiendo a los tranvías en unión de sus compañeras trajeadas igualmente conforme su propia usanza. (13)

Con una afirmación de ese tipo, el documento hacía explícita la imagen del país deseada por la conciencia criolla dominante: la ciudad se volvía la materialidad que dividía, en términos “cordiales”, la población moderna de la no moderna. La primera, conectada con Londres o París, y la segunda, infantilizada en su incapacidad para comprender los términos de una modernidad de la que de todas formas aprovecha admirando los resplandecientes bazares o haciendo uso del tranvía. Así, en un país en que la población indígena y mestiza era la dominante, situación que se

reflejaba también en la escena local de la ciudad¹⁹, la cita pone en claro que la relación centro-periferia del sistema mundo moderno se manifiesta no solo entre fronteras nacionales, sino localmente, a través de los circuitos infraestructurales que celebra la ciudad en su aniversario patrio.

La técnica, el comercio y las innovaciones urbanas traídas por el capital modificaron el espacio urbano dotándolo de un aura de modernidad funcional a la posición dominante de los grupos blancos en la periferia del sistema mundo. Al alinearse imaginariamente a los centros metropolitanos del capitalismo, la ciudad no solo deviene la afirmación material de una marginalidad periférica que aspira emular el centro del sistema mundo, sino que organiza la imagen del indio y la población subalterna como al margen de la modernidad.

Se desarrolla en el espacio urbano una estética industrialista que tuvo en la Feria Internacional uno de sus momentos de máxima expresión, como muestran por ejemplo los diplomas de reconocimiento y premiación de participantes en este evento internacional. La imagen 5 muestra la identidad indígena del país, representada por el monolito aymara que aparece en la parte inferior derecha de la imagen atravesada por avionetas, una torre eléctrica y el ferrocarril, que es el que adquiere la centralidad de la composición como símbolo de la potencia modernizadora salida de un pasado pre-civilizatorio. Al mismo tiempo, las minas y la ganadería, introducidas en un proceso de tecnificación industrial que sobresale en las imágenes a la izquierda, manifiestan el sueño liberal-criollo de conexión con los avances del capitalismo mundial al interior de una economía dependiente y primario-exportadora como la boliviana. La ciudad se vuelve expresión de una modernidad soñada por la clase social dirigente, en la que la técnica ha

¹⁹ Para comienzos de siglo, según el censo de 1909, la población de la ciudad ascendía a 76.559 habitantes, de los que el 95% habitaba la región urbana de la ciudad, y 5% en la delimitación rural de aquel entonces (Arze y Barragán 30). Para el mismo año, la composición de la población era de 30% de indígenas, 38% de blancos y 28% de mestizos.

reemplazado a la raza como factor de unidad, simbolizada por el muro de piedra prehispánico que hace el marco de la imagen. La fuerza y velocidad del ferrocarril parece pronta a sobrepasar las limitaciones de ese marco histórico, según muestra la perspectiva del tren en su avance sobre la riel de acero, y dejando lo indígena en los márgenes de la nación industrial, reavivando el pasado colonial. A su vez, al centro del cuadro se observa una figura humana sosteniendo el caduceo, una vara rodeada de dos serpientes ascendentes coronada con un par de alas, que es el símbolo del comercio internacional rescatado de la mitología griega. Esta figura humana, con el brazo extendido hacia arriba y la pierna derecha doblada en señal de avance y movimiento, desplaza la borrosa imagen del monolito aymara que ahora parece puesto en reserva en un tiempo histórico superado por la modernidad y productor del hombre económico: industrial, innovador y comerciante. De esta forma, en la distribución de figuras en el cuadro, las infraestructuras asociadas con el transporte y la industria parecen dar las nuevas coordenadas de producción del espacio de la nación y del nuevo sujeto nacional asociados a la modernidad mundial, mientras que al mismo tiempo otorgan un nuevo lenguaje de universalismo, conexión y movimiento que definiría la imagen del sujeto dominante de su tiempo.



Imagen 5. Diploma de reconocimiento a expositores internacional durante la Feria Internacional del Centenario de Bolivia. Fuente: Grupo Fotos Antiguas La Paz

El lenguaje de la máquina aplicado a las nuevas infraestructuras de desarrollo urbano influyó también en la manera del criollo-mestizo de representarse a sí mismo, en el uso de metáforas de conexión y movilidad que moldearon las representaciones corporales de políticos, letrados y hombres representativos de la época. Podemos mencionar el caso de Gustavo Adolfo Otero, escritor paceño de principios de siglo que gozó de gran popularidad en el mundo criollo-mestizo por su escritura inteligente y el uso del humor al retratar la realidad de su época. Gustavo Adolfo Otero escribió en 1921 un libro titulado: *Cabezas: siluetas de políticos, literatos, diplomáticos y otras liendres de la fauna pintoresca*. El libro es una caracterización de los hombres y personalidades de la época, una mirada crítica pero también elogiosa del mundo político y cultural de principios de siglo. El libro es originalmente una colección de ensayos cortos que fueron

publicados en la prensa, y muestra el vínculo del autor con el mundo social paceño y las élites, a las que él mismo perteneció. El libro abre con un epígrafe de Oscar Wilde en la portada: “son las personalidades, y no los principios, los que mueven una época”. Y esto es llamativo pues tiene que ver precisamente con el título que le da el autor a su texto: “Cabezas”, metonimia de persona, pues la intención del autor es relevar la centralidad histórica de un grupo de sujetos a cargo de la realidad nacional en transformación. “Cabezas” refiere también una idea de liderazgo, “cabeza de grupo”, refiriendo la posición conductora de estos hombres sobre el cuerpo político del país.

Otero escribe sobre una de las “cabezas” principales, el expresidente Ismael Montes, uno de los representantes más importantes del liberalismo criollo-mestizo. En la descripción corporal de Montes, el autor afirma que a este lo forman:

Una frente bastante amplia con los músculos laxos y hormigueantes por una multitud de canales, los cuales van a refluir a las cejas. Las cejas de este caballero son elásticas, ondulantes y mecánicas [...] Sus bigotes, unos bigotes agresivos, rabiosos, que arrojan vibraciones eléctricas en torno de su cara [...] Su dedo índice. El dedo índice de Montes, es largo como una antena, eréctil y vibrátil. Es el órgano externo de su voluntad [...] Tal vez sin ese dedo Montes no habría sido nunca presidente de Bolivia. (11)

Nótese en la descripción del expresidente el uso de metáforas corporales de conectividad y mediación: las cejas como canales, bigotes de vibraciones eléctricas, cejas mecánicas, dedos como antena. Es la representación del cuerpo criollo-letrado como aparato conductor, una formación compleja de partes cuyo principio es la conectividad y cuyo valor fundamental es su capacidad para “mover una época”, como afirma el epígrafe del libro, aseveración en la que resuena el eco modernizante del ferrocarril.

Miguel Vicente Ballivián, criollo de familia antigua, fundador de la Sociedad Geográfica de La Paz y uno de los exploradores y escritores más fecundos de aquel entonces es descrito como lugar de conexión entre la realidad local y el mundo de los nuevos adelantos y las ideas sociales, cuando el también explorador Arturo Posnansky, arqueólogo alemán llegado a Bolivia, se refiere a la “modesta oficina de estudio” de Ballivián como el lugar de “donde salían los hilos que comunicaba a Bolivia, país entonces ignorado y envuelto en un manto de egoísmo, con el mundo civilizado” (Albarracín 86). Así, el cuerpo criollo, y no el cholo o el indígena, se construye metafóricamente como un aparato de conexiones para afirmar su centralidad en la imperiosa necesidad de la modernidad en marcha.

Las “cabezas” de Otero son estructuras complejas, inscritas en el circuito internacional de circulación de ideas; son una combinación de internacionalismo y localía, sujetos múltiples formados por características, rasgos y facultades integradas, que de alguna manera los inscriben al interior de una ciudadanía universal a la que las élites apuntaban como muestra de distinción y de su condición conductora del cuerpo político de la nación. Florián Zambrana, político y hombre público de la época, afirmaba Otero, “es algo así como un compendio de etnografía manual. Por arriba es muy inglés, por delante es catalán, por debajo es italiano y por detrás cochabambino” (30). Franz Tamayo, poeta y figura indiscutible del criollismo paceño, es descrito por Otero como “forastero en su patria”: “griego con Platón, romano como Horacio, italiano como Dante, español como Góngora, indú con Buda, jerosolimitano con San Pablo y alemán con Wagner. Su cuerpo es boliviano autóctono por los cuatro costados, pero su cabeza es cosmopolita y múltiple” (19). En el acento metafórico-corporal que usa Otero se construye la fisionomía del criollo mestizo como presencia múltiple, cosmopolita y universal. Está, así, no solo a la cabeza de una sociedad, sino

representando el mandato de una época, marcada por el internacionalismo, la conectividad y el movimiento.

2. Decadentismo, “World Literature” y la borradura de la huella colonial en *Platonia*

Upamanyu Mukherjee (2018) afirma que la violencia estructural del capitalismo, tal como se lo exportó durante el siglo XIX, tuvo tres pilares básicos: “colonialism as political practice, urbanization as spatial practice, and textual literacy as cultural practice” (274). La violencia planificada del capitalismo industrial circularía por estas tres líneas infraestructurales que se conectan entre ellas durante la temprana modernidad. El autor analiza aquello que en esa primera globalización se denominó como “world literature”, esto es, textos, autores o géneros dominantes que, circulando como circula el capital desde los centros de poder mundial, permitían refuncionalizar “particular narrative devices that, like dominant codes, can be successfully copied” (278). Analizando la forma en que el género de la novela de detectives circuló por el territorio colonial británico y fue adaptado en la India para mostrar, rearticulación de sus mecanismos narrativos mediante, la inyección de la modernidad capitalista y los aparatos de control en la escena colonial, el autor se refiere al concepto de “world literature” como la literatura del único y desigual sistema-mundo, aquella que deviene “world-literature when, under the structural compulsions of the modern world-system, local material (content), non-local genres (forms), and the dynamics of the global literary field become available as tools for authors to use, play with, and re-combine” (280). Mukherjee analiza de esta forma la manera en que los contenidos materiales locales, es decir, las coordenadas de una historia social particular, se cuentan desde estructuras narrativas importadas de los centros culturales del sistema-mundo para producir sentidos colectivos equivalentes desde procesos políticos divergentes. Todo esto al interior de un momento histórico en que la literatura, como producción simbólica de significados sociales, funciona, gracias a la

expansión del mercado mundial y la modernización de los centros urbanos, como infraestructura de circulación y consumo de sensibilidades colectivas. Así, el concepto se refiere a esa literatura que forma parte del circuito infraestructural global inaugurado por la modernidad.

El caso boliviano de principios del siglo XX está marcado por el sueño industrialista criollo, una aspiración de grupo perseguido por los letrados desde el siglo XIX, basado en la tecnificación, la creación de industrias y la llegada de capitales extranjeros. Este deseo modernizador se desarrolló al interior de una narrativa de tipo experimental, en la que el uso de elementos modernistas y decadentistas proyectó en un tipo de literatura con deseos de integración al flujo internacional de circulación de sensibilidades estéticas.

En cuanto al material local con que trabaja esta literatura, está el tema de la infraestructuralización del espacio, de acuerdo a proyectos colonizadores y desarrollistas adaptados al paisaje nacional y críticos de la política local. Adaptar la máquina a las condiciones del país andino implicó no sólo grandes inversiones que fueron llevadas a cabo por compañías privadas, sino el trabajo y asesoramiento de expertos que llegaban de fuera para llevar adelante los nuevos proyectos y entrenar la mano de obra en las ciudades. El capital extranjero introdujo al mismo tiempo el know-how de los países industrializados, y así, la técnica vino acompañada de grupos y grupos de especialistas que fueron llegando. Esto modificó también la forma en que la sociedad percibía el valor social de ciertos conocimientos y ocupaciones en la nueva dinámica de crecimiento que había adoptado el siglo. El “ingeniero” aparece como una nueva presencia que generaba respeto y admiración, en un país en el que la vida social había girado alrededor de profesiones tradicionales como la de abogado, sacerdote o militar. Como muestran las páginas de prensa de la época, la vida social de la ciudad se fue llenando de estos visitantes extranjeros, que llegaban como parte de alguna actividad industrial o de construcción en marcha, y cuya presencia

en casas particulares y en fiestas de familias que buscaban su amistad fue también parte del protocolo social de aquel tiempo. Esto se vio en la nueva sensibilidad literaria que se fue generando, de la que emergió otro tipo de protagonista literario: el héroe de la modernidad industrial, emprendedor, cosmopolita; ingenieros involucrados en proyectos de construcción, abriendo caminos o rutas comerciales. Un par de ejemplos al respecto son las novelas de José Aguirre Achá, *Platonía*, de 1923, y la novela de 1928, de Dyomedes Pereyra, *El Valle del Sol*, que sigue una trama mítica de rescate del incanato precolonial y cuyos dos protagonistas son ingenieros, uno de ellos boliviano y el otro un ingeniero español que llega al país aprovechando el boom de la goma en el noreste boliviano.

Platonía es una de las novelas más llamativas del periodo. La historia se desarrolla en un país imaginario: Platonía, que ha nacido junto a los movimientos independentistas americanos, y que en el momento de su creación, sus padres fundadores decidieron este nombre en honor al ideal de Platón de la sociedad civilizada. Más aún, en este país, el modelo griego de república ideal está inscrito en todas partes: las ciudades llevan nombres griegos, al igual que las calles, y los personajes tienen nombres que combinan lo castizo con lo griego. La novela desarrolla la historia de Héctor Johnson, personaje principal, nacido en Platonía, de padre inglés y madre española. Héctor es representante de ese autopercebido estamento ilustrado, progresista, moderno y moralmente saludable de la sociedad que es amenazado por las condiciones de la mezquina política local mestiza. Por distintas razones relacionadas a los inmorales hábitos de la política local, Héctor, que ha estudiado en Europa y cuyo sueño como ingeniero es gestionar la llegada de capitales extranjeros para modernizar el país por medio de proyectos infraestructurales de avanzada, debe dejar Platonía perseguido por sus enemigos políticos. La narración es un alegato constante sobre la necesidad de dotar a la sociedad platoniese de elementos modernizadores, según el espíritu de

la filosofía y la innovación tecnológica occidental. Por ejemplo, Héctor percibe que la solución a los males morales y económicos de la nación pasa por la construcción de un ferrocarril, empresa que persigue como ideal durante toda la novela y que representa el camino de construcción de la sociedad deseada por medio de la modernización y la colonización del campo. La novela, que describe extensivamente los viajes de Héctor por Europa, Norte América y América Latina, viajes que tienen que ver con el proyecto que tiene en mente, y otras veces con la inestabilidad política y social en Platonía, termina con la realización de la empresa que Héctor persigue con tanto ahínco, producto de un cambio político que sucede en el país, favorable al proyecto modernizador por tanto tiempo relegado.

El tono decadentista de la narración viene del lado de la confrontación del protagonista con el ambiente social de su época, al que critica abiertamente, convirtiéndose en un perseguido, cuando no en un inadaptado. Como afirma Romero, “la sensibilidad decadente no es un fenómeno de masas, se apodera principalmente de jóvenes intelectuales preparados para recibirla por sus lecturas, por sus amores contrariados, por el agobiador ambiente moral de los pueblos” (35). La condena al arribismo mestizo, a nombre de una sensibilidad anticonformista en el protagonista, constituye el tono crítico dominante de la narración, que acusa la degeneración de lo social en que ha caído el antiguo sueño de libertad y justicia de los pensadores europeos de la Ilustración, con que se fundó la nueva república. Así, Platonía es el símbolo de una utopía social por construirse, en medio de la debacle política regional y del ambiente de decadencia en que vive Héctor, caracterizada por grupos del mestizaje local que viven permanentemente en pugna por beneficiarse del estado. Así, este protagonista es un rebelde, una conciencia confrontada con los valores de su tiempo, y que no logra integrarse socialmente ni establecerse en el inestable piso social y político de su tiempo, por lo que abandona el país varias veces. La novela finaliza con el narrador y su

nueva familia regresando después de ocho años fuera del país, en un tren cargado de inmigrantes de distintas partes del mundo, para observar el triunfo de su propia empresa colonizadora que se instaló en las tierras que fueron de la familia. Se trata de un personaje agobiado por el ambiente moral que rodea, pero a diferencia de los personajes decantes tradicionales, la repuesta individual en el caso de Héctor es más creativa, en el sentido positivo de la palabra, pues no plantea la disolución social como salida, sino la formulación utópica de una sociedad (im)posible, de allí el título de la novela. Esto se ha dado en la versión europea del género, como lo señala el texto clásico de Matei Calinescu, *Five Faces of Modernity* (1977), sobre la formación de las tendencias culturales y estéticas de la modernidad europea, en el que señala casos como el de Oscar Wilde, uno de los más conocidos decadentistas, y a la vez famoso por sus postulados anarquistas como forma de salir de la situación degenerativa de su tiempo. Es decir, al interior del decadentismo literario, como proyecto estético, subyace una crítica social de intención regeneradora, y no solo el deseo de contemplar una estrepitosa caída.

A nivel de la estructura narrativa, la novela es una descripción en tono realista de la inestabilidad política en Platonía, que puede ser leída como la extensión de la realidad boliviana de principios del siglo 20, con los problemas de su política cholo/mestiza. La trama traza el recorrido del protagonista por los vericuetos de la política local, que se convierte en la relación de constantes desplazamientos físicos y geográficos en los que se ve inscrito Héctor en su deseo de construcción del ferrocarril de conexión entre su ciudad y las tierras del padre. Así, los capítulos de la novela pueden leerse como el trazado de un mapa, regional e interno, que comienza en la infancia del protagonista hasta que su padre lo manda a estudiar a Londres, y de allí, por varias razones, recorre Europa, llega a Nueva York, vuelve a Platonía, donde se instala en la capital, participa de la política local, pero tiene que escapar hacia Nueva York nuevamente, luego a

Chicago, y de allí, un recorrido por Centro y Sud América en la que la narración va dando cuenta de la realidad de cada uno de esos espacios políticos nacionales desde la experiencia de viaje de Héctor. El recorrido internacionalista y cosmopolita que conforma la personalidad criolla, manifestada por Otero en la descripción de sus “cabezas”, resuena en la novela para dar cuenta de la identidad de su protagonista. Pero estos recorridos no son sólo exteriores, sino también interiores: Héctor pasa de su ciudad a la capital, de la capital a la provincia, describiendo ambientes naturales y humanos que dan coherencia del espacio social de su tiempo.

Así, la novela se lee también desde la tradición del diario de viajes, una producción discursiva articulada con los procesos de la relación colonial entre América Latina y Europa, y que en la narración tiene la función de inscribir la región en el contexto del sistema mundo del capitalismo europeo de principios del XX. Como lo afirma el autor en el prólogo, la idea es colonizar, poblar el territorio para alcanzar la paz, en la tradición inaugurada por Sarmiento y Alberdi en la Argentina (IV). Este sueño de colonización para construir una sociedad utópica, que ese es el significado de Platonía como sueño político, está diseñado de acuerdo a las coordenadas ideológicas del pensamiento occidental, y pasa por la necesidad de modificar la naturaleza humana y del paisaje por medio del impulso civilizador de la técnica, el trabajo y la industria.

De esta forma, la novela no solo tematiza el sueño de la infraestructura como asunto medular de su trama, sino que, como afirma Moretti para el caso de algunas novelas británicas del periodo imperial, funciona “as a sort of literary railway that weaves the network capable of covering country in all its extensión” (Davies 23). Mediante el tono denunciatorio sobre la inestabilidad política de esta república imaginaria²⁰, la novela traza el mapa del paisaje local,

²⁰ En la novela, la figura de Otto Dunkel, un alemán misántropo que se encarga de la educación del protagonista, es la voz acusatoria de la tiranía en el origen de la formación republicana, y cómo ese estado de cosas no habría sido superado. El modelo paternalista del Estado es representado en la figura de Dunkel, en una idea de época por la que

extenso y fértil para la llegada de la industria, y lo conecta con las rutas de los centros de capital más importantes de la región. La importancia de la novela en la producción del sistema-mundo de Wallerstein interpretado desde la experiencia local radica en que estas rutas infraestructurales que el movimiento del protagonista traza mediante su viaje exploratorio equivale a la construcción de un “cultural core”, ligado a un sistema de producción centro-perifera, en la idea de que “core zones are not national blocks, but rather webs, networks or lines, what the social historian of technology and infrastructure, Daniel Headrick, describes as tentacles of progress” (Davies 10). Así, no es tanto la descripción realista que hace la novela sobre los males políticos de la república, sino la solución infraestructural que la novela propone ubicando simbólicamente a la sociedad platoniense, aunque de forma subordinada, en la ruta mundial del capital.

Al marcar las coordenadas del desarrollo industrial y económico, la novela inscribe también la genealogía cultural occidental y universalista que marca su proyecto ideológico. Así por ejemplo, el protagonista reivindica su origen en la persona de su padre, un ingeniero, “culto y bien nacido de Inglaterra”, mientras que su madre, de una imagen similar “a la que inspiró al autor de la Joconda” es “un tipo de belleza andaluza transplantada al continente americano con notables mejoras” (10). Al momento de su primer retorno a Platonía, luego de haber estudiado en Londres, recorrido Europa y visitado Nueva York y otras capitales mundiales, el padre de Héctor lo recibe en casa con un regalo:

Esto es tu escritorio, me dijo mi padre, y señalando sucesivamente los objetos a que se refería agregó con satisfacción manifiesta: este pequeño estante contiene tus libros de colegio que tu madre los ha ordenado cuidadosamente como un recuerdo de la infancia. En este otro encontrarás obras clásicas vertidas al inglés o escritas

la corrupción política y social es una extensión de la raza, y que puede curarse por medio de la labor pedagógica regenerativa.

en ese idioma. Aquellos dos más distantes están llenos de libros modernos entre los que hay un diccionario enciclopédico, tratados diversos, obras de consulta que te serán muy útiles en el ramo de ingeniería y otras de diferente índole. Toda esta biblioteca la pedí de Inglaterra y acaba de llegar. Los bustos colocados sobre los estantes representan a Bacon, Stuart Mill, Spencer, Shakespeare, Milton, Byron, Scott, Dickens, Nelson y Wellington. Su recuerdo, aproximándote al país de los hombres prudentes serenos constantes y reflexivos, te alejará siempre de Platonía.

(137)

Así, mientras por un lado la novela aborda la manera en que reformadores liberales tempranos se alineaban a los preceptos burgueses de imaginar los beneficios de la liberalización y la utopía de integración subordinada al mercado mundial por medio de la colonización de la tierra y la explotación de materias primas; por otro, la novela funciona en la idea de un escaparate que muestra los beneficios de la ciencia, el conocimiento y la tecnología universal como bienes importados, traídos de Inglaterra en este caso.

En su análisis sobre las dinámicas entre literatura latinoamericana y los procesos de exportación de capital entre finales del siglo XIX y principios del XX en la región, Ericka Beckman denomina como “modernist import catalogue” (43) a un modo discursivo referido a las exclusivas fantasías de consumo que desde el modernismo literario celebraron el mercado de bienes de lujo y de obras de arte en la pluma de autores como Rubén Darío, José Asunción Silva y otros. En el poema “Mis amores”, del cubano Julián del Casal, por ejemplo, la celebración grandilocuente del bronce, cristal, porcelana y vidrieras de colores, entre otros artículos, hacen que el poeta escriba como “proto-consumer, whose desires are incited and constrained by Cuba’s intensified insertion into global circuits of commodity exchange. Casal’s sonnet was shaped by his reading of numerous

European literary texts, themselves made available to lettered elites through expanding networks of the import/export trade” (42). Beckman muestra cómo estilizadas listas y catálogos de mercancías importadas en la pluma de los modernistas “helped to forge a language with which to appreciate and ‘love’ luxurious foreign commodities” (XXIV). De esta manera, literatura y capital revelan sus articulaciones intrínsecas en la conexión ficcional que comparten, y que señala la centralidad de la ideología y la imaginación en la configuración de la vida económica de la sociedad.

Volviendo al caso de *Platonía*, un fenómeno similar puede observarse. La habitación que le prepara el padre a Héctor funciona como la exposición de una serie de mercancías culturales, libros, bustos, diccionarios pedidos a Inglaterra que construyen un espacio de seguridad para el protagonista, el escritorio de la casa paterna. Al estetizar la representación de la mercadería extranjera, la imagen señala alegóricamente el acceso al mercado de bienes importados, muy al estilo de los modernistas que estudia Beckman, como resguardo contra la amenaza de la política interna. De esta forma la novela cumple la función, al igual que la Guía de Carvajal al comienzo de este capítulo, de canal de articulación local con el flujo del sistema mundo creando para los criollos la fantasía de una ciudadanía universal emparentada con los centros mundiales mediante el consumo.

Durante los primeros años del siglo 20 boliviano, en época de la llegada de la globalización por medio del riel y de un boom de importaciones, intercambios culturales y circulación de bienes de consumo, como lo muestra la Guía del viajero de Carvajal, la literatura dejó de ser objeto suntuoso en bibliotecas patricias y se volvió producto de intercambio comercial, una mercancía más, y parte de la moda europea que llegó junto a la nueva cristalería, las joyas y prendas de moda de París. Es el caso específico de la novela de tinte modernista/ decadentista, que a diferencia de géneros predecesores en la escena de las principales ciudades del país y dentro del público letrado,

es acusada de no ser más que una tendencia europea que reproduce la artificialidad de una moda estética con aspiraciones modernizantes. Así por ejemplo, en 1914, Ignacio Prudencio Bustillos acusaba a la nueva moda literaria de ser solo un “snobismo intelectual”, y afirmaba que los desequilibrios y enfermedades decadentes no eran sino productos artificiosos, fruto de la “simulación del mediocre que pugna por salir de su situación burguesa y ridícula”, y afirmaba que “atraídos por la novedad de las teorías emitidas por el maestro [Nordau], publican infinidad de obras tendientes a probar la existencia de graves enfermedades en naciones rebosantes de vida” (188). Del mismo modo, otro intelectual de la época, Sánchez Bustamante, afirmaba que “los refinados productos de la decadencia” mostraban la deformación y la copia “tomadas a la diestra de Mallarmé, a la siniestra de D’Annunzio” (Romero 33). Y fue Carlos Medinaceli, analizando los experimentos modernistas en las obras de la región, corriente con la cual se confundía el decadentismo literario, quien señalaba que:

Es a partir de 1890 y 1900 que Indoamérica se incorpora a la vida internacional. Por causa del imperialismo naciente -británico, francés, alemán y yanqui- este “ingenuo continente”, antes de aquel tiempo recluido dentro de su colonial vivir provinciano, se vio obligado a actuar en el concierto histórico en el concierto -o desconcierto- de la vida mundial. La literatura, como una de las formas más expresivas de la superestructura social, tuvo que apresurarse a emprender rumbo por el nuevo camino, dejar de ser aldeanamente romántica, para transformarse en ecuménicamente modernista. Por ello, su tendencia esencial, antes que la de un estrecho nacionalismo, fue la de un amplio universalismo. (“Prosistas bolivianos” 120)

Así, el decadentismo literario, como lo describen estos autores, forma parte de un tráfico internacional de sensibilidades estéticas no visto antes; y por tanto, es infraestructural al interés del escritor, el letrado criollo, de participar de un movimiento “universalista” que lo acerque a los centros globales de la cultura de la que los letrados de la época quieren participar. El intelectual criollo, como señala Romero (2009), se consideraba agente de difusión de ideas y prácticas cosmopolitas (17), y así se lo puede leer como el agente de importación de sensibilidades estéticas aplicadas luego a una localía periférica. El componente simbólico de estar escribiendo según el modelo temático de un JK Huysmans, Baudelaire o Jean Lorrain, acercaba al escritor al centro de la cultura mundial, localizada en la poética francesa de aquellos años²¹, así como el uso de la máquina y el hierro daba la impresión de conexión con el Londres de la Revolución Industrial, y relegaba de esta manera a otros géneros, como el romántico provinciano que menciona Medinaceli, al lugar periférico de una cultura que había que superar.

Las corrientes mundiales de pensamiento funcionaban en este sentido. En el caso de la sociología, Marie-Danièle Demelas (1981) ha mostrado que, más que alumnos aplicados del positivismo comteano, que no circuló mucho en el país por falta de acceso a libros y traducciones, las elites y sus intelectuales abrazaron el darwinismo social, que fue la corriente con mayor impacto en el periodo entre 1880 y 1920. El darwinismo social, con sus postulados de selección natural y sobrevivencia del más apto, representó el modo de pensamiento mejor aceptado por los criollos cuando se trataba de aplicar las leyes del pensamiento científico a la realidad social. Demelas finaliza su brillante estudio afirmando que la afiliación de la élite a esta corriente de pensamiento estaba conectada al momento intelectual europeo en boga. El darwinismo social significó

²¹ Como afirma Romero en su estudio sobre el “intelectual” boliviano, a fines del XIX y las primeras décadas de la siguiente centuria, América se afrancesó, y esta influencia marcó desde la arquitectura hasta la gastronomía, pasando obviamente por la literatura también.

fundamentalmente para las élites el interés por la historia, la geografía y la sociedad, y, sobre todo, les proporcionó “el gusto de sentirse miembros de una comunidad intelectual internacional, de ser reconocidos como representantes de la civilización y no ya simplemente ciudadanos de esta extraña región, perdida entre la puna y la selva” (82). Este análisis es interesante pues habla del uso y apropiación local de corrientes de pensamiento como forma de acceso, de membresía a una ciudadanía global y como argumento de diferenciación social local de las élites.

Mariano Siskind, en su análisis sobre “World literature and cosmopolitan desires” (2014), estudia cómo las estéticas modernistas que se van ensayando en Latinoamérica a fines del siglo XIX no invocaban el trabajo de autores y textos foráneos como una forma de situar la otredad más allá del ámbito de actuación local a la que pertenecían, sino que, en una inclinación más universalista, consideraban estos autores como “parientes lejanos” y espíritus afines cuyos nombres significaban la existencia de un mundo, de una globalidad de la que ellos mismos se consideraban miembros. En este sentido, la escritura se volvió un capital cultural que inscribió el deseo letrado al centro de las capitales mundiales de la cultura, mientras trabajaba en el sueño de modernidad local mediante la modernización de la escritura. El modernismo literario de la escuela decadentista en Bolivia significó, como en el resto de la región, la idea de la existencia de un espacio literario universal en el que los letrados criollos trataron de inscribir sus propias prácticas estéticas y donde buscaron conectar con otras subjetividades modernas, mientras postulaban sus propias preocupaciones sobre el espacio cultural local.

El modernismo literario sería entonces una novedosa innovación estética que permitiría un proceso imaginario de acoplamiento criollo a la red de modernidad mundial en marcha, y sería de una importancia infraestructural en la delimitación de un “cultural core”, al que el criollo se sentía vinculado por medio de la práctica literaria. Como afirma una vez más Siskind: “The latent liberal

humanism at work in the modernistas' notion of Literature would transform the European archive and its others into the universal patrimony that authorized the modernistas' self-representation as universal aesthetic subjects with a keen desire for participation in a cosmopolitan world of modernity" (122).

Pero interesa resaltar también la relevancia de la innovación estética adaptada al problema local, asociado a la población no-blanca como el origen del conflicto civilizatorio de la modernidad boliviana. En la idea de "world literature" como un dispositivo que permite en su importación y adaptación local el uso de estrategias y elementos narrativos para dar cuenta de una realidad no-europea, el caso del uso de elementos decadentistas en la novela funciona como evidencia del tipo de desarrollo y progreso social perseguido por las élites:

What defines their world literary discourse is not the accumulation of references to one or another foreign literature or text (even though they effectively accumulate those references) but the postulation of a world defined by an antagonistic relation with cultural forms of locality that connote a backward sense of the past and the present. (Siskind 105)

Desarrollemos un poco esta idea. El comienzo de *Platonía* está antecedido por un prólogo en el que el autor explica la motivación de la novela y su lugar al interior de la problemática social y política en la región. El autor afirma:

Platonía no es una utopía; ella existe entre las fronteras septentrionales de Méjico y el Cabo de Hornos; acá, en la América Latina, donde la amalgama del indómito carácter del ibero, el reconcentrado rencor del indígena y la reacción desembarazada del negro, produjo en los comienzos de la vida libre, un ambiente favorable al desarrollo de la discordia, a expensas de la acción colonizadora (I)

[...]Por lo mismo, me ha sido preciso crear un escenario especial como Platonía; describir cuadros de costumbres, de incidentes políticos y de funciones democráticas comunes a la gran mayoría de los Estados latinoamericanos; prescindir de problemas especiales, como son el de la raza indígena, que incumbe a determinados países, y el de la concurrencia del negro, que concierne sólo a las tierras bañadas por el Mar Caribe; y finalmente, mostrar un conjunto de desvíos, en el que cualquier lector de habla española o portuguesa, pueda encontrar algunos de los errores y defectos de su patria para combatirlos con energía (Aguirre III)

La afirmación de la existencia de Platonía como posibilidad, en una utopía ideal progresista de la mano de la literatura, no es, como podría parecer, la creación de un espacio simbólico mediante estrategias ajenas a la estética decadentista, sino más bien la confirmación de la pertenencia de la novela dentro del género. Como afirma Calinescu, la sensibilidad decadente en escritores y artistas no está confrontada con la idea abstracta de progreso, sino que ambas forman parte de una misma forma de observación de la realidad, en una correspondencia dialéctica permanente. Los periodos de decadencia son fuertemente críticos, a menudo más críticos que los periodos de grandeza, pero en ambos está inscrita la noción de que la historia social es un tránsito por periodos de optimismo y otros de sensación de pérdida y alienación. Así, el uso del decadentismo implicó una crítica a su tiempo, en la idea también utopista de alcanzar una “regeneración” estructural de la sociedad. Así, el decadentismo finisecular fue una crítica a los valores extraviados de la modernidad, a la vulgarización de la cultura, no tanto una negativa a la apuesta histórica recurrente de progreso como “regeneración”.

El prólogo de la novela es importante pues pone de manifiesto uno de los elementos fundamentales del estilo decadentista de finales del siglo XIX en Europa: el recurso a la

“artificialidad”. Como afirma Calinescu, el “culto de lo artificial” fue básicamente el principio ideológico de aparición de la estética decadentista en Europa, con la famosa novela de Huysmans, *A Rebours*, de 1884:

To understand this book and its hero, Jean Floressas des Esseintes, it is important to keep in mind that the author totally equates modernity-artificiality-decadence. In the portrayal of des Esseintes, Baudelaire’s already mentioned aversion for nature (leading to the praise of modernity as artificiality) is pushed to its most extreme consequences. The cult of artificiality, as expounded in *A Rebours*, is based on an exclusively negative-destructive imagination. Des Esseintes is not trying to isolate himself from nature; it would be more correct to say that his attitudes are dictated by his desire to thwart, chastise, and finally humiliate nature. (172)

La novela de Huysmans constituye el climax de la estética decadentista de inspiración francesa, en la idea de que la naturaleza puede obedecer el arbitrario impulso de las pasiones humanas, fundamento de la estética europea de la artificialidad decadentista. Pero mientras en el original europeo el recurso al artificio tiene la intención de gritar una suerte de cansancio civilizatorio, en la modalidad boliviana este recurso es instrumental para erigir un ideal de civilización, de tipo criollo/blanco, y de borradura de la huella colonial como solución al problema racial.

Este recurso a lo artificial como actitud de dominio sobre la naturaleza está dado en la novela de Aguirre Achá de novedosas maneras. *Platonía* no es una referencia geográfica exacta, no es un punto identificable en el mapa y claramente no podría ser tema en textos de historia o sociología, pero es una existencia, una realidad, ella “existe”, como afirma el autor, existencia que es posible únicamente como resultado de un artificio escritural. El tono ensayístico del prólogo tiene la función de dejar en claro que *Platonía* es el triunfo del artificio sobre el desarrollo “natural”

de los acontecimientos; esto es, la historia latinoamericana en la que un país de esas características no podría haber sido posible. A eso también apuesta temáticamente la novela, que es fundamentalmente un extenso relato sobre el proyecto modernizador y colonizador que quiere llevar a cabo el personaje principal. Tanto el funcionamiento del ferrocarril como el sueño colonizador son aspiraciones recurrentes en el pensamiento del siglo XIX latinoamericano por “dominar” el espacio de la naturaleza para fundar la civilización. Es decir, el triunfo de la ciudad, del artificio, sobre la naturaleza.

Pero la novela se justifica a razón de que esta marcha utópica y progresista de la modernidad solo es posible en un país con características inventadas. Y así, la escritura opera en la configuración de la coordenadas políticas y sociales de este país imaginario. A lo largo de varias páginas, la narración describe el proceso formativo de esta nueva república luego de las guerras de independencia en la región. El resultado de este proceso es la emergencia de la república de Platonía, bautizada así en homenaje al pensamiento del antiguo filósofo griego y su idea de construcción del cuerpo político ideal:

El nombre “Platonía” significaba simplemente la aspiración de constituir en el nuevo mundo una república perfecta; el homenaje de todo un pueblo al filósofo que había ideado, cuatro siglos antes de la era cristiana, una ciudad, o mejor dicho un Estado en el que reinase la libertad, la igualdad y la fraternidad de todos los ciudadanos; el estímulo de corrección y de equidad, que mañana guíase los procedimientos de los gobernantes, legisladores y jueces; y, en fin, el compromiso más sincero y solemne que puede contraer una entidad política nueva (36).

En este deseo utópico de una república perfecta hay una dosis que excede el realismo literario o romántico de la época. El prólogo da cuenta del recurso necesario como condición por la cual esta utopía puede ser fundada: la imaginación de un filósofo que soñó siglos atrás la

perfección política de un sistema social establecido. Así, Platonía no solo no es real en las coordenadas geográficas americanas, sino que fue realidad imaginada en la proyección filosófica de su autor. Su existencia es artificiosa en potencia doble, y requiere de un exceso de artificio que solo podía venir de la mano del modernismo y su afán por dominar discursivamente la naturaleza humana y social de los pueblos para inventar un espacio estético ideal.

Este nuevo país, que convive en igualdad de condiciones con las otras entidades políticas emancipadas, víctimas de la ambición política y la inestabilidad social de este proceso formativo, adquiere sin embargo una característica particular. En un momento aún temprano de su historia, y por la voluntad de uno de sus caudillos de turno:

[...] se cambiaron los nombres aborígenes o españoles con que eran designadas las poblaciones y provincias del país, con nombres griegos que podían corresponder o no a la distribución de la geografía helénica y a las condiciones peculiares de los lugares, como Olimpia, Tebas, Esparta, Corinto, Platea, Micala, etc. [...] y de ese mismo tiempo data la costumbre generalizada en toda la República de adoptar los nombres de personas más celebres de Grecia, con solo anteponer a ellos el cristiano que se exigía en la partida bautismal, en esta o parecida forma: Juan Aristófanes, Luis Temístocles, José Arquímedes, Pedro Herodoto, Lucas Hipólito, Antonio Zenón, Manuel Ulises, María Filomena, Magdalena Casandra, etc., etc. (39)

De allí en adelante, las relaciones sociales en la novela se uniformizan, al menos nominalmente, por medio de este cambio de registro en la forma de nombrar personas y lugares. Los sujetos son distinguibles en función de su posición económica, el grado de ilustración y sus opciones políticas, pero ningún vestigio del pasado indígena o negro es ya distinguible en la narración. Es decir, el

artificio ha llegado al punto de borrar la herida colonial mediante la reorganización del espacio republicano.

Este modelo de importación del modelo griego en el nombre de la república, los lugares y las personas, es la condición para la importación del modelo económico y social occidental y la penetración pacífica del capital moderno que la novela plantea como proyecto escritural. Al construir un cuerpo político homogéneo mediante este recurso temático en la narración, la novela integra, sin violencia ni resistencia alguna, al indígena dentro del proyecto civilizador dominante, junto al campo y el área rural que será tomada por los proyectos colonizadores en curso. Propongo que cada uno de estos nombres griegos en su combinación castiza es alegórico del tipo de mestizaje propuesto desde las élites dominantes en Bolivia, un mestizaje de acuerdo con los principios de la razón, de influencia occidental y que poco a poco elimine la mezcla de sangre indígena, considerada la causa de la degeneración social en el país. Al eliminar la barrera étnica, el indígena puede ser incorporado en la máquina industrialista en calidad de individuo, fuerza de trabajo individualizada, ya sea en la economía de la hacienda o de ciudad, y se anulan las contradicciones culturales y raciales que fundaron la vida colonial americana y a realidad boliviana de aquel tiempo.

De esta forma, mediante un artificioso recurso de borradura histórica, la novela comete una especie de genocidio literario, neutraliza la amenaza de miles de indígenas que pueblan los campos y la amenaza del cholo que ronda las ciudades acaparando espacios de poder, y la novela construye imaginariamente un espacio social ideal, homogéneo y jerarquizado, listo para la labor del capital y bajo el control criollo-letrado.

3. Exaltación del “yo” y silenciamiento de la masa en *Renovarse o morir* de Walter Carvajal

El decadentismo literario como infraestructura estética que conectaba la mentalidad criolla con los centros globales tuvo otra variante interesante en la novela de 1919 de Walter Carvajal, *Renovarse o morir*. La novela gira en torno a la historia de Fernando Méndez Lombera, un joven perteneciente a una antigua y tradicional familia de La Paz, descendiente de conquistadores españoles y personajes muy distinguidos a lo largo de los años. La narración comienza cuando el joven Fernando regresa después de 15 años de ausencia a la ciudad, después de haber vivido en Europa donde estudió y se recibió como médico. En el carro del tranvía, Fernando observa cómo la ciudad ha experimentado un rápido empuje modernizador que la ha transformado completamente. El conflicto en la historia gira precisamente en torno a la idea de cambio y transformación. Por un lado, Fernando se encuentra con los resabios de su antigua estirpe familiar: los pocos parientes que quedan y la antigua casa de familia; y por el otro, la nueva dinámica social y urbana que ha adquirido la ciudad: amigos pertenecientes a grupos en ascenso que han adquirido cierta refinación gracias al dinero, y la nueva configuración urbana del momento, con prácticas, actividades y diversiones que señalan los aspectos de la vida moderna. Este conflicto entre progreso y tradición, que es lo que señala el mismo título de la novela (que hace alusión al escritor modernista/decadentista, Gabrielle D’Anunzio) adquiere una presentación sentimental el momento en que Fernando elige con quién casarse. Ante su primera alternativa, que era una prima en segundo grado, de su misma estirpe y apellido, Fernando finalmente elige casarse con una muchacha proveniente de una familia rica y poderosa. La negación del camino endogámico, y por tanto de la tradición familiar, viene por el lado de Fernando como una identidad “vitalista” (en los constantes guiños que hace la narración a Nietzsche y Shopenhauer), y resalta el valor del

individualismo de tipo filosófico como forma de superación de las trabas del pasado, valores que son producidos arquitectónicamente en el espacio urbano de la novela.

La novela de Carvajal utiliza elementos del decadentismo literario, que combina estratégicamente con temas y preocupaciones locales para construir un paisaje urbano como lugar de renovación de clase y realización de una utopía desarrollista basada en la exaltación de la conciencia individual frente al percibido “mal de grupo”. Como afirma Salvador Romero, los héroes modernistas manifiestan una sociabilidad arisca, en la que sobre el valor de la masa o del conjunto resalta la obra de destinos personales (*Las Claudinas* 35), una fuerte conciencia de la individualidad desarrollada en la tensión entre protagonistas y medio social. El espacio del decadentismo es un espacio de introspección y soledad. Los héroes decadentes están marcados por su imposibilidad adaptativa, son sujetos fuertemente emocionales y sensitivos, designados para el dolor, la decepción y a la que los obliga la brutalidad de la vida moderna, en su original francés y europeo. Son personajes aislados, perdidos y enfermos, en una estética que difiere del naturalismo de Zola en la manera en que la sustancia de la narración no es la muchedumbre, sino el individuo.

Así por ejemplo, el Des Esseintes de Huysman o el George de *Il trionfo della morte* de Gabrielle D’Annunzio, son personajes que encarnan diversas aunque coincidentes formas de retiro, modalidades de aislamiento por la crisis del sujeto con su entorno que resultan en un género que es fuertemente una exploración de la soledad humana. Pero esta necesidad de retiro termina en aspiraciones que buscan desaparecer al individuo de la realidad que habita, una forma de borramiento que ratifica el carácter degenerativo, de desaparición del sujeto agobiado por el entorno. En la variante boliviana, este retiro y el conflicto permanente entre individuo y mundo termina en un intento regenerador y de exaltación del individualismo como solución social.

La idea del individuo como valor social de la modernidad fue el sentir de la intelectualidad letrada de la época. Octavio Salamanca, ya en 1916, establecía en su crítica al desarrollo republicano la necesidad de abrazar la conciencia individual como base del desarrollo económico de la nación y nueva metafísica social, tal como lo hicieron las naciones más poderosas del mundo: “el individualismo es el distintivo de las sociedades actuales, que basan la grandeza nacional en la riqueza del individuo, dejándole desarrollarse libremente, sólo prestándole los auxilios de no ser expoliado y garantizarle su libertad y ganancias legítimas, tal como lo han comprendido Inglaterra y Estados Unidos, las más grandes naciones del mundo” (227). Un pensamiento que abandona la conciencia colectivista de grupo propia del siglo XIX y que empieza a abogar por un nuevo sujeto nacional de iniciativa privada y valores individuales, se va formando espacialmente, tal como lo afirma Juan Francisco Bedregal, en la arquitectura urbana que abandona el estilo clásico de las construcciones coloniales, tipo casa de hacienda: “Esta arquitectura de fachada frontal a la calle, con balcones de cajón en los costados y balcones sencillos o corridos en el centro, con frontispicio, portones y zaguanes, patios de mediodía español y toda la parafernalia pseudo colonial será sustituida por una arquitectura individualista en los nuevos barrios y construcciones tipo chalet” (112). Las viejas construcciones, desde donde la mirada del patrón abarcaba todas las actividades de la faena diaria, de imperiales escaleras que conectaban los aposentos privados de la familia con el bullicio colectivo de patios interiores y zonas de comida y recreo abiertas a la convivencia entre sirvientes y patrones, y en el que las necesidades de la comunicación obligaban un uso simultáneo del español y el aymara, se reemplaza por el modelo de la “villa victoriana”, que empieza a surgir en los nuevos barrios criollos de Sopocachi sobre todo. Estas son viviendas unifamiliares, que no admiten grandes espacios para la servidumbre, y en los que la vivienda ya no es parte del circuito de producción, sino que es un espacio residencial, con un hall o recibidor para los eventos sociales

y una biblioteca o patios traseros resguardando la intimidad de la familia y fundando espacialmente la intimidad del sujeto moderno privado:

La casa típicamente urbana en la que se consolida y destila un nuevo patrón de vida, en la que la ciudad se especializa y se aleja de la actividad agraria es la extensión de otra lógica, la de la fábrica, capitalista y de la industria moderna. Por ello podemos afirmar que en la ciudad de La Paz, y particularmente Sopocachi y la zona norte fueron el escenario histórico de una transformación de la República, dando origen a lo que sería la nación. (Bedregal 120)



Imágenes 6 y 7. Casas de estilo modernista o “victoriano” que aparecen en La Paz en la zona de Sopocachi a principios del siglo 20. Fuente: Bedregal



Imágenes 8 y 9. Exterior e interior de una casa de estilo “republicano”, que mantuvo la estética de la casa hacendada de los días coloniales durante el siglo 19. Fuente: Bedregal

El nuevo ordenamiento espacial de la ciudad, producto de las preocupaciones industrialistas presente en la mentalidad criolla, forma parte de un proceso de construcción de una metafísica individualista como nueva forma de lo social y base de la modernidad capitalista.

Esto se proyecta en la novela de Carvajal en el uso temático del decadentismo como espacio de soledad y aislamiento de los protagonistas decadentes.

El conflicto en la novela se vive, como en la urbe, en términos espaciales, en la confrontación entre la casa conventual de las tías, patrimonio de la familia y que representa el ocaso de una raza, la suya, de hidalguía y estirpe colonial, y por otro, el espacio exterior, de la ciudad, inundado de luz, de movimiento y de vida. Hablando de cómo el personaje encuentra la casona después de 15 años de ausencia, y refiriéndose a la habitación de su fallecida madre que ahora ocupará el hijo retornado, la narración cuenta: “Tal había sucedido también con este dormitorio donde vivió y murió Eulalia, abierto excepcionalmente para recibir al hijo”, y más adelante:

Allá en la calle, bajo las ventanas, el chirriar de los tranvías pletóricos de fuerza, atronaba el caserón como queriendo desquiciar sus muros viejos al empuje del progreso. Las luces de vicio que arrancaba en chispas fatuas el trole contra el cable parecían fuegos pirotécnicos en honor de la vida. Aquí todo negro, sombrío: la vejez que acaba, la antesala de la muerte. Allá luz, fuego, movimiento. ¡La Paz que triunfa! ¡¡Salve la Vida!!”. (21)

Esta casa materna, que “oprime” la respiración de Fernando (14, 16), y que es descrita como sombría, silenciosa, una “torre de marfil y sola sobre un peñón del desierto”, que connota el mundo de anacronismos de clase y de aislamiento cultural en que vive la mentalidad criolla de viejo cuño, contrasta con la vitalidad, el color y las formas vivas de la ciudad, tal como lo describe la mirada ambulatoria del protagonista en su reconocimiento de un espacio con el que vuelve a encontrarse después de muchos años:

Miró: el colegio Seminario erguido sobre una loma cubierta de flores tempranas, cual garza blanca al desplegar su vuelo; el Hospicio, asilo santo de los desvalidos que han nacido sin querer y sin amparos maternos; los cuarteles, las bélicas almenas de la Intendencia de Guerra como airones de cimera hidalga; y perdidas en el desmayo de una gama verde, las arboledas del Prado. Aquí las negras chimeneas de las fábricas y usinas de Purapura; allá la majestuosa pesadez de una cúpula franciscana; luego el plateado cabrilleo del Choqueyapu; después, casucas dispersas como rosas mañaneras y por último el palpitar de vida nueva en las inmediaciones de la Estación Central. (3)

Esta exaltación de vida y luz va conforme a las nuevas estructuras urbanas, casas de los nuevos ricos, familias no de rancia nobleza sino de reciente llegada al mundo aristocrático que han logrado

afianzar el mestizaje educado, emprendedor y cosmopolita como una solución económica y cultural a los nuevos tiempos que rigen. Así, la narración resalta la vida austera y en la sombra de las tías del protagonista frente a la vivienda de “las Tejerina”, familia de nuevos aristócratas que hacen gala de sus gustos y aficiones modernas:

Frente a la vetusta casa, se alzaba el moderno palacete de Tejerina, y allí, en el balcón también, como apretado ramo de flores, un grupo de alegres muchachas parloteaba a todas voces [...] Música de cabarett primero: el “apache argentino”. Revuelo de faldas volanderas luego y languidez de tango con figuras copiadas de la última revista del Royal Pigalli; y para finalizar, corte por todo lo alto [...] Ahora cambia la film; wan stepp. ¿Estamos en la La Paz por ventura? ¿En Mont Matre, en Barracas al Norte en las Islas Marciel de Avellaneda? (44, 45)

La confrontación entre estos dos espacios de cotidiana convivencia genera la victoria de un discurso universalista, de adscripción a la modernidad y el nacimiento de un nuevo sujeto, que no es el indio ni el cholo enriquecido, sino el criollo que abraza los nuevos valores mundiales, y que puede leerse en el momento del matrimonio de Fernando como un alegato de regenerador de grupo:

Tomaron asiento en el coche y arrancaron los caballos entre nubes de tierra y polvo, desprendidas del caserón secular y vetusto, como un adiós eterno de la vida que acaba a la vida que empieza. Rodaba suavemente el carruaje sobre sus llantas de goma bajo los primeros rayos del sol naciente. Y los escombros caían, caían, en una simbólica renovación de vida. (195)

Para mostrar el medio contra el que el personaje se siente enfrentado, los vicios y taras de la sociedad, el tono más intimista de la narración, que se refiere a la persona, al sujeto como una “perfectísima máquina individual” (143), contrasta con el tono naturalista con que describe el

problema de la raza, el cholaje y la necesidad de educar al indio (178-179). La narración opera constantemente algo así como un movimiento pendular que va entre registros narrativos, por el que el escenario social urbano se convierte en escenario activo y conflictivo, al mismo tiempo que la subjetividad del protagonista va siendo transformada y convertida en un nuevo nacimiento, la emergencia de un “yo” renovado, que es este protagonista criollo que ha sabido, como la ciudad, renovarse y no morir en la atmósfera viciada de su medio: “Nuevo él, nueva La Paz. Nada le hablaba ya de prosapias. Nadie le recordaba ya sus blasones, y pensó: El último marqués Don Fernando Méndez de Lombera y Calatrava ha muerto” (167).

El renovado Fernando Méndez emerge como presencia que ha superado las taras de su origen aristocrático pero también el atraso social y cultural de su medio. Lo que sugiere la novela es la emergencia del “individuo” como nueva metafísica social. Así, en una fiesta bacanal con los amigos, el protagonista afirma:

Creen ustedes caballeros en la metempsicosis? Pues aquí está una prueba viviente. Cuando Pedro el Ermitaño predicaba las cruzadas, fui el primero en abandonar las murallas de Jericó para marchar con él a Pelestina. Recuerdo en este momento detalle por detalle mi vida pretérita. Estuve en Tierra Santa, vi luchar el Evangelio contra el Corán, presencié una ópera de Murillo, contraí matrimonio con Cleopatra, y hoy, como saben, soy el superhombre de Nietzsche. (31)

Recurriendo al vitalismo de Nietzsche, Fernando se presenta a sí mismo como un sujeto global, producto de la historia universal y no sólo de los encasillamientos de su medio, pero aún más, se presenta como el “super-hombre”. En vez de un sujeto que opta por la marginalidad y la desaparición como remedio contra la masificación de la cultura, como ocurre en el decadentismo

europeo, Fernando Méndez es la exaltación del yo y la afirmación de un nuevo sujeto, un super-hombre, como respuesta estética a la vanalización y vulgarización del medio.

Así, el vitalismo nietzscheano se presenta como remedio al mal de época: la masificación de todos los aspectos de la vida social producto de la explosión urbana. Como lo afirman Ledger y Luckhurst, en la estética de “fin de siècle”, “there is a discourse of degenerative urban blight and a set of representations of the poor, in which the ‘residuum’ are more feared than pitied. James Cantlie wrote in 1885: ‘the close confines and foul air of our cities are shortening the life of the individual, and raising up a puny and ill-developed race’” (XV). Una metafísica del individuo es la que se desarrolla al centro del pensamiento de Nietzsche y la filosofía del super-hombre. Al reconocerse parte de esa formación, la emergencia del nuevo “yo” que rescata la novela se propone como solución al ambiente inmoral e infecto de la emergencia popular y degenerativo de la raza que todos los autores de la época miran como riesgo. Esta exaltación del “yo” como valor universal silencia el discurso de la masa, invisibiliza la raza como estructura colectiva, y al hacerlo, la novela de Carvajal propone una solución literaria parecida a la de *Platonía* en su borramiento estético de la amenaza de grupo.

Al parecer, todos estos elementos operan para componer el carácter único del protagonista, y afirmar su identidad en el medio “adverso” en que le toca vivir. Fernando puede ser entonces la alegoría de una clase social, a una élite que se considera lejos de desaparecer y dejarse consumir por los nuevos tiempos. De esta forma, en la descripción de los elementos de la estética decadentista que muestran estos textos, resalta la voluntad globalista y cosmopolita del proyecto de modernidad criollo. Tanto la ciudad y la literatura forman parte de un gran proceso de infraestructuralización de la modernidad nacional, proyecto estético y social criollo dirigido a combatir los percibidos males sociales de la nación y las amenazas contra su propia sobrevivencia

de grupo. Este decadentismo propositivo, que se muestra en las dos novelas analizadas, cada una desde las innovaciones de su propia propuesta narrativa, muestra el interés de autores por inscribir su obra en el flujo global de circulación de ideas, una exaltación de lo foráneo, de una moral y valores universales como respuesta social. El siguiente capítulo desarrolla una mirada distinta. En los ejemplos de Carlos Medinaceli y Adolfo Costa du Rels, representantes de la denominada “novela del encholamiento”, surge el proyecto de una modernidad alternativa, más conectada a la tierra, en un proyecto que vincula el desarrollo infraestructural popular-mestizo de la chichería y la identidad productiva de la chola al desarrollo del liberalismo económico como proyecto en ciernes.

CAPÍTULO 3. Chola “entrepreneur”: Infraestructuras de modernidad liberal mestiza en la narrativa del *encholamiento*

En el prólogo de 1941 de Tristán Marof al libro sobre Bautista Saavedra²² de Carlos Aramayo, el intelectual socialista de gran relevancia en los Andes afirmaba en fuerte tono pesimista que Bolivia, desde el siglo XIX, no había transformado su estructura semifeudal y semicolonialista:

Existen clases sociales privilegiadas; la mayoría nacional se compone de indígenas siervos. En un ochenta por ciento la nación es analfabeta y supersticiosa; la economía es pobre y no tiene otra sustentación que las minas; la agricultura es rudimentaria y como en el tiempo de los faraones. Apenas una que otra industria aislada se yergue trabajosamente, y eso, protegida por el estado. No hay pues, por consiguiente, una clase directora que entienda de negocios y que viva del comercio y de la industria. (5)

Esta visión pesimista de la historia describía un país que no había logrado integrarse al movimiento del progreso económico, como ciertas fantasías infraestructuralmente creadas habían hecho imaginar al criollo de principios de siglo, pensándose parte del circuito de circulación de fantasías transnacionales desde la organización urbana y la literatura, como se mostró en el anterior capítulo.

La mirada de Marof, sin embargo, no llegó a considerar con mayor detalle la emergencia de grupo del “cholo”, como factor de influencia en la política y economía local, y que estuvo llamado a llevar a cabo el desarrollo económico “a la boliviana”, entendido como proceso de

²² Presidente de Bolivia de 1921 a 1925. Fue líder del partido republicano, opción política que combatía al liberalismo de principios del siglo XX, y que, a pesar de manejar, en lo profundo, el mismo proyecto que el bando al que atacaba, inauguró en el país una época de mayor visibilidad de los grupos subalternos, especialmente cholos y mestizos urbanos, de quienes pretendió su apoyo para combatir a la estructura aristocrático-estatal de liberalismo.

acumulación de capital en una economía de iniciativa privada, informal y marginal al estado, que comenzó a desarrollarse desde comienzos del siglo XX²³. Así, por ejemplo, como cuenta Paredes Candia en su libro sobre la chola boliviana, para los mismos años en que Marof escribía su devastadora crítica, otro letrado, Héctor Ormachea, sugería al presidente de la república el nombre de una chola, de una comerciante del mercado de la ciudad, para ministra de finanzas, debido a la gran aptitud que Ormachea había observado en esta mujer que, sin educación formal alguna, se desempeñaba como una gran financista en las medidas y planes que como lidereza sindical adaptaba para provecho de su sector y como resistencia a medidas institucionales de parte de la alcaldía de La Paz (Paredes Candia 57, 58).

Es que, paralelamente a la identidad étnica de la chola boliviana, motivo de discusión de la mayor parte del ensayo social del periodo, aparece un aspecto menos desarrollado, cuando no ignorado: su identidad económica, directamente conectada al espacio de los mercados, tiendas populares o chicherías. Como afirma el texto de Uriel García sobre “El nuevo indio”, el espacio de acción de la chola fue el mercado de las ciudades, la feria dominical de las aldeas, la chichería, el arrabal de extramuros, el tenducho con su botillería de alcohol aguado²⁴ (183). Por su parte,

²³ Este modelo económico se haría predominante en la última parte del siglo XX y principios del XXI, y por el cual, sectores informalizados de la economía, como comerciantes, transportistas, y otros sectores lograron grandes acumulaciones de capital y riqueza, y constituyeron una nueva “burguesía chola”, defensora del libre mercado y la ausencia absoluta de regulación estatal, y que formó la base militante del gobierno del Movimiento al Socialismo que ingresó al poder en 2006.

²⁴ En el contexto andino-peruano, desde el cual elabora su análisis Uriel García, la chola y el cholo son identidades culturales que siguieron un desarrollo histórico similar al boliviano. Se refiere a indígenas del altiplano que comenzaron procesos migratorios hacia las ciudades, y es un término que aparece tempranamente para referirse a este migrante indígena en términos denigratorios, desde un lugar de superioridad (Ypeij 74). Sin embargo, hay una pequeña pero significativa distancia temporal entre el proceso boliviano y el peruano: mientras los circuitos migratorios que acompañaron la afirmación del cholo como identidad social y cultural urbana en Bolivia datan ya de las últimas décadas del siglo XIX, en el Perú el proceso ocurre un poco más tarde, desde los años 20s del siglo XX, y consolidándose todavía en los años 50s (Matos 2011). Por esa razón, el cholo del que habla Uriel García es un cholo que mantiene todavía un vínculo muy fuerte con el espacio rural, con el campo como lugar de actuación en villas, poblados, y pequeñas ciudades, y más cerca del indígena en todo caso. Por esa razón, el cholo de García se denomina como “nuevo indio”. Esta particularidad explica el hecho de un desarrollo del cholo como identidad política mucho más temprano en Bolivia que en el Perú (además del hecho de que La Paz y el occidente boliviano tienen en su origen un componente indígena mucho mayor que el de Lima), y explica por qué el cholo boliviano es de mayor preocupación

Barragán (2006) ha mostrado cómo los mercados y las actividades comerciales espacialmente situadas en el ámbito urbano son definidoras de una identidad étnica vinculada más al negocio que a una definición racial o cultural cuando se trata del cholo, y sobre todo de las cholitas bolivianas, sujetos económicos por excelencia.

Así, la chichería, que se estudia en este capítulo para el caso de la región del valle cochabambino, fue de una importancia fundamental y desconocida para el desarrollo de una economía informal, altamente rentable, que desde la acumulación de capital que permitió bajo el comando administrativo de la chola, financió el desarrollo urbano en las ciudades del valle a principios del siglo XX. La chichería fue infraestructural para el desarrollo urbano y para el desarrollo de una subjetividad económica emprendedora, de agencia individual y autoformativa, que desde el espacio marginal de su actividad es un ejemplo de procesos de acumulación orgánica ocurriendo fuera del alcance del estado, y por tanto es posible verla como modelo de esa solución que reclama Marof a los males productivistas de la sociedad.

La literatura del cholaje, que se desarrolla principalmente de los años 20s a los 40s, identifica y representa este nuevo fenómeno. De esta manera, este capítulo pretende una lectura del cholaje desde la conexión chola-producción infraestructuralmente generada por la chichería como lugar de acción y habitación de la chola. Siguiendo aquello que Ericka Beckman denomina como “la dimensión económica de la escritura”, este capítulo analiza, en dos textos de la narrativa del cholaje: *La Miskki-Simi* (1921) de Adolfo Costa du Rels, y *La Chaskañawi* (1947), de Carlos Medinaceli, la forma en que la orientación decadentista de la estética “fin de siglo” funcionó en las narraciones para proyectar uniones étnicas (criollo-chola) que se proponen como la base de una racionalidad económica liberal: el *homo oeconomicus* del que habla Foucault, o en este caso, la

para el criollaje boliviano en la primera mitad del siglo XX, tal como aparece en las novelas que analiza esta disertación.

“mulie oeconomicus”, como una empresaria de sí misma, y con ello fundar la idea de una nación como proyecto económico liberal-mestizo.

1. La chichería como infraestructura de urbanización urbana

Rodríguez y Solares (2011) describen con precisión histórica y documentada el proceso por el cual el maíz, en la región de los valles centrales y Cochabamba, jugó un papel fundamental en la reconstitución de la economía regional luego de la Guerra del Pacífico y la llegada de la locomotora, que fueron esenciales en la transformación de la dinámica comercial y productiva del país.

El siglo XIX fue una época de lento avance urbano, las ciudades del valle, con Cochabamba como la región más importante, eran distritos agrícolas de producción de cereales y granos, donde la gran aldea se confundía con la ciudad en proceso inicial de formación. Con anterioridad a la Guerra del Pacífico, en Cochabamba se constituyó un mercado urbano, bastante modesto y donde circulaban los productos agrícolas, que debido a las exigencias de una población no muy numerosa y de características todavía rurales, no hacían necesaria la modernización de los procesos de producción. Al mismo tiempo, los sectores dominantes criollo-mestizos, compuestos por dueños de tierras, la burocracia estatal y sectores profesionales ligados a la banca y el comercio, formaron un mercado de consumo y circulación de mercaderías importadas de acuerdo con las posibilidades que los difíciles circuitos de comunicación permitían.

Luego de la llegada del primer ferrocarril a Bolivia, y con la paulatina apertura de las otras vías férreas de circulación que se fueron planificando e implementando, la región de los valles, a diferencia de lo que pasaba en el occidente, cuya economía dependía más bien del comercio del mineral y la coca, fue experimentando un proceso de debilitamiento productivo causado por la llegada de mercaderías cuyo precio más barato no hacían competitiva la producción local. Este

problema, que iba acorralando a pequeños y medianos productores de verduras y cereales, y propio de un tiempo en que el nuevo liberalismo político en el gobierno abogaba por la apertura de las fronteras internacionales a la libre circulación de productos, tuvo un impacto económico atenuado gracias al complejo productivo “maíz-chicha, al que aportaban hacendados, pequeños campesinos, comerciantes, molineros y productores directos” (Rodríguez y Solares 46). A fines del siglo XIX y principios del XX, y debido a los problemas de la región para comercializar el maíz hacia los distritos mineros y otras regiones, antiguos enclaves de consumo más allá de la frontera local cochabambina, el consumo interno del maíz transformado en chicha fue fundamental para la sobrevivencia de la economía regional. Es decir, la chicha fue hacia donde este excedente no vendido de producción de maíz se canalizaba conforme también las fronteras urbanas se ampliaban, la población crecía, y el negocio de la chichería se hacía práctica urbana.

No se sabe con exactitud cuándo la chicha hizo su entrada en las ciudades, pero se puede inferir que su práctica cultural avanzó junto a la integración de la vida rural en la urbana, que se fue dando a lo largo del siglo XIX. La chicha se producía como práctica tradicional en los pueblos, y en los distritos urbanos se comercializaba mediante el sistema de “ferias”, mercados populares que se organizaban periódicamente cerca de la plaza de armas, y que fueron los lugares de su realización comercial.

Pero no solo eso, sino que, como muestran Rodríguez y Solares, la chichería, espacio de comercialización de la chicha, fue el elemento articulador de la economía ferial, “en torno al que se concentraron un sinnúmero de negocios anexos en manos de cholos e indígenas: comidas, empanadas, tortillas, coca, helados, etc., y un flujo ininterrumpido de parroquianos que dinamizan este escenario ferial, aun muchas horas después de que la actividad comercial ha concluido” (50). La economía de la chicha entonces fue fundamental para el desarrollo de la economía local de la

región, pero también para la organización, en la ciudades, de espacios de encuentro y relacionamiento social, pues, a pesar de que fue tradicionalmente considerada afición del populacho y las clases bajas, no hubo nadie, más allá de conflictos de clase, rango o diferencias culturales, que no disfrutara alguna vez de una “tutuma”²⁵ de chicha para acompañar la comida o la fiesta, infaltable en las chicherías como espacios de articulación de la diversidad. La chicha cumplió una función como canal de contacto cultural. Al fundar el tránsito de una economía rural a una de tipo urbano, el consumo de chicha, que se hacía en el espacio de la chichería, fue punto de encuentro de identidades y presencias diversas que se reunían en un mismo espacio. Desde el modesto artesano, pasando por el agricultor, el empleado público, estudiantes, dueños de negocios, dueños de tierras y gente adinerada, en los que también se incluían políticos, la chichería fue punto de encuentro y de contacto cultural entre distintos:

A inicios de la República, prevalecían en Cochabamba espacios de encuentro entre diversos sectores sociales y étnicos, fuesen calles, mercados y plazas. La chichería era otro de esos espacios de confluencia. El consumo de la bebida áurea cruzaba todos los órdenes estamentales. Otras bebidas como el aguardiente, popular entre los contingentes de artesanos, y el vino, importado de Perú y de consumo de las élites, no podían igualarla. La cerveza era por entonces desconocida. (53)

En la chichería, y con alcohol y comida por medio, las diferencias sociales se aplacaban un poco, y la comunicación y el contacto espontáneo se hacían posibles en una sociedad jerárquicamente dividida como la boliviana. A principios del siglo XX, y debido a que los prejuicios étnicos y de estirpe heredados de la colonia mantenían su vigencia, el discurso de la “modernidad” y la vida

²⁵ La tutuma, en el contexto andino, es una vasija de origen vegetal, que se usa para las actividades domésticas, y que se hizo popular en el circuito chicha-chichería pues es el recipiente donde se sirve la chicha y que circula colectivamente en una misma mesa.

civilizada que las élites vallunas manejaban obligó a las chicherías y el mundo mestizo-popular a replegarse más allá del centro urbano. Conforme la ciudad se integraba al proceso de modernización de principios de siglo, el gobierno de la ciudad estableció reglamentaciones para impedir el funcionamiento de chicherías y de granjas de cerdo asociadas al consumo de chicha mediante la preparación del típico “chicharrón” en el centro de la ciudad, estableciendo una escala de tributos conforme a la proximidad de las chicherías respecto al centro urbano. Así, estos establecimientos, asociados a la alegría de la fiesta, la música, el consumo de comida y chicha, fueron paulatinamente empujados hacia la periferia urbana, poblando las zonas de Cala Cala, Recoleta, Muyurina, Las Villas o el Rosal, sectores localizados en la periferia urbana que se centralizaba alrededor de la plaza de armas. Es allí, “en medio de sembradíos y arboledas frutales, donde abigarradas poblaciones indígenas y mestizas -o cholos, como se decía como signo de desprecio social- vivían, y lograban ascenso social mediante la economía de la chicha” (66).

Rodríguez y Solares hacen un revelador análisis sobre la importancia tributaria de la chicha para el departamento de Cochabamba. La importancia de los impuestos asociados a la producción y comercialización de la chicha, y sus productos derivados, fue la estructura económica que financió el desarrollo y crecimiento de la ciudad durante buena parte del siglo XX. Uno de los ejemplos que mencionan los autores es el empréstito Erlanger de 300.000 libras esterlinas, que el estado boliviano tomó para la construcción del servicio de tranvías y el ferrocarril hacia el Valle Alto, y que fue pagado mediante un impuesto que gravaba el quintal de muko²⁶ con 46 centavos, Decreto Ley del 6 de enero de 1910 (127). Junto a los gravámenes a la producción y venta de muko, fueron apareciendo otros asociados a la exportación de chicha a otras regiones y la venta de esta bebida en la zona del Cercado, principal núcleo urbano y capital departamental. Según muestra

²⁶ Residuo sólido de maíz que sobraba del proceso de producción de la chicha y que era altamente apetecido por su sabor dulce y que servía también para preparar otros alimentos.

el estudio referido, para 1930, el presupuesto departamental de Cochabamba ascendía a 1.071.524 bolivianos, de los que, 526.735, es decir, casi la mitad, correspondían al impuesto al muko, representando el 49.16% del ingreso departamental, mientras la contribución de las haciendas rurales, y que en la región occidental caía sobre las comunidades indígenas y era principal fuente de recursos nacionales durante el siglo XIX, solo representaba en la región el 16.5% de lo recaudado (140).

Para 1924, las necesidades infraestructurales de la ciudad requerían un monto cercano a los 300.000 Bs. destinados al asfaltado de las calles, el apoyo a la educación, la compra de material quirúrgico para el nuevo Hospital “Viedma”, la construcción del estadio departamental, y otros gastos referidos a los festejos del centenario de la república. Todos estos fondos, o gran parte de ellos, vinieron de una resolución que autorizaba un impuesto de 5 centavos por cada botella de chicha producida en el departamento. Como se puede ver, el desarrollo urbano de Cochabamba, y, en un análisis que puede ser extendido a las zonas del valle fuertemente involucradas con la producción, consumo y transporte de chicha y sus productos derivados, estuvo fuertemente determinada por el circuito productivo de esta bebida tradicional. La chicha tuvo una importancia económica en el desarrollo urbano y por tanto fue la condición de posibilidad de la acumulación de capital en la ciudad mediante obras de infraestructura, provisión de agua potable, edificios públicos, etc., y en sí, todas las condiciones propicias “para el desarrollo del comercio importador, la banca y la expansión del capital mercantil e inmobiliario, constituyeron tareas llevadas a cabo por un solo protagonista: la economía del maíz y la chicha” (172). Estos datos son solo algunos ejemplos de la forma en que el crecimiento regional, la expansión urbana y el capitalismo industrial en formación fueron dependientes de la economía de la chicha. La chicha fue así el origen del vocabulario de progreso y modernidad enarbolado por las elites criollas locales, quienes a pesar

de despreciar el origen plebeyo de la chicha, usaron las aportaciones tributarias que esta producía para fundar el progreso urbano en Cochabamba.

La función económica de la chicha se materializó en la chichería como espacio de intercambio y comercio informal. La chichería, en los distritos urbanos y provincias fue la apertura a una realidad cultural nueva, diferente de la rutina agraria del campo. En la medida en que los centros urbanos crecían, la economía de hacienda iba perdiendo fuerza y una gran población migrante llegaba a las ciudades desde el campo, haciendo que los barrios periféricos crezcan y que la economía de la chicha se expanda. En un primer momento, las chicherías fueron parte del paisaje urbano en el centro de la ciudad, pero poco a poco, como ya se dijo, fueron empujadas hacia la periferia, donde se asentaron y funcionaron a lo largo del siglo XX. Como afirma Paredes Candía en su estudio sobre la chola boliviana:

Todas ellas [las chicherías] enarbolaban sus pendones para anunciar que la chicha estaba a punto, y en todos los casos el recinto era una casa de molde hispano con dos o más patios adaptada a esa actividad. Desde la vía pública se ingresaba en primer lugar a la “tienda”, un cuarto generalmente ófrico y de dimensiones regulares. En muchos casos cerca al ingreso se ubicaba una vitrina para la venta de algunos pocos artículos de primera necesidad. En otros, simplemente se disponía un mostrador, y en la parte posterior un estante rebosante de botellas de chicha cuidadosamente encorchadas. Normalmente junto a este mobiliario se disponían grandes barriles de chicha y, a ciertas horas del día se aproximaban al ingreso o se ocupaban las aceras de la vía pública, con enormes peroles o bateas donde se exponían suculentas presas de cerdo, tostado, chicharrones y mote de maíz, que atraían irresistiblemente a los parroquianos. [...] Saliendo de este recinto, en el caso

de chicherías más espaciosas, se ingresaba a una galería cubierta que conectaba directamente con un amplio patio y a veces hasta con un pequeño huerto o jardín. En la galería cubierta, sobre un piso de ladrillo, se disponía un piano y a veces un pequeño espacio para el acordeonista. La modernización de la post-guerra trajo las vitrolas “V́ctor” y más tarde los aparatos de radio. En el perímetro de este nuevo recinto se disponían sillas y mesas, reservando un espacio central para el despliegue de danzarines de cueca y bailecitos, En otro extremo se desarrollaban los juegos de “sapo”, “rayuela” y “taba”, que se completaban con el tradicional “cacho”. En el segundo patio se encontraban las dependencias de la chichera, la cocina con su fogón de leña, y otra galería cubierta ocupada con enormes cántaros de barro semi enterrados donde el muko fermentado se transformaba en chicha. Finalmente, muy próximo a este lugar se encontraba el canchón donde se criaban y faenaban los cerdos. (78)

Uriel García, desde la experiencia andina peruana, fue uno de los primeros autores en escribir sobre la chichería desde su importancia cultural, como nudo de encuentro social entre la ciudad y la aldea, y como “invernadero de la cultura” (169). Sin embargo, la mirada de García sobre el espacio rural andino, según anota Priscilla Archibald, mantiene todavía una conexión “cuasi-mística con el paisaje de los Andes” (38). Al vincular, como parte de un proyecto cultural y político, al habitante de la sierra con el paisaje que lo rodea, García presenta la imagen del indio como integrado a un sistema de relaciones imperturbable y al interior de un tiempo histórico que no se mueve. En esto, el análisis del autor peruano se conecta con el proyecto político-discursivo del indigenismo andino de principios del siglo XX, que buscó describir la vida y las costumbres de los indígenas con énfasis en su humanidad, haciendo visible las condiciones de explotación que los

mantenía en un régimen de servidumbre históricamente no resuelto y propiciado por los hacendados y el estado. Sin embargo, como afirma Cornejo Polar, en *Escribir en el aire*, en el indigenismo narrativo el indígena es considerado una exterioridad histórica en el proceso de desarrollo de la modernidad nacional, que no puede resolver el conflicto entre comunidad e historia sino mediante el recurso al final idealista y utópico, por el que una solución alegórica anuncia el retorno a la naturaleza y la prevalencia de la comunidad como exterioridad de la modernidad formativa a la que se enfrenta²⁷. Es decir, en este tipo de indigenismo narrativo, la novela afirma la separación entre indígena y modernidad como única salida posible al desencuentro colonial. Uriel García presenta un itinerario parecido en la descripción del indígena, haciendo incidencia en el carácter espiritual de su identidad, y en una gama de valores ajustados a una visión telúrica asociada a la capacidad formativa de un paisaje no moderno, que es el mundo andino, determinante del valor moral, cultural e histórico del indio. En este sentido, el indígena en el análisis de García, como afirma Archibald, “is not a socioeconomic or ethnic identity but rather a state of being to be transcended” (39). Esta trascendencia se opera con el arribo del “nuevo indio”, el cholo, a quien García le atribuye la capacidad de fundar la nueva nación peruana, por la síntesis del proceso de mestizaje sociocultural que representa, pero en un acercamiento que no logra despojarse de la influencia telúrica del indigenismo clásico. Considero que la comprensión infraestructural de la chichería es fundamental para esta toma de distancia y para la formulación estratégica de la conexión histórica entre indígena y modernidad que plantea el proyecto discursivo del cholaje en los Andes. Poco se ha dicho de la chichería en su función económica, como infraestructura

²⁷ Cornejo Polar afirma que este es el caso de las narrativas indigenistas más importantes: “Alcides Arguedas lo hace muy obviamente con el amanecer y la luz solar que aniquila las tinieblas, Jorge Icaza con la sementera y las espigas que anuncian la fuerza germinal que nace de la derrota y muerte de los indios, y José María Arguedas, con un sesgo mítico, a través de los signos de un cataclismo cósmico que destruirá el viejo orden y forjará uno nuevo y justiciero” (179).

dedicada no solo al encuentro cultural, sino al desarrollo de una dinámica comercial en la que la comida, la música y la fiesta generaban un movimiento económico comparable al comercio de minerales y al tributo indígena. En la chichería se conectaban cultura y comercio, negocio y domicilio privado, fiesta y gasto festivo, por lo que se hace sensato completar la observación de García de la chichería como “caverna de la nacionalidad” con el de la chichería como condición de acumulación originaria de capital que daría lugar al desarrollo capitalista en la región. Por tanto, es necesario pensar en la chichería en este doble sentido, como infraestructura urbana posibilitadora de procesos sociales y económicos fundamentales en la construcción identitaria de los sujetos que participan en ella, tal es el caso de la chola, cuyo espacio de realización comercial fue la chichería, espacio que funda su identidad económica y cultural.

Como lo afirman los estudios al respecto, “chola” y “chichería” no son variables desconectadas que se encuentran coincidentemente por medio de un proceso comercial, sino que la chola, como sujeto cultural tiene su lugar de origen en estos espacios comerciales, siendo la chicha el más fuerte de la época, pero sin duda no el único.

La identidad cultural, política y de género de la chola está integrada al espacio de su actividad económica. Paredes Candia es uno de varios autores que en la tradición cultural boliviana menciona la fortaleza física y sobre todo emocional de la chola respecto al cholo, refiriéndose a la familia chola andina como un matriarcado, fundado en la férrea voluntad, decisión y determinación de la chola, que contrasta con la dependencia emocional, y muchas veces material. Y esta caracterización está conectada con la función económica de la chola, que según la clasificación de Paredes Candia puede ser: la rabona, la chichera, la Khatera (vendedora de productos en los mercados), y la vivandera (cocinera). Con excepción de la primera categoría, resabio histórico de los días en que ejércitos o milicias populares salían en campaña, todas la demás han sido

actividades comerciales informales, de trabajo por cuenta propia, lugares de autonomía comercial de la chola en la que ni el gobierno ni el estado participan como socios o siquiera como facilitadores, siendo muy común las historias de confrontación entre cholos urbanas organizadas en sindicatos y gremios para reclamar sus derechos labores frente al estado.

Tal es el tema del libro de 1986 del Taller de Historia Oral y Participación de la mujer: *Polleras libertarias*, en el que se recogen testimonios históricos sobre el papel desempeñado por cholos y mujeres del pueblo en La Paz, trabajadoras en cuenta propia, en la formación de los sindicatos obreros y gremiales durante la primera mitad del siglo XX. El libro cuenta cómo, sobre todo después de la Guerra del Chaco, el primer sindicato femenino que se forma es el Sindicato de Culinarias, mujeres dedicadas a la venta de comida que trabajaban por su cuenta o como personal de servicio en casas adineradas. Estas mujeres se vieron obligadas a organizarse para tener una representación más contundente al momento de resistir medidas gubernamentales, como la obligatoriedad del “carnet de salud” en 1936, que obligaba a mujeres del servicio doméstico a humillantes evaluaciones médicas para poder trabajar como cocineras (7). Luego fueron apareciendo la Unión Femenina de Floristas, el Sindicato de Trabajadoras de Vianda (comideras), Fruterías Minoristas, y el Sindicato de Lecheras y Comerciantes Minoristas, todas ellas instancias que tuvieron un papel trascendental en la defensa de los derechos de los trabajadores en La Paz y en el resto del país, sobre todo en el periodo 1935-1952, en que los sindicatos obreros manejados por hombres perdían fuerza política, eran perseguidos o se asociaban con una tienda política en particular con la que firmaban acuerdos. Es decir, el circuito informal comercial, que fue, y aún es, el espacio no formalizado de la economía que sostiene al país, fue lugar de afirmación política de la chola, identidad determinante en el proceso de desarrollo histórico de la nación.

Esto formó parte de un proceso por el que, desde el siglo XIX, y como lo muestra Soruco (2011), empieza a surgir en la conciencia de la élites dominantes del país un renovado prejuicio anti-cholo, que no tuvo en el XIX la dimensión que adquiere a principios del nuevo siglo, y que tiene que ver con la manera en que, desde la esfera pública, el cholo iba ganando presencia en la política, las aulas de enseñanza y en la vida social; mientras que la chola, desde el espacio privado adaptado a establecimiento de negocio, ganaba importancia económica. Estos factores tuvieron la resonancia política necesaria para actualizar en estos años un discurso étnico de contención de este avance cholo.

Como lo muestran Rodríguez y Solana, la chola chichera también fue, como sujeto político, una presencia que hacía sentir su voz de protesta contra las medidas municipales en la región del valle cochabambino. Tal fue el caso de una medida municipal de 1888 en Cochabamba, por la que, ante la amenaza de difteria rondando la ciudad, y ante el recuerdo de la sequía e infecciones desatadas un año antes en el país²⁸, el gobierno municipal tomó la decisión de obligar a las chicherías cerca del centro urbano a desplazarse, junto a sus productos y animales, más allá del circuito urbano “decente”, acusando a las chicherías de ser centros infecciosos y un peligro para la salud pública. “El Heraldo”, periódico afín al gobierno de la ciudad, mostraba la protesta de las chicheras en tono burlón y sarcástico:

Un numeroso y compacto grupo de más de 300 “evas”, emperifolladas con vistoso dominguero, llenaban el jueves el estrecho recinto de la barra, en el salón de sesiones del Honorable Consejo Municipal. Eran del gremio de chicherías e iban a

²⁸ Una gran sequía castigó el occidente boliviano en 1879, afectando la producción, encareciendo costos de alimentos y causando enfermedades en la población al interior de un país políticamente inestable y cuya falta de institucionalidad no hizo posible la puesta de marcha de políticas efectivas contra la crisis. Esta sequía, que debilitó a la sociedad boliviana fue otro de los antecedentes de la Guerra del Pacífico, y explica, entre otros factores, el fracaso de la campaña boliviana en la guerra.

implorar por la vida de millares de cerdos (...). Humanizado el Consejo, ha concedido 60 días para el destierro de los cerdos, medida que fue recibida con vivas muestras de alegría. (Rodríguez y Solares 57)

Los anteriores ejemplos son importantes porque muestran una conexión entre afirmación política, identidad cultural y económica que hacen de la chola una identidad relacional, en permanente relación con los espacios de actividad comercial que determinan su presencia como sujeto social. Ya lo sugiere Paredes Candia cuando afirma que los espacios de acción de la chola son el mercado en las ciudades (ferias dominicales en las aldeas), el tenducho y la chichería (183), espacios que determinarían luego los tipos y clasificaciones que hace el autor y que mencionamos con anterioridad: chichera, khatera, vivandera. Gina Hames (2003) va más allá al sugerir que una mujer indígena, venida del campo, al transformarse en chichera modificaba su estatus, ascendiendo a la calidad de “chola. Así, el espacio de actividad comercial, de la que la chichería fue históricamente uno de los más importantes, sería determinante en la construcción de la identidad económica y cultural de la chola, a la que luego se asocian prácticas políticas que hicieron de ella una de las identidades más influyentes del siglo XX en Bolivia.

2. La dimensión económica de la escritura: *La Miskki-Simi* y la atracción criolla por la mercancía.

En la región andina, la etapa que va desde finales de la guerra del Pacífico en 1879 hasta la primera mitad del siglo XX, se caracterizó por la polémica en la pluma de los letrados sobre el papel y la importancia de mestizos e indios en la construcción de la “cultura nacional”. Dos tendencias monopolizaron el debate: la escuela de la degeneración social, que argumentaba sobre la mezcla étnica y racial como factor negativo al momento de indagar sobre la posibilidad de construir y participar en un proyecto de modernidad nacional; y la del rescate de la tradición

precolonial, que abogaba por la inclusión del indio y del mestizo en la construcción de la nación, condicionada por su paso por los mecanismos institucionales dispuestos a tal propósito, y en los que la escuela formaba parte fundamental como instancia de regeneración social. Los partidarios de esta segunda tendencia hicieron apología de la identidad cultural indígena, del indio precolonial y no contaminado por los males de la colonia, al momento de plantear el ideal de una nación manejada por una élite criolla ilustrada. Esta mirada culturalista y ahistórica de la identidad, que se manifestó en Bolivia en la obra documental arqueológica de Arturo Posnansky, el indigenismo literario, la semana indigenista de 1935 y la obra pictórica de Cecilio Guzmán de Rojas, entre otros, tendía al esencialismo identitario separado de las condiciones materiales de existencia de los sujetos de los que se propuso hablar.

Esta mirada, que caía en una visión incompleta y parcial de la identidad como afirmación de procesos culturales definitivos e inamovibles, tendía a ignorar otros aspectos, igual o más relevantes, al momento de definir identidades sociales como procesos fluidos y en constante negociación. Tal es el caso de la caracterización de la chola en la narrativa y el ensayo social de la época, que cuando no presentaba una imagen negativa de la chola, hacía una defensa de ciertas características que parecían inscritas al interior de un código genético inapelable, representándola principalmente como madre abnegada, compañera sufrida del cholo sinvergüenza, mujer orgullosa, rebelde y alegre, excepcionalmente apta para la bebida, la comida y la fiesta, presencia altamente sensual y erotizada y, por tanto limitada para las funciones que tenían que ver con la racionalidad y la vida pública. Así, cuando Uriel García, por ejemplo, se refiere a la chola como la “vitalidad orgánica del mestizo” en la que reside “el alma del pueblo” (182), la caracterización es de un acercamiento fuertemente esencialista que reconoce en la chola una especie de sustancia que fusiona de una vez y para siempre las construcciones originales del indio y del criollo. Esta

mirada, que ha sido la dominante al momento de analizar la importancia de la chola en la construcción nacional no profundiza el análisis sobre las condiciones objetivas, los espacios condicionantes de la formación de la chola como identidad cultural, política y económica.

Como afirma Hames mencionada en el anterior subtítulo, el espacio de actividad de la chola es determinante de su identidad cultural. De igual forma, en “Más allá de lo mestizo, más allá de lo aymara” (2006), Rossana Barragán discute las tensiones y contradicciones que se esconden al interior de los procesos de afirmación y representación identitaria en el espacio andino boliviano. Barragán elabora la comprensión de las identidades mestiza y aymara desde “concepciones de identidad y cultura que se reconocen como conjuntos que no son homogéneos dentro del mismo individuo” (107). La autora desarrolla un trabajo de campo en el que observa los procesos de “autorrepresentación” que suceden desde la escena comercial de las y los vendedores callejeros y al interior de mercados públicos en la urbe paceña. Con una población de más de 40.000 personas que se dedican a esta actividad, dentro de la cual el 80% de sus integrantes son mujeres, los resultados que arroja el estudio de Barragán son llamativos: 1) Plantea que el tema de la identificación y sus procesos de representación social son el resultado de un proceso continuo de invención, que implica negociaciones y contradicciones que niegan la presunción de “totalidades” identitarias holísticas. 2) Rompe con una larga tradición de estudios sociales y literarios que han trabajado lo indio y lo mestizo como mutuamente excluyentes, o como espacios estancos cerrados y sin fugas en el que la idea de lo “mestizo” es el terreno exclusivo de la “mezcla”, y lo indio como presencia invariable que se ha mantenido en el tiempo. 3) Propone, y esta tesis es la más importante, el espacio comercial de la calle, con sus mercados, como verdaderas infraestructuras espaciales produciendo novedosos sentidos de sociabilidad a partir de los cuales la “identidad” se afirma como un proceso relacional en constante negociación. Es decir, la

identidad como producto de determinaciones espaciales que en el caso del cholo/mestizo está altamente integrado a su actividad económica.

Existe así una conexión original entre identidad e infraestructura que posibilita una nueva comprensión del cholaje como fenómeno cultural en los Andes. Como afirma Daniel Nemser, infraestructura es toda intervención material en el espacio que posibilita la circulación de cosas, personas y saberes, y al hacerlo afectan la manera en que las relaciones sociales son producidas. Nemser escribe un innovador trabajo en torno a la idea de raza y la forma en que durante el gobierno colonial español en México, las categorías raciales definiendo y delimitando el campo social y las formas de interacción jerarquizada entre “indios”, “blancos” y “mestizos” fueron desarrolladas desde ciertas edificaciones congregativas como las ciudades coloniales o instituciones educativas. Nemser desarrolla la potencia constitutiva de estas “infraestructuras” urbanas como el “sistemas de relaciones” que se articula desde su intervención efectiva en el espacio social y el tipo de subjetividades sociales que esto provoca; en este caso, la comprensión racial del mundo colonial mexicano.

Para el caso andino, la chichería se presenta como la condición objetiva de lo social, y como infraestructura posibilitadora de procesos culturales e identitarios afirmados desde su función económica. Un ejemplo de esto es la descripción de la chichería que hace Paredes Candia. La relación de la habitación de la chola, que acaparaba la vida pública y privada combinando en uno solo el espacio comercial con el de la habitación familiar es por demás sugerente:

El espacio de habitación de la chola ha sido tradicionalmente el de la “tienda” o la “chichería”. La tienda, recinto comercial y a la vez lugar de vivienda de la chola, podía ser de dos tipos: “tienda redonda”, con una única puerta que da a la calle, cuyo costo reducido de alquiler y la independencia que permitía era del agrado de

la chola y su actividad comercial, caracterizada por un total control de las actividades comerciales en que participaba. Según cuenta, Antonio Paredes Candia, la tienda redonda se organizaba así: “en la parte delantera un armazón lleno de botellería y algunas cajas y frascos, que dividía y disimulaba el otro espacio de la habitación donde estaba tendida la cama; si la familia era numerosa, en un rincón se amontonaban los colchones arrollados, para tender las camas en la noche. A la cabecera de su cuja, colgaba la efigie del santo de su devoción, muchas veces pintado al óleo y de buena factura artística. Muy cerca de la puerta, el lugar destinado a la cocina, con ollas, braceros y platos. En un ángulo, la mesa y algunas sillas, y el sofá infaltable, que era el dato del buen gusto de la dueña. Su ropa guardada en baúles y muy cuidadosamente doblada y envuelta en lienzos blancos.

(238)

Esta descripción del espacio íntimo de habitación de la chola es llamativa por varias razones: por un lado, la más evidente, muestra la precariedad material asociada a la condición de clase subalterna del cholo en la historia boliviana, que tiene que adaptar y economizar el espacio de su vivienda para adecuarlo al de su sobrevivencia económica, muestra también de la imposibilidad de las personas de contar con medios efectivos de protección social venidos del estado. Pero por otro, muestra una dimensión formativa más profunda: la chola, como dice el autor, “habita” en la chichería o en la tienda; es decir, la identidad social reside en el espacio económico, determinada por la forma en que la organización del espacio íntimo de la chichería resulta de la necesidad de control y administración de su actividad comercial. La chola, como identidad, es producto de un espacio económico informalizado fuera de la asociación con el estado y dejado a la voluntad creativa de la iniciativa personal y privada. De esta forma, la relación chola-chichería marca el

nacimiento de un sujeto económico individualizado, al margen del estado, en una economía informal y privada.

Este aspecto es rescatado por la narrativa de la época, pero, como se verá a continuación en la escritura de Adolfo Costa du Rels y Carlos Medinaceli, la literatura funcionaliza discursivamente el espacio de la chichería para producir una racionalidad liberal como proyecto nacional basado en el enamoramiento de la mercancía y la formación de un liberalismo económico mestizo, a partir de la unión interétnica que propicia la estética decadentista.

La *Miskki-Simi* (1921) se ambienta en el distrito minero de Uyuni, que durante el auge de la exportación de estaño fue centro de un gran flujo comercial y humano debido a su cercanía con los principales centros mineros de la región. La narración, en tercera persona y en la voz de un narrador omnisciente, amigo del protagonista, cuenta la historia de Joaquín Ávila, un joven descendiente de un antiguo linaje venido a menos, que tiene planes de matrimonio en Cochabamba con una muchacha de buena familia, y que ha llegado a Uyuni precisamente buscando el capital necesario para casarse. En Uyuni, Joaquín conoce a Claudina, una chola muy atractiva, apodada como la “Miskki-Simi”, que significa “boca dulce”, de quien queda prendido, sin poder renunciar a ella y, por tanto, abandonando los antiguos afectos y planes que lo llevaron al lugar. Al final de la narración, Joaquín queda sólo, empobrecido, enfermo y abandonado por la Miskki-Simi, a quien, a pesar de sus propias circunstancias personales, rinde aún una fidelidad absoluta.

La realidad social de Uyuni, tal como lo describe la narración, es un compuesto variopinto de individuos reunidos alrededor de la aventura del mineral: “señoritos de casa grande, venidos a menos, mestizos de piel verduzca, brotes del terruño, cateadores, contrabandistas, gringos aventureros sin Dios ni ley, dispuestos a jugarse el todo por el todo, formando un confuso rebaño sin pastor” (206). Joaquín Ávila forma parte de ese numeroso grupo de personas que buscan el

sueño del dinero y la riqueza, y que en su diferencia y heterogeneidad representan una parte de la compleja composición social boliviana, que sigue siendo una estructura desagregada sin vínculo material o espiritual que los conecte, “confuso rebaño sin pastor”, como afirma la narración. Joaquín representa al sector criollo venido a menos, a una estirpe decadente y parasitaria, imposibilitada de llevar a cabo por sí misma la reorganización de la sociedad y el empuje modernizador que requiere. Es una élite insolvente para llevar adelante los desafíos nacionales que demandan los nuevos tiempos. Joaquín pertenece a ese núcleo aristocrático en plena decadencia que la narración describe de la siguiente manera: “Un andrajo humano. Profundas arrugas surcaban su piel. Las mejillas hundidas y la boca desdentada me sonreían con tristeza. Un gabán desteñido le cubría las espaldas. Su camisa estaba hecha jirones. Tenía el ademán incierto y la actitud esquiva de quien teme un desaire” (220). Esta descripción es llamativa pues, referida a la penosa situación personal en la que ha quedado el protagonista por su enamoramiento de Claudina, no solo connota un estado de ruina sentimental sino también material, que tiene que ver con la insolvencia de Joaquín para costear sus necesidades más básicas. El protagonista criollo masculino, por primera vez en la literatura boliviana, funciona como signo material de la crisis, no una crisis emocional, sino de una crisis económica, que es la que se vive en los años veinte²⁹, cuando se publica la narración, pero de largo aliento a lo largo de la historia boliviana. A diferencia de Armando Bermúdez o Fernando Méndez, personajes de las novelas de Guerra y Carvajal analizadas en los anteriores capítulos, la situación de crisis material de Ávila contrasta con la crisis simplemente nerviosa o de adecuación al contexto social inmediato, y es muestra de un decaimiento económico ocurriendo en el paisaje social de los años 20.

²⁹ El periodo de bonanza económica con que la república había ingresado al siglo XX comandada por la política liberal en el gobierno, entra en crisis durante los años 20, crisis propiciada por el monopolio de los barones del estaño, que se hacían de casi toda la riqueza minera, que era llevada a los bancos internacionales, y por una situación regional y mundial que desembocaría en la crisis de la bolsa del 29.

Autores como Carlos Mariátegui y Tristán Marof analizaron en los años 20s el conflicto de las sociedades andinas no como un problema étnico ni moral asociado al indio o al mestizo, sino como una problemática económica, dependiente del “carácter colonial de la economía” (Tello 122), cuyas bases históricas se situaban en el régimen de propiedad de la tierra, que dio lugar al gamonalismo rentista y el carácter acumulativo e improductivo de la propiedad agraria, y a la subordinación del interés nacional a los intereses extranjeros asociados con la minería de parte de las clases dirigente criollas fundamentalmente.

Numerosos son los ensayos escritos que, subordinando el problema étnico y moral al económico, criticaban cómo el parasitismo de las clases dirigentes había desencadenado en una penosa situación financiera del Estado boliviano, imposibilitando así su inscripción en el panorama de naciones en marcha hacia el progreso. Carlos Romero, que en 1919 escribió uno de los ensayos sociales más influyentes de su tiempo: *Las taras de la democracia*, denunciaba que la situación de atraso en el país se debía al poco o inexistente empuje personal y colectivo al trabajo, la empresa, la industria y otras actividades que no tengan que ver con vivir de la política y de las rentas del Estado. Denunciaba así la malformación de una sociedad desarrollada sobre este principio por el cual el sacrificio y trabajo personal fueron vistos históricamente como poco honorables. Refiriéndose a esa antigua tradición por la que las familias más favorecidas buscaban reproducir sus privilegios por la ruta caudillista de las armas y la política, el autor afirma:

Estos ensueños son el alimento común de la juventud; y, lo que es más aún, ellos acariciaron y alegran la imaginación amorosa de los padres de familia, que creen haber llenado su misión con poner a sus hijos en perspectiva de una carrera [militar], no creyendo que sea tal la del comercio, la de la industria, ni la de las artes, que por lo general consideran deshonorantes. (154)

El espacio de la mina, donde se desarrolla la trama en el cuento de Costa du Rels, y que significó pobreza, enfermedad y muerte para el indio obligado a trabajar en ella, significó también el sueño aventurero de criollos, “señoritos” y mestizos de clase alta, deseosos de conseguir los medios de un enriquecimiento rápido y sin mucho sacrificio. Forma parte de una tradición rentista, improductiva y de anquilosamiento de las fuerzas económicas de la nación que fueron preocupación crítica de las élites ilustradas en el siglo XIX. Tal como lo afirma Albarracín Millán (1976), el gamonalismo heredado de la colonia, que alentaba la acumulación ociosa de tierras, junto a la pasividad rentista de las clases urbanas, que vivían del estado, la renta minera y el tributo indígena, fueron las razones de una estagnación económica y de la degeneración social subsiguiente que afligía al país. La crisis nacional, tal como lo afirma Romero, es una crisis productiva, la imposibilidad nacional para autogestionar forma de riqueza duraderas y que beneficien al país:

La riqueza minera se halla concentrada en las manos de una pequeña plutocracia, constituida en su mayor parte por extranjeros o por nacionales que viven fuera, de manera que, aparte de los impuestos, del salario de los jornaleros y del sueldo de algunos empleados, todas las utilidades que se arrancan de ella, salen al exterior y no incrementan el bienestar y la riqueza generales. Con el comercio acontece una cosa parecida. Casi en su totalidad se halla en poder de firmas extranjeras y sus utilidades, por consiguiente, corren la misma suerte que las anteriores. En cuanto a la agricultura, por varias causas, entre las que juega un papel preponderante el desprecio de nuestras altas clases por la vida de campo y por los trabajos agropecuarios, propios tan solo de los destripaterrones que diría Horacio, se puede

decir, sin temor de incurrir en exageración, que no sólo no se ha desarrollado sino que ha retrogradado desde los tiempos del coloniaje. (189)

Aún más, como afirma Josefa Salmón (2011), el carácter anti-nacional de estas fuerzas económicas hizo que, por ejemplo, a inicios del siglo XX las industrias de fundición del estaño se encontraran en Europa o Estados Unidos, y no así en territorio nacional. Esta marginalización fue producto de una mentalidad que defendía la pertenencia de la industria, como actividad económica y generativa de capitales y mercancías con valor de agregado, al circuito de países civilizados únicamente, asumiendo que Bolivia no era apta para tal propósito (Tello 123). En ese escenario, voces más radicalizadas aparecen en esta etapa reclamando por la defensa del interés económico nacional, la urgencia de una reivindicación social y material del estado de la nación que se resumió en la afirmación de 1926 de Marof en *La Justicia Inca*: “tierras al indio y minas al estado” (32).

Todo este panorama, que es el del desarrollo social y económico de la región desde los años de la colonia, es visto alegóricamente en la narración de Costa du Rels desde el retrato al pueblo de Uyuni como ambiente estéril, casi desprovisto de vida, que refleja la infertilidad del camino simplemente extraccionista que termina sumergiendo a la sociedad en un camino sin retorno: “Sitio sin alma, gente sin ángel, tierra sin agua, sol sin calor, Uyuni fue siempre el pueblo más desventurado de Bolivia [...] Cárcel sin murallas, transformaba paulatinamente a sus habitantes en cautivos” (205). Así, en esa dos cortas pero muy significativas imágenes que la narración presenta del protagonista criollo y del centro minero donde se desarrolla la acción, se produce una crítica al sujeto y la mentalidad económica del siglo XIX y principios del XX, que ni el cambio de época ni la llegada del liberalismo político pudieron transformar.

Desde la dimensión económica de la escritura, que quiero ahora analizar, la solución que planteará la narración será una solución en los márgenes oficiales y culturales del Estado. La

narración propondrá otra modalidad productiva, construida sobre una ética laboral individual, de iniciativa privada y autogestionaria, y conectada a la tierra, de la que la chola es su mejor exponente, el sujeto económico nacional por excelencia.

Así, la narración presenta a la chola como alguien que no depende del favor del estado ni de particulares al momento de solventarse a sí misma, una suerte de autonomía económica que se observa claramente al momento en que el narrador se encuentra con Claudina. Ante la eventualidad de que Joaquín ha sido cesado de su cargo público trabajando en la Aduana, Claudina conversa con el narrador a quien le manifiesta con su clásico orgullo:

Yo me basto sola, con mi negocio, para vestir y alimentar a los chicos.

-¿Qué negocio es ese? -pregunté, mientras veía mecerse sus arcillos, las famosas perlas que me parecieron más albas, en contraste con su tez morena.

-Vendo licor, cigarrillos, vendo también empanadas. Como ustedes ya no vienen a visitarme, ignoran el sabor que tienen. ¡Así como su éxito! No doy abasto al pedido.

(215)

La narración presenta el desarrollo de un fenómeno que ha sido tradicionalmente pasado por alto, o no lo suficientemente ampliado más allá de las dinámicas étnicas y de género que la narración claramente presenta: el desarrollo de una nueva forma de subjetividad, que moviliza las capacidades de los individuos para crear por sí mismo procesos locales de acumulación de capital. Como afirma la propia Claudina, es su propio emprendimiento el que ha dado lugar a que ella pueda salir adelante sin la necesidad de Ávila, que representa la improductiva presencia de un modelo social basado en el parasitismo gamonal criollo y la explotación minera, y que, además, resulta “un éxito”. Claudina representa una nueva moral individual, un modelo de autogestión productiva que tiene en la “tienda” o en la “chichería” el modelo triunfante de aplicación. Estos

espacios productivos son infraestructurales para el surgimiento de una nueva mentalidad económica, el desarrollo de un sistema de corte liberal en el surgimiento de lo que Foucault denominó como el “homo oeconomicus”, y que en la variable andina que plantea el cuento se presenta en la chola como “mulier oeconomicus”. Esta es un subjetividad emprendedora, un modelo en el que, como afirma Anita Chari, se produce un reemplazo del “homo oeconomicus as a partner of exchange with homo oeconomicus as entrepreneur of himself, being for himself his own capital, being for himself his own producer, being for himself the source of [his] earnings” (64). Esto da cuenta de un modelo de modernidad económica en el que los individuos, inscritos de manera autónoma en un proceso productivo, are “encouraged to view themselves as human capital and to maximize returns on themselves” (Cooper 17).

Este modelo es visible en la relación económica chola-chichería, en la que, como bien lo describió Paredes Candia, la chola se autonomiza desde su función económica, se hace dueña y partícipe de todo el proceso productivo, desde la compra de la materia prima hasta la producción de la bebida y comida que ofrece a sus visitantes, en una dinámica en el que la misma chola, como identidad y presencia, se capitaliza a sí misma como fuente generadora de las ganancias percibidas. Así, Paredes Candia menciona el ejemplo, recogido de la tradición popular, de la “Ricuchico”, palabra quechua que significa “para mirar no más”, y que refiere a una conocida chichera que vivió en Cochabamba. La Ricuchico es el nombre que se dio a una bella cholita joven, lujosamente ataviada, muy enjoyada y arreglada, que se paraba en la puerta de la chichería para atraer a la clientela.

La Ricuchico, muy salamera, invita a los transeúntes a pasar al local, alabando el producto que tiene a la venta y dando esperanzas galantes. Cuando ya está reunida una apreciable cantidad de parroquianos, la Ricuchico les atiende muy sonrisa, les

insta a beber, luego les exige el pago, y en un momento impensado y cuando muchos ven muy cercano el cumplir sus deseos carnales, disimuladamente desaparece de la sala, dejando frustrados los planes de los parroquianos que han gastado su dinero o que no se dan cuenta de aquellas artimañas por su estado de borrachera. (254)

Nótese cómo la descripción de la Ricuchico no sólo muestra la habilidad de la chola para dar mayor resalte a su producto y por tanto generar ganancia, sino que ella misma, en la acepción de la palabra, que significa “para mirar no más”, adquiere cierto aire espectral, inmaterial, que desaparece en cualquier momento, muy similar a la naturaleza fantasmagórica de la mercancía, cuyo valor en el imaginario social depende de una ilusión, que la hace objeto de deseo como si se tratase de un encantamiento poderoso. Así, la chola es su propio capital, el empleo de su identidad como alegre, dicharachera y sus encantos físicos como mercancía que atrae la mirada y el deseo de los parroquianos que acuden a su lugar de actividad.

Y esto da pie para seguir hablando de la dimensión económica de la escritura en el cuento de Costa du Rels. La chola que, en la autogestión de su pequeña industria, de su propio emprendimiento, gestiona también el poder de su mirada, de su presencia y su capacidad para “corromper hombres”. Cuando el narrador conoce por primera vez a la Miskki-Simi, la describe de la siguiente manera:

Tez rosada, grandes ojos negros de mirada inteligente y escudriñadora, mentón voluntarioso y cuerpo flexible que, al caminar, daba las caderas cierto voluptuoso donaire. Más, lo que dominaba todo el conjunto, era la boca. Sensual, carnosa, de un rojo violento, sabía manejar con delicado acierto la sonrisa o el mohín. Boca roja, sin más colorete que una sangre ardiente, tan rica de glóbulos como de

hechizos. Ora apretujada como un fruncido carmesí, ora entreabierta como un reventón de granada, esa boca brindaba su carne cual satánica fruta, a tal punto que los propios dientes parecían devorarla, ajando con perverso deleite la seda de los labios. (211)

Este fragmento describe la apabullante presencia femenina de la chola, un conjunto de atributos físicos que hacen a su extraordinaria belleza, pero que, si se mira bien, componen también el listado de una riqueza natural abundante: desde la predominante pigmentación rojiza del cuadro, que se conecta con el carmesí y hace referencia a una costosa seda, pasando por la repetición del adjetivo “carnosa”, usada tradicionalmente para hablar de la abundancia de carne comercializable del ganado, la abundancia frutal representada por la granada, y la riqueza de “glóbulos como hechizos” que funcionan como metáfora de esa interminable asociación de partículas y piedras que hicieron la riqueza minera y que hechizó a tantos aventureros. La narración presenta a la chola como un receptáculo de bienes, aquello que Ericka Beckman denomina como un “embellished list” (XXIV), un inventario de atribuciones personales generando un lenguaje dispuesto para el enamoramiento simbólico de las mercancías.

Y en este mismo sentido va el nombre otorgado a la Claudina: La Miskki-Simi, la de la boca dulce, una denominación que parece separar la boca como atributo autónomo respecto del cuerpo, como una presencia en sí misma, un atributo fetichizado que en la descripción de Marx sobre la mercancía, “names the illusion through which people come to believe that commodities are autonomous agents (Chari 23), y por la que, al igual que pasa con el embrujo de la mercancía que lleva a tantos a la ruina, enfrenta a los ebrios de la chichería, en la descripción de Paredes Candia, y por el que Joaquín Ávila se arruina en el cuento de Costa du Rels. La boca de la Miskki-

Simi tiene el embrujo similar al de la mercancía en el naciente capitalismo industrial, que convoca a los hombres como si se tratase de un objeto mágico e irremediamente apetecible.

La capacidad de la chola Claudina para conmover con estos atributos a los hombres (no solo a Joaquín sino a otros que caen prendados a su belleza) equivale a un proceso de gestión de capital para generar valor. La chola es una empresaria de sí misma, y la chichería, el mercado o la picantería, son, como afirma Uriel García, su campo de acción, la infraestructura formativa de su identidad como insigne financista.

Así, una imagen alternativa o complementaria de la chola, más allá de la que la considera como madre étnica de la nación (García Pabón, *De Incas* 2007) se nos presenta. La chola es una identidad económica, de “espíritu mercantil” (Paredes Candia 52), que, contrariamente a lo que se podría imaginar, ya fue vista alguna vez desde la concepción letrada como la posibilidad de un manejo más efectivo y responsable de las finanzas nacional, a pesar de no tener ninguna formación financiera, y en la mayoría de los casos, ningún tipo de educación formal en absoluto. Esto lo muestra una llamativa anécdota que cuenta Paredes Candia, referida a la necesidad de un manejo eficiente de la economía nacional desde el estado, y que el intelectual y hombre público Héctor Ormachea Zalles sugería al presidente de la república que fuera confiada a una conocida chola comerciante de La Paz:

La ciencia económica de la Chola Paceña. Una anécdota edificante. Corría el año de gracia de 1940. El señor general don Carlos Quintanilla desempeñaba funciones presidenciales, y yo me hallaba, a la sazón, en mi segundo periodo rectoral, de los cuatro consecutivos que llegué a ejercer. Como había siempre problemas universitarios que tratar, era llamado con frecuencia a Palacio, y las audiencias terminaban siempre con un ofrecimiento para que ejerciera funciones públicas

ajenas a mi labor universitaria. Yo me negaba inexorablemente. En una ocasión me pidió que volviera al Ministerio de Hacienda, cuya cartera desempeñé en la presidencia de Tejada Sorzano. Yo rehusé, pues consideraba que la obra que realizaba en la Universidad era mucho más importante para el país. Fue entonces que me pidió que le sugiriera el nombre de alguien que yo juzgara competente para desempeñar el cargo que acababa de rechazar. Le contesté que, por inverosímil que lo encontrara, a mí me parecía que no podía haber mejor elección que la de doña Marcelina Endara, una conocida comerciante minorista del mercado de frutas. Ahí terminó la entrevista. Nos separamos amigablemente, pensando quizá el general que yo sufría de alguna alteración mental [...] Pero volviendo a cuentas, después de la anterior digresión, diremos que doña Marcela Endara, era Maestra Mayor en el mercado central de La Paz, una mujer del pueblo, y como tal analfabeta, pero sumamente inteligente, de laboriosidad infatigable y de un gran genio organizador y administrativo. Estas cualidades, que constituyen las condiciones de un gran ministro a lo Colbert, se dan pocas veces en los gobernantes, y de ahí que pensara yo que nadie mejor que ella podía desempeñar el Ministerio de Hacienda. (57,58)

El narrador hace referencia a una anécdota sucedida en los años 30s, cuando, como producto de la Guerra del Chaco, el alcalde de La Paz quiso llevar adelante una serie de medidas para controlar la venta y distribución de ciertos productos de la canasta básica y que afectaba los ingresos y ganancia de las mujeres que trabajaban en los mercados de la ciudad, cholas casi todas ellas. Doña Marcela Endara, mujer a la que hace referencia el narrador, supo neutralizar cada uno de los intentos de la alcaldía, no mediante protestas o movilizaciones populares, sino mediante medidas que hacían su propia venta y la de sus asociadas más visibles y beneficiosas para el público, lo que

la puso en directa disputa sobre estrategias de mercado con el municipio, de la que la chola, acatamiento disciplinado de las medidas de parte de las afiliadas mediante, salió victoriosa. Esta pulseta de medidas económicas a nivel de la ciudad, la hicieron objetos de asombro a los ojos del narrador criollo, pues la chola, sin ningún tipo de formación ni de educación formal, se había consolidado como una gran estrategia y temible financista.

Allí el lado de la infraestructura en los mercados, tiendas y chicherías, produciendo un tipo de economía efectiva y productiva, a diferencia de las históricamente erradas políticas gubernamentales; y la afirmación de un tipo de subjetividad informal en la economía, que, al margen del estado, sería capaz incluso de sustituir al criollo en el manejo de la modernidad económica de la nación por su habilidad para generar riqueza y acumulación de capital.

En lo que sigue, toca ver cómo la construcción discursiva de la literatura sobre la chichería como infraestructura es formativa de la chola no solo como caracterización de una clase o raza, sino del proyecto de un sistema económico liberal en ciernes.

3. La subjetividad “entrepreneur” chola. Un proyecto de economía liberal en *La Chaskañawi*

La Chaskañawi, novela de Carlos Medinaceli, cuenta la historia de Adolfo, un joven criollo estudiante de Derecho que retorna a su pueblo de origen, San Javier de Chirca, con el objetivo de tomarse unas semanas de descanso y luego regresar a sus estudios en la capital. El encuentro entre Adolfo y Claudina, una chola joven y hermosa, también llamada la Chaskañawi, es el evento desestabilizador que ocurre en el mundo criollo de Adolfo. La Chaskañawi se dedica a comercializar chicha en una de las varias chicherías del pueblo. Muy atractiva físicamente y de una personalidad fuerte e imponente, la chola termina venciendo la voluntad del joven, quien queda preso de sus encantos y decide no retornar a Sucre. El efecto que la Chaskañawi tiene en Adolfo es de tal potencia que el joven desoye el mandato familiar de casarse con una joven criolla y de

“buena familia” como él, y termina quedándose junto a Claudina, contra todo cálculo social. Al final de la novela vemos al criollo y la chola en un espacio de convivencia basado en la producción de vinos y licores, actividad industrial que ha reemplazado el lugar de la chichería como expresión de una nueva dinámica productiva. Adolfo, el joven criollo aquejado por males metafísicos encuentra su lugar en el mundo al lado de la Claudina, la “chola financista”, que es la que lleva el control de la actividad comercial de la pareja. El negocio próspero que se ha fundado desplaza los prejuicios de clase y la tensión étnica que mueven la novela hacia la fundación sensible y económica de una organización familiar que funciona, usando la metáfora economicista de la narración, como una “sociedad”. Leída tradicionalmente desde la discusión de la identidad étnica como base de la construcción de un discurso nacional, entrada crítica fundacional desarrollada por García Pabón, mi lectura sugiere la relación entre chola y chichería como fundamento de un proyecto de modernidad económica que tiene en la chola su principal agente de ejecución.

Para Medinaceli, una de las más grandes debilidades de los proyectos de cultura nacional fue la conciencia criolla, que no solamente buscaba modelos a imitar en la realidad europea, sino que al mismo tiempo carecía de la fortaleza y la personalidad de grupo para construir un proyecto cultural efectivo e innovador. El “letrado” de la época está muy bien representado en la figura de Adolfo, el joven que se rinde a los encantos de la Claudina. Adolfo es un sujeto cuyo acceso a la “cultura” y educación no es capaz de dar sentido social a su propia experiencia, que divaga al interior de una clase improductiva, y que por tanto necesita urgentemente “regenerarse”.

Hay varias interpretaciones sobre las razones profundas que empujan la unión entre chola y criollo. Ximena Soruco atribuye la inflexión discursiva que realiza la novela, al relacionar erótica y sensiblemente dos identidades tan contrapuestas en la dinámica social de la época, a los circuitos comerciales que se fueron acelerando entre campo y ciudad, que habrían posibilitado espacios de

encuentro y conocimiento más fluidos. Por su parte, Leonardo García Pabón, en una relación entre aspectos biográficos y ficcionales en la novela de Medinaceli, observa la importancia del padre del autor como figura representativa de un tiempo criollo, el de los años de la fundación de la república, un tiempo de auténticos valores criollos, de relaciones más armoniosas entre habitante y tierra, entre ciudadano y nación, hacia el que la escritura pretende simbólicamente dirigir su retorno. Así, para García Pabón: “los valores bajo las cuales se fundó la nación boliviana y los valores del espíritu eterno de los indígenas alimentan el proyecto de nación que domina gran parte de la ideología de Medinaceli. Sus textos están orientados a la formación de esa nación futura, pero están cimentados en esos orígenes ideales de su familia y del indianismo” (83). García Pabón analiza la novela como la búsqueda de valores nacionales auténticos que alguna vez existieron en la formación republicana, pero que para el momento de la escritura de *La Chaskañawi* solo pueden ser hallados en el contacto con la tierra, con la naturaleza, en la conexión entre discurso y cuerpo femenino representado por la chola, la verdadera “madre de la nación”. Y con ello habría nacido también un nuevo espacio simbólico de legitimación de la cultura chola al interior de una esfera pública negadora del mestizaje como solución social. Ahí residiría la importancia de Medinaceli para la cultura nacional, quien, como afirma Soruco:

sutura la fractura con el medio tejiendo una analogía entre la alta cultura letrada europea que admira y la cultura indígena ancestral, orgánica y pura que descubre y que le permite reconciliarse con la agreste América. Tierra espiritualizada y espíritu terrígeno son la clave de este autor y a su manera también de la modernidad boliviana de la primera mitad del siglo XX. (137)

Habría entonces en *La Chaskañawi* un proyecto alternativo de modernidad criolla fundado estéticamente en el matriarcado de la chola como alternativa revitalizadora de la fractura histórica

nacional, en la que el debilitado criollo, el protagonista representando el debilitamiento y transformación negativa de esos ideales criollos de la fundación, se une a la chola, símbolo de la vitalidad de la tierra y el contacto con la naturaleza, para regenerarse y fundar así la idea de la nación boliviana como proyecto efectivo y realizable.

Propongo una mirada alternativa a la valoración telúrica de la modernidad formativa en la escritura desde el componente infraestructural de la chichería y el análisis de la relación chola-producción como origen de la solución social que plantea Medinaceli en torno al matriarcado y la unión entre criollo y chola.

Con el foco de atención puesto en aquello que Ericka Brockman denomina como “the economic dimension of writing”, se puede ver que la aparición de la chola, su origen discursivo inmediato, tanto en la Miskki-Simi como en la novela de Medinaceli no es la tierra ni el paisaje, sino la chichería, la tienda, como espacio comercial y productivo, vaciado en verdad de cualquier contenido espiritual-telúrico.

Al comienzo de la novela, mientras Adolfo y su amigo Fernando pasean por el pueblo, el amigo se queja de la monotonía y aburrimiento con que transcurren los días en San Javier de Chirca. En el momento que caminan por la plaza del pueblo, pasa la Claudina, chola cuya hermosura sorprende a ambos amigos, y de pronto la narración refiere simplemente que ella “vivía en la quebrada de El Algarrobal, donde tenía una tienda y expendía, a sus parroquianos, chicha, vino y singani” (9). De esta forma, una de las primeras imágenes que tenemos de la Chaskañawi en la novela es la que integra su belleza directamente a su lugar de habitación y de comercio: la chola “vive” en el espacio de su actividad económica.

Esto marca una diferencia en cuanto a la descripción de las señoritas del pueblo, por ejemplo, Julia Valdez, la criolla con quien se compromete Adolfo para luego dejarla por Claudina,

y cuya primera imagen en la novela la ubica en la Plaza Campero, tornando asiento “en un banco, a la sombra del molle patriarcal” (6). El sentido de dignidad, principio y poder de la palabra “patriarca” se conecta incidentalmente con la palabra “banco”, refiriendo ambas la identidad de Julia al centro de los circuitos oficiales de producción y gobierno.

La atracción inmediata que sienten los hombres hacia la Claudina, criollos que apoyan su rango en la estirpe más que el oficio, venidos a menos muchos de ellos, inactivos y faltos de proyectos, se explica en su condición al margen: la chola, como identidad étnica es marginal a los circuitos de la sociabilidad oficial boliviana, pero también como marginalidad económica, representada por la “tienda”, que es un espacio económico en el margen de la economía formal del país, basado en la circuito pre-industrial de la minería y el impuesto indígena sobre la tierra. Así, esta identidad doblemente marginal produce en Adolfo una atracción incontrolable, alimentada por el carácter de la Claudina, que consciente de su condición al margen, enarbola un carácter indomable, retador, una libertad en la expresión de su propia belleza, que exhibe sin descaro contra cualquier comentario social, y son los argumentos que atrapan sin remedio a este criollo decadente.

Propongo entonces que más allá de la fascinación de Adolfo por la vitalidad de la tierra, alegorizada en la chola Claudina, hay un componente estético de atracción por el margen social, que es muy propio del estilo decadentista europeo, y es la estrategia narrativa con que funciona la novela de Medinaceli para producir su afectación social. Como lo afirma Salvador Romero, Adolfo Reyes es probablemente uno de los héroes decadentes más visibles de la literatura boliviana de principios de siglo. Medinaceli fue un gran lector y consumidor de libros y autores, con un conocimiento amplio y actualizado de los movimientos literarios extranjeros, y su novela utiliza un par de elementos modernistas de la considerada literatura de “fin de siècle”. Uno de ellos, la enfermedad decadente, que recluye a quien la sufre, hombres criollos de antiguo abolengo

hispánico, dentro de una inacción y ausencia de fuerza vital como atributos existenciales. Adolfo Reyes es descrito de la siguiente manera:

En todo él, así en la expresión de su faz, como en el desgano de sus gestos y ademanes, se delataba algo de fatiga o laxitud, como en esas tardes de otoño cuando la luz perlina del ocaso va desangrándose en una sedeña agonía de oro pálido y se levanta, por entre el bosque amarillento, una luna clorótica, desvaída. (13)

Este personaje decadente dirige su mirada hacia la chola, alternativa no socialmente aceptada a su matrimonio acordado con Julia, la señorita “bien” con quien debe casarse, como forma de salvación y regeneración. Pero más allá de una proyección discursiva de la situación de encuentros posibilitados por una dinámica histórica de acercamiento entre grupos criollos y mestizos, como propone Soruco, la unión entre Adolfo y Claudina obedece también a una estrategia estética decadentista.

La novela sigue una estrategia discursiva venida de la estética de fin de siglo, por la que personajes decadentes sienten una admiración por los márgenes, lo negado, lo relegado por el discurso y la moral burguesa a la periferia de lo social. Ante el descrédito que provoca el mundo de valores burgueses contra los que estos personajes decadentes se resisten, surgió en la estética de fin de siglo, como lo muestran Ledger and Luckhurst (2000), una nueva fascinación por la denominada “new woman”, que es la mujer que corre riesgos, que no se asimila ni rinde a los encajonamientos morales de su tiempo, y que expresa de manera corporal y discursiva una nueva fuerza vital que sería lugar de resguardo deseado por los señoritos burgueses venidos a menos. La abierta libertad sexual de esta “new woman”, mezcla entre voluptuosidad sensual y carácter, rompe con la mojigata concepción de la moral familiar burguesa, y así, símbolo de una libertad entrañable celebrada por el héroe decadente, se materializa como objeto de deseo por sobre las señoritas bien

portadas de su tiempo. Esta atracción por la mujer fuerte e independiente, además de la atracción por lo marginal propio de los personajes decadentes, constituye un modelo estético de la literatura europea: “But mostly does the New Woman of fiction resemble a siren, luring the easy victim to his destruction. She has only to strike a vibrating key-note on her seductive lyre, and behold he lies grovelling at her feet. And he likes it, for never does she let him bored a single minute. Whether in the capacity of lover or husband, she continues to hold him spell-bound” (Ledger and Luckhurst 91). Esta “new woman” de la literatura de fin de siglo europea tiene muchas similitudes con el encantamiento que la chola ejerce sobre el criollo, funcionando como una promesa de libertad de su situación de encierro de clase, de ambiente, y de época³⁰.

En la escena andina local, la chola funciona como la proyección estética de esta imagen liberadora. Esto confirmaría de alguna manera el hecho problemático, observado en el libro de Mariano Baptista (1977), en el que el autor compila las cartas personales de Medinaceli, y en las que se puede observar la crítica muchas veces negativa, muy acorde a los valores de su tiempo, hacia el mestizaje que realiza el autor de la *Chaskañawi*, contrariando un poco la solución al problema nacional que parece proponer la novela en la unión entre chola y criollo. Y del mismo modo, como lo afirma el hermano del autor, la Claudina no es un personaje salido de la tierra, extensión comprobable de una identidad formada al influjo de un paisaje que Medinaceli habría buscado rescatar como símbolo de la pretendida vitalidad de la nación, sino que la verdadera Claudina nunca existió, fue fruto de una construcción estética, “que cambio de nombre y de forma muchas veces y que solo existió en la mente de Medinaceli”, como afirma Baptista (*Atrevámonos*

³⁰ Esta idea parecería confirmarse con una afirmación de Emilio Medinaceli, hermano del autor, que afirma: “La “Chaskañawi” de la novela era hija de un caballero decente, Carlos Villegas Medinaceli, nieto legítimo del general por madre. Ella se llamaba Clorinda Villegas Gallo. Era morena pálida, de buena formas, ojos verdes claros, rasgados, de ahí el apelativo, pestañas abundantes y encrespadas” (Baptista *Atrevámonos* 85). Esta afirmación vacía un poco el contenido étnico del personaje que fascina al criollo en la novela.

13): la Claudina únicamente como construcción literaria. De esta forma, habría una estrategia estética fundando el encuentro étnico entre Adolfo y Claudina, estrategia que busca dar forma a un proyecto económico liberal, para el que la unión étnica resulta tan conveniente como determinante: la chola es fundamental para regenerar al criollo como sujeto en crisis. Y este encuentro sucede en el espacio de la chichería.

En la novela de Medinaceli, la chichería uno de los espacios fundantes de la sociabilidad del pueblo. Lugar de encuentro y fiesta, la chichería es donde se discute, se piensa y se baila al mismo tiempo; es el espacio de la política para sastres, zapateros, pollereros, y toda la población artesana y proletaria que se reúne en ella para discutir los asuntos de la región y del país. Es origen de muchos de los elementos políticos del pueblo, como El tata Perez, uno de los hombres del conservadurismo político en la novela que fue criado en una “sebosa chichería”. Es fundamentalmente un espacio productivo, productor de relaciones sociales como de subjetividades étnicas e identidades políticas a partir de la economía de la fiesta y del consumo festivo.

Debido a estas características, Uriel García ha denominado a la chichería andina como “el invernadero de la cultura” (192), la caverna de la nacionalidad, fuente del optimismo histórico que tiene el autor hacia al cholaje como síntesis del valor de la nación: “¿Qué es pues la chichería serrana? El lecho de alumbramiento del alma popular, la gruta de donde surge el eoántropo de la cultura del porvenir, encrucijada que tiende sobre la ciudad y el presente la prehistoria, túnel de tránsito de la indianidad milenaria. Latido cordial de la aldea, pensamiento encubierto de la ciudad (196)”.

De esta forma, la chichería es el lugar de toda una dinámica social espacialmente situada que permite la construcción de un mestizaje creativo y productivo de la que la chola es su mayor realización.

José Uriel García desarrolló su visión del “espíritu nacional” en el Perú de los años 30 a partir de la vitalidad moral del sujeto al que el autor denomina como el “nuevo indio”. Rompiendo con las estructuras pesimistas sobre el mestizaje y la visión negativa sobre el “indio” de gran parte de la cultura letrada andina de aquel entonces, Uriel García llama “nuevo indio” al mestizo: aquel sujeto que ya no está determinado por viejas prácticas, y que abraza todas las corrientes universales que contribuyan a liberarlo de su antigua servidumbre colonial.

Para Uriel García, no es una conciencia mítica anclada en el pasado precolonial indígena (el “Incanato”) la base para pensar el ideal nacional. *El nuevo indio* propone fundamentalmente un nuevo “locus” para pensar la nación en formación: la aldea mestiza. Estas aldeas mestizas, que son “las células de la cultura del porvenir, matrices de la nacionalidad” (162), son todavía un espacio en formación. Al referirse a estos espacios como “células” en proceso formativo, el autor nos refiere la idea de un proceso histórico en marcha pero que necesita superar sus atrasos históricos y los elementos que retienen este avance nacional. Uriel García desarrolla su tesis que tiene que ver con un trabajo creativo necesario para liberar las energías fecundas que existen todavía encerradas en la sierra andina, y que deben dar lugar al “alumbramiento de almas bellas” (165) como destino nacional. Este alumbramiento se da en la presencia de la “chola”, que tiene su espacio de actuación en el espacio comercial de la chichería.

La chichería, en el mundo andino, forma parte de una tradición económica y cultural muy fuerte. Lugar donde se comercializan bebidas alcohólicas populares, fundamentalmente la “chicha”, junto a comidas tradicionales de la región (los denominados “picantes”), la chichería es el espacio de emergencia de la “chola” como sujeto cultural y económico. La “chola” andina es la energía potencial en este proceso creativo que defiende Uriel García; esa chola andina que habita la chichería y que, en palabras del autor, es la “caverna de la nacionalidad”. Lugar donde

revoluciones, levantamientos y decisiones políticas son tomadas, la visión de Uriel García sobre la chichería no está libre de connotaciones negativas. La chichería es el lugar de las bajas pasiones, del deseo malévolos y de la intención perversa que pasan al interior de sus paredes, al son de las guitarras del festejo acompañadas de los tradicionales picantes. Pero precisamente por todo eso, la chichería es uno de los espacios que mejor explican la situación “real” de la nación que el autor busca explicar. Como su concepción del “nuevo indio”, una posibilidad en latencia pero que todavía no alcanza su maduración ideal, la chichería es la “caverna”, una suerte de espacio prehistórico que explica la rusticidad y tosquedad de esa cultura nacional que debe ser modelada, educada y construida. Así, podemos decir que, en el pensamiento del autor, el producto de esta “caverna” no puede ser un producto socialmente acabado, un ideal social, sino sólo su latencia y posibilidad. La chola, cuyo espacio de desenvolvimiento es el de la chichería, es vista en términos positivos como la “nueva energía” que representa y podrá dar a luz a un mundo social novedoso.

Este nacimiento tendrá una doble función, posibilitada por la solución estética decadentista de unión interétnica posibilitada por la chichería: la de rescatar a la sociedad del momento de “crisis” económica, representada por el improductivo señorito criollo, que, como afirma la Claudina en la novela, no sabe ni trabajar. Y esto, en *La Chaskañawi*, sucede cuando Adolfo abraza su nuevo futuro al final de la novela, que es vivir amparado en las “polleras de la chola”. Así, la chola es este efecto regenerador y curativo de una identidad decadente que necesita, básicamente, volver a nacer, como le pasa a Adolfo, quien encuentra paz al final de la narración a partir de la vida del campo, las labores de agricultura y dejando la administración del negocio a la chola como el sujeto productivo de la esfera social.

Por otro lado, la novela promoverá un espacio simbólico de gestión de capital, a partir de instruir en el criollo practica de autogestión que lo hagan un sujeto productivo. Así, una vez estabilizada la relación entre Claudina y Adolfo, la narración cuenta:

Adolfo desmontó en el patizuelo. Dió su caballo a un peón. Se aproximó a la mesa de amasar pan:

- ¿No quieres que te ayude?

- ¿Vos?... Los doctores no sirven para trabajar. ¡Sólo saben comer lo que nosotras trabajamos! ¡A ver, apuña esa masa, si puedes! (153)

De esta forma, la regeneración del espíritu decadente criollo en la novela no se da tanto en el contacto con la tierra, sino, en un nivel más prosaico, en aprender a trabajar. Como afirma Christine Cooper (2015), uno de los elementos de la formación liberal capitalista es el desarrollo de una subjetividad de autogestión de la energía vital, y en la que “management control systems play an important role in controlling and providing individualised ranking of ‘entrepreneurs of the self’” (2). La chichería, el espacio informal de actividad personal de la chola, es infraestructural para generar una ética de trabajo a partir de la unión étnica entre criollo y Claudina, que en la novela adquiere, no casualmente, el significado de “sociedad”.

Y es necesario ahora elaborar un poco más ese tema. Toda la primera parte de la novela gira alrededor de los encuentros y rompimientos entre Adolfo y Claudina, cuya relación ha pasado por las situaciones más tormentosas, hasta el momento en que ambos personajes terminan juntos y construyendo una vida en común. Al final de la narración, Fernando, un viejo amigo de Adolfo, lo visita en su paso por el pueblo y lo encuentra instalado en su finca familiar, y allí, aprovechando la ausencia de la Claudina, Adolfo le pone al tanto de las muchas maneras en que ha cambiado su vida y la vida del pueblo en los 12 años transcurridos. La chichería de la Chaskañawi se ha

convertido en un próspero negocio de “vinos y licores”, y la desbordante energía social de la chola ha sido canalizada dentro de la etiqueta final con la que la novela recompone la imagen de la Chaskañawi: una “financista eximia” (180). Hay aquí entonces varios elementos para analizar. Primero, la novela abandona el papel social preponderante de la “chicha”, bebida popular por excelencia, favorita de las clases “bajas”, y la ha reemplazado por su manifestación más abarcadora, vinos y singanis, bebidas mucho más aceptadas por los sectores criollos dominantes. Segundo, la actividad de la chola ha abandonado la escena pública directa y se ha reducido al ámbito comercial de la iniciativa privada: la pareja maneja una finca que produce bebidas para su distribución, ya no como espacio abierto para el consumo directo que integraba a la sociedad en el espacio festivo de la chichería. Es decir, la chichería, que era tradicionalmente el lugar al que se llega sin necesidad de aviso previo y sólo con el afán de construir en lo festivo lazos de sociabilidad, deviene “casa de familia”, espacio privado burgués al que se accede sólo por invitación. Tercero, todo el erotismo y la energía vital con que la Claudina se nos presenta en sus lances amorosos con Adolfo durante la novela es reemplazada por una etiqueta economicista mucho más contenida: “financista eximia”. Considero que esta denominación reemplaza el carácter explosivo de esta mujer indomable por el de una personalidad en la que no son ya la tierra y lo natural sino su inteligencia calculadora y racional los vehículos de su propio desarrollo. Es decir, si bien la Chaskañawi sigue siendo quien pone las reglas al interior de su matrimonio y su negocio familiar, los requerimientos de la empresa, y por ende la disciplina comercial que requieren los emprendimientos más grandes y que ya no permiten la explosividad de la fiesta en la chichería, componen la nueva imagen de la chola, otrora potencia erótica y energía vital. Pero no es que esta energía se ha extinguido, sino que ha sido recluida al interior del negocio privado familiar (ha ido de la esfera pública a la privada) y ha sido canalizada hacia el tránsito que propone

la narración de la chola cultural hacia la chola “emprendedora”, en diálogo con la noción de “homo oeconomicus” que señalan las lecturas de Foucault, y una práctica que deja el acento en el “ser” del individuo para concentrarlo en su “hacer” como emprendimiento económico.

El “homo oeconomicus”, según Dilts (2011), es un cambio epistémico que se opera desde la lógica neoliberal y que tiene que ver en principio con una reformulación de la idea de “trabajo”, antes asociada a la mecánica productivista del capital y por tanto objetivada como un asunto “ajeno” a la voluntad misma del trabajador, y que ahora se presenta como un tema de decisión individual libre. La liberalización de la idea de trabajo como asunto de la voluntad no condicionada tiene que ver con el más contemporáneo viraje ideológico por el que el sujeto, en el desarrollo de su vida económica y social, deja de ser el “partner of exchange” de la economía clásica (aquel que interviene como sujeto autónomo y separado en el proceso de intercambio) para convertirse en el “entrepreneur of himself”, por el que el sujeto empieza a comprender y manejar todos los elementos de su vida diaria en términos de una racionalidad económica que se mide de acuerdo a variables productivas de costo-beneficio. Una de las más grandes consecuencias de esta nueva lógica, y el objeto de la crítica liberal que Anita Chari (2015) realiza desde el “homo oeconomicus” de Foucault, es que las esferas de actividad pública y privada se confunden, y por ejemplo, las subjetividades políticas se vuelven el correlato de la forma en que los sujetos se piensan y desenvuelven económicamente. De allí que la intervención autónoma de los sujetos, fuera del alcance del estado, y la construcción de una subjetividad política y social desde los valores de una actividad económica privada y autogestionaria, son elementos que salvando distancias históricas permiten pensar en su aplicabilidad a la sociedad boliviano-andina de la época de Medinaceli.

Cuando la novela reemplaza “chichería” por “finca” y “chicha” por “vinos y licores”, se apropia del espacio social, cultural y económico de la chola, y lo recompone para ser funcional a

un deseo de país de racionalidades económicas que es el que se perfila como solución social. Se recluye la espontaneidad social de la chichería al interior del cálculo individual del negocio familiar privado. La finca y la industria, al final de la narración, son elementos integrados a la vida íntima de la pareja, no son actividades separadas de su nueva identidad como familia, sino más bien las bases sobre las que se funda su convivencia en el hogar, la distribución de funciones y sus vínculos emocionales. Así, al reemplazar el espacio de la chichería por el de la empresa, la novela no sólo desplaza a sus personajes a un nuevo escenario de relaciones, inaugura una nueva ética en ellos, que tiene que ver con la actividad comercial “disciplinando” sus vidas y organizado su intimidad.

Y esta idea se afirma también cuando llevamos el análisis hacia la figura de Adolfo. Adolfo es un personaje que a lo largo de la narración señala el “tormento de la duda metafísica” (176) como la base de su personalidad y su imposibilidad para la acción y la construcción de un proyecto personal que lo convierta en un sujeto más productivo, cualidad que admira de Claudina. Este “mal metafísico” se refiere a los años desperdiciados en sus afanes de convertirse en un letrado más en la sociedad boliviana, y que, adquirido sobre todo en los recintos contemplativos de la universidad, lo han hecho un “consumidor” pasivo de las doctrinas e influencias filosóficas de occidente. Baudelaire, Flaubert, Schopenhauer y Nietzsche aparecen como los autores que afirma Adolfo lo han llevado a una ciega admiración por la cultura europea y que han dejado tan poco espacio para la real y efectiva acción. Adolfo encuentra solución a sus males metafísicos y a su pasividad contemplativa en el momento en que abraza la figura de la Chaskañawi como centro de su vida personal (se “refugia en sus polleras”), y decide, contra todo cálculo social, vivir con ella, establecer su empresa y formar una familia, de la que al final de la narración nacen dos hijos. Así, “encholarse” implica algo más que una simple rendición cultural en la idea de proyectar una

sensibilidad mestiza como base espiritual de la nación. “Encholarse” implica fundar la familia burguesa a partir de una ética “entrepreneur” que moldea la convivencia del criollo y la chola desde la agencia individual como responsabilidad personal.

Si a lo largo de la narración leemos las constantes quejas de Adolfo sobre su incapacidad de actuar y su consumo pasivo intelectual, la Claudina le significa una decisión asumida de querer volver aquel consumo vacío en algo generador y productivo. En la materialidad de la escena productiva, que comienza en la chichería, Adolfo deja de ser un personaje falto de agencia y que “cae” en los encantos de la chola, como gran parte de la crítica ha leído el proceso de encholamiento. En Adolfo va operando un proceso de transformaciones en las que el joven “decide” apostar por este nuevo futuro, y creo que eso se puede ver en el cambio de terminología que Adolfo utiliza para referirse a la Claudina: la “socia”. En el momento en que Adolfo y Fernando se encuentran conversando, Adolfo le ofrece a su amigo invitarle un “singani” preparado en la empresa familiar, invitación a beber que se funda en el hecho de que Claudina, “la socia” (178), no se encuentra en la casa y por tanto no lo reprenderá. Pero la pregunta es: en el modelo productivo familiar que la pareja ha construido, en el que la que maneja los negocios es la Claudina, que es también quien le dice a Adolfo sus responsabilidades y le marca el ritmo de acción, ¿cómo opera esta “sociedad” en la que Adolfo no parece tener nada que dar a cambio? Y creo que la respuesta viene de la mano de este tránsito de “partners of exchange” hacia “entrepreneur of himself” que la lectura de Foucault posibilita. La sociedad no se entiende aquí como el aporte en igualdad de valor para ampliar un negocio o capital (“partners of exchange”), sino tiene que ver con un asunto de formación y desarrollo individual. Adolfo ha optado por quedarse con la Claudina porque sabe que ella es su única posibilidad de convertir su inacción de clase y cultura en un movimiento generativo, y a pesar de que la Claudina no es la persona que

pueda entender y con quien pueda discutir sobre libros y autores, es la única que puede convertir ese su vacío consumo cultural en efectiva producción social. Y así, producto de esa unión surgen no sólo la pujante industria de “vinos y licores”; no sólo el hecho de que Adolfo haya encontrado una actividad en la que encausar su energía, sino, sobre todo, surge la familia establecida con dos hijos como su producto inmediato. La familia es el producto mediato de esa sociedad. Adolfo capitaliza la diferencia étnica y la fuerza de género que destella su mujer, su habilidad en las finanzas, y las integra a su visión de mundo, aquella que le enseñó que no es la ciudad el centro regenerador de lo social, y así funda familia junto a la chola.

De esa manera, hay un proyecto económico en ciernes como aspecto articulando las nuevas configuraciones sociales, la “sociedad” (comercial, familiar) es la metáfora productivista fundando los nuevos lazos sociales desde esta familia intercultural burguesa, que es al final el proyecto perseguido por la narración desde la chichería como lugar formativo de nuevas subjetividades sociales.

Vale la pena también señalar al cierre, que la elección de la chola como el sujeto regenerador de este criollismo decadente para formar la conciencia industriosa mestiza podría tener un componente de valoración étnica vinculado con las elecciones realizadas por los autores en los anteriores capítulos. Es la chola y no el cholo la base sobre la que se estructura este modelo de sociedad, y eso dice mucho de la mirada criolla de la época, en la que el cholo, por su lugar en el espacio público ganando puestos de gobierno y “educándose”, representaba una amenaza más visible para la conciencia criolla; a diferencia de la chola, cuya creatividad productivista está, de todas maneras, reservadas al espacio privado, representado siempre por ese vínculo espacial entre lugar de residencia y negocio. Esto podría sugerir algo sobre el proyecto criollo de nación productiva e industriosa, que reproduciría el espacio público como espacio de actuación criolla. Si

esto es así, confirmaría, la aseveración de Luis H. Antezana cuando se refiere a *La Chaskañawi* como una obra “conservadora”.

CONCLUSIONES. Una comprensión alternativa de la modernidad boliviana

La expansión de la ciudad a principios del siglo XX significó la toma del campo por la ciudad, la llegada de capitales y tecnologías dirigidas a tecnificar la vida cotidiana, y la modernización de la vida urbana, que se adaptaba no poco conflictivamente a estos cambios. Como afirma José Luis Romero en su historia sobre la formación de la ciudad Latinoamericana (2001), en el contexto postcolonial de América Latina, este proceso expansivo significó también la emergencia de la “masa”, ese informe y novedoso colectivo humano que empezó a ocupar física y simbólicamente los espacios de la ciudad, antes exclusivos y asociados con los privilegios de ciudadanía y de clase. En ese contexto, sirve la demarcación que hace Jorge Coronado sobre modernización y modernidad como procesos históricos complementarios. Para el autor, modernización es un término que refiere:

a wide array of material and conceptual changes in Latin America, especially as they began to take place after the Independence period of the 1820s. These transformations include the process of societal democratization and the subsequent emergence of new subjects into the nation, the region, the city, the neighborhood, and other conceptual units of communal and individual identity. These transformations triggered subaltern subjects to lay claims on the societies that had previously marginalized them and, in most cases, persisted in so doing. This pressure from below is crucial to understanding the contours that modern societies assume in Latin America in general and the Andes more specifically. (2)

De esta forma, siendo la modernización la evidencia material de un proceso de cambios históricos en marcha, la modernidad se referiría, según Coronado, a las identidades y culturas que emergieron como resultado de ese tipo de encuentros, así como a los proyectos discursivos surgidos de plumas

y autores que buscaron dar forma al presente y futuro como respuesta a las fuerzas y agentes del proceso modernizador (3). De este acercamiento, y ya con el foco en los Andes que propone el autor, se entiende la modernidad como el conjunto de procesos locales componiendo la gramática de inserción conflictiva de las sociedades andinas a los cambios mundiales en curso. En la región andina, esta conflictividad tuvo que ver con la realidad heredada de la colonia, por la que una gran población indígena, que había sobrevivido el proceso colonial mediante dinámicas de resistencia y negociación constante, debían ser incluidas en la conformación de los espacios nacionales en las flamantes repúblicas postcoloniales.

En el contexto boliviano, en el tránsito de mediados del siglo XIX a mediados del siglo XX, la producción de la modernidad estuvo a cargo de intelectuales, políticos y hombres públicos del criollaje. Fueron ellos, como sector dominante, los que produjeron textualmente las primeras imágenes de la modernidad boliviana como resultado de un espacio geográfico, cultural y étnico percibido usando instrumentos de comprensión importados. De allí surgen, en las escrituras positivistas de la sociología y del realismo literario sobre todo, la crítica letrada a los males de su tiempo, caracterizada por un vocabulario de enfermedad y ocupación que designaba el temor criollo antes el avance de grupos subalternos cuya cercanía generaba zozobra. Al mismo tiempo, en una estrategia diferente por resolver el desencuentro histórico, se actualizó la mirada hacia el mundo indígena, y se generó el arte indigenista, modelo estético de integración del indígena en la construcción de la nación que romantizaba los términos de una integración dócil y subordinada. En este espacio histórico y cultural se desarrolló la presente disertación. Los textos analizados forman parte de la discusión de la modernidad boliviana de su tiempo y tienen el valor de mostrar no sólo cómo el criollo percibía al otro subalterno, sino cuál era la imagen que tenía de sí mismo. Al mismo tiempo, el análisis de los textos presentados mostró en lo fundamental un nuevo aparato

interpretativo para comprender cómo la sociedad dominante de principios de siglo le dio sentido al espacio social de su tiempo. Las narrativas analizadas, con excepción del cuento de Costa du Rels y de Medinaceli en el capítulo 3, forman un corpus poco estudiado y menos aún conocido en la preocupación crítica contemporánea. Y cada una de ellas habla de una relación conflictiva entre elites y grupos subalternos en la conformación simbólica de una modernidad deseada. Poco se ha escrito sobre *El alto de las ánimas*. Las entradas existentes corresponden a historias literarias simplemente referenciales, que posicionan contextualmente la novela junto a otros autores y tendencias de su tiempo. Por ejemplo, *La Historia de la Literatura Boliviana* de Edgar Ávila Echazú, menciona que “en la prosa de Guerra lo poético da un nuevo relieve al realismo introspectivo impresionista, contribuyendo a la ambientación psicológica en la que están sumergidos los actos del protagonista” (147). Esta afirmación, como la de otros textos, dan visibilidad al texto en el panorama de narrativas de principios de siglo XX en Bolivia, y allí su valor, pero nada dicen de las estrategias discursivas componiendo alguna mirada de época más allá de superficiales referencias de estilo. La excepción que confirma la regla es la del propio Medinaceli en su faceta de crítico literario. Medinaceli, además de novelista consagrado, fue considerado uno de los más tempranos fundadores de la crítica literaria en Bolivia. Así, Carlos Medinaceli escribe sobre *El alto de las ánimas* y rescata la imagen del protagonista, Andrés Bermúdez, como una subjetividad que resiste la arremetida de época, y que sostiene una subjetividad noble, una aristocracia de espíritu, en medio de la “ruindad moral del ambiente” y de la modernidad decadente y vulgar que se va formando:

Andrés Bermúdez es un caso psicológico. El autor [José Eduardo Guerra] lo considera un inadaptado y un abúlico, un enfermo de la voluntad. La inadaptabilidad de Andrés explica su concepto pesimista del ambiente; su abulia, el fracaso de sus

sentimientos e ideales. El ambiente que le rodea es polo opuesto a su personalidad. Andrés es un espíritu superior, idealista y romántico y por donde quiera ve sólo sordidez inicua y craso materialismo; es generoso, donde un egoísmo aldeano impera; es caballeroso, donde el plebeísmo y la indecencia imperan; vive ajeno a las lugareñas preocupaciones de sus compatriotas –frivolidad mundana–, banalidad burguesa, politiquería bursátil, literatismo ridículo. La ruindad moral del ambiente acrecienta su abulia. Andrés no se entusiasma por nada. Todo le suena a ludibrio y bazofia. Escéptico, apático, reconcentrado, en la existencia monótona que lleva, no tiene más distracción que su atormentada propensión al autoanálisis. (1969: 188)

Así, Medinaceli ubica la novela de Guerra como cuestión de confrontación con el ambiente social de su época, y con ello inaugura la manera en que buena parte de la novela de principio de siglo ha sido percibida como la crisis del criollismo caracterizada por una suerte de “sofisticada retirada” del mundo criollo hacia el campo (Brusiloff 57), síntoma de un vulgarizado espacio urbano como expresión del mundo indígena y cholo en su avance histórico sobre la ciudad.

Algo similar ocurre con las novelas de Aguirre Achá y de Walter Carvajal. Sobre la primera, el renombre público del autor precedió siempre su escritura. José Aguirre Achá fue parte de una noble y antigua estirpe muy involucrada con la vida política y cultural del país, fue hijo de Nataniel Aguirre, autor de *Juan de la Rosa*, una de las novelas fundacionales de la literatura boliviana, y según García-Pabón, “la novela nacional” por excelencia (*La Patria* 67). Tal vez por ello, la crítica de su tiempo rescata ante todo este tipo de valoración sin entrar en el detalle de la narración y la novedosa temática que propone para pensar la sociedad y la literatura de su tiempo. Más contemporáneamente, *Platonía* ha sido olvidada o mencionada como modelo discursivo de un criollismo aristocrático anunciando su retirada histórica. Cosa similar ocurre con la novela de

Carvajal, autor de menor abolengo, pero igualmente sobresaliente. Carvajal es, a mi gusto, uno de los más extraños casos de olvido cultural en la literatura boliviana. Su novela, que es de una apuesta temática y discursiva modernista, cosa no muy común en la narrativa de la época, pues el modernismo boliviano se manifestó sobre todo en la poesía, bajo la grandiosa sombra de Ricardo Jaimes Freyre, vale la pena ser rescatada³¹. Sobre ella, Fernando Diez de Medina, una de las voces críticas más autorizadas de la primera mitad del siglo XX, hace apenas un breve comentario, colocándola en el grupo de “realismo criollo” (250); es decir, escrituras de observación de la realidad y de contenido sociológico que florecieron en la pluma de sociólogos, historiadores, ensayistas. Augusto Guzmán, en su estudio sobre la novela en Bolivia, hace una breve referencia al autor y afirma que la novela “describe con noble estilo realista la transición de los resabios coloniales a la modernidad invasora. Tema sugerente está tratado con sagacidad artística. Un humor elegante matiza la narrativa, fácil, donde el buen apunte psicológico alterna con la nota costumbrista de carácter local dando al libro categoría de obra selecta, fuera de lo común” (91). Así, Guzmán es uno de los pocos que propone, aunque apenas referencialmente, la relación de la escritura con la modernidad como proyecto complejo de la Bolivia postcolonial, resaltando el sentido de “invasión” como uno de los asuntos de su trama, referida por su puesto a los grupos cholos en ascenso que es uno de los temas en la novela.

Ya como parte de análisis mucho más contemporáneos, *La Chaskañawi* es sin duda una de las novelas que más interés despertaron por la crítica literaria. Ximena Soruco observa en Carlos Medinaceli el anuncio de un cambio de época operando mediante una estética de espiritualización de la naturaleza, del que la chola sería su proyección discursiva. Este retorno a la tierra, convertida en “alma territorial y genio telúrico” (“Patria y modernidad” 137), y que en sintonía con las

³¹ Esta disertación me inició en la tarea de reedición de la novela, proyecto en el que actualmente trabajo.

corrientes indigenistas y teluristas de aquellos años, habría posibilitado el interés, primero, y luego el vínculo con lo indígena, asunto inimaginable en la conciencia criollo-aristocrática de la fundación republicana y durante el siglo XIX. Medinaceli habría contrarrestado la dicotomía civilización-barbarie con el de la civilización-naturaleza, donde el lado negativo de la relación, es decir, la idea de civilización encontró su respuesta creativa en la naturaleza y el viraje a lo propio. De esta forma, en una mirada romántica y de reencuentro espiritual con la tierra, no sería el hombre el que somete a la naturaleza, como en la tradición occidental, sino la rendición de aquel frente a la tierra, lo cósmico, que lo abrumba, vence y aplasta (134). Desde esta perspectiva, el mérito del autor sería el de abrir “las puertas para una profunda democratización lograda en 1952, lo que a su vez configura la emergencia de lo nacional popular en Bolivia” (137).

De esta forma, se puede ver cómo tradicionalmente, las aproximaciones críticas a la formación de la modernidad literaria se refirieron a los primeros 30 años del siglo XX, periodo de explosión de la dinámica de modernización urbana, técnica y material a la que se refiere Coronado al principio de esta conclusión, como un tiempo caracterizado por dos tendencias: la de un criollismo en retirada ante la emergencia de nuevos actores sociales de creciente influencia política y económica en las ciudades (Brusiloff 2016; Vargas 2019); y el desarrollo, sobre todo en la conexión entre indigenismo cultural y estéticas teluristas en la literatura, de un rescate de la tierra y la conexión entre naturaleza y sujeto como antídoto a la decadencia y corrupción social observable en las ciudades (Soruco 2016; Romero 98). Ambos acercamientos, si bien divergentes en el trato discursivo sobre la otredad que proponen, coinciden en el hecho de considerar el espacio en que se desenvuelven como expresión directa, y casi pasiva, de ciertas sensibilidades de grupo manifestada en la pluma de los letrados (Romero, *Las Claudinas* 28). Se pasa de lado el hecho de que el espacio social llega a tener una estructura y significado solamente en términos de una

compleja articulación entre experiencias cotidianas de acción efectiva y prácticas discursivas de interpretación.

Esta tesis buscó presentar un acercamiento alternativo a la comprensión de la modernidad boliviana de principios de siglo, a partir de un nuevo aparato interpretativo que vincula la ciudad, como práctica espacial, a las formaciones discursivas asociadas a ella, como prácticas culturales y políticas. La base de esta tesis fue la idea del espacio social no solo como resultado estético de una sensibilidad artística, sino como producto activo y cambiante de las relaciones sociales ocurridas en él, y que a su vez participa de las formaciones sociales, políticas y culturales de su tiempo. Así, el foco estuvo puesto, como mencionan Dourish y Bell (2007), en los procesos efectivos de organización del espacio; eso es, cómo adecuamientos espaciales que se ensayaron en la ciudad andina de principios de siglo XX fueron infraestructurales para la subsiguiente realización de acciones y políticas sociales referidas a los grupos subalternos; y cómo de esa organización espacial surgió también un proceso de organización cultural, eso es, la manera en que la ciudad en modernización funcionó infraestructuralmente en la producción colectiva de sentido culturales.

El desarrollo de los capítulos de la tesis compuso un corpus literario ignorado o muy poco estudiado en las historias críticas literarias: la narrativa decadentista. La conexión analítica entre estas narrativas y el desarrollo infraestructural de la ciudad muestran un panorama de época que se distancia de las lecturas que veían en la presencia criolla del cambio de siglo un gesto de retirada histórica frente al avance social de grupos cholos e indígenas urbanos. Por el contrario, los textos analizados muestran un vigente interés histórico de las elites criollas por diseñar simbólicamente un proyecto de modernidad desde las asociaciones de sentidos, deseos, aspiraciones y fantasías espacialmente creadas en la dinámica de desarrollo de las ciudades. Tanto la ciudad como la literatura de estilo decadente se muestran entonces como activos espacios de producción de

modernidad, una modernidad que rescata aún la centralidad del cuerpo criollo mientras subordina, como ocurrió en la época colonial, a indígenas y cholos a espacios históricos marginales.

Entre las contribuciones de este acercamiento están las siguientes:

1. El proceso de análisis de esta investigación abre un espacio alternativo a las clasificaciones de textos y autores ensayados por la crítica boliviana. Entre ellas, la que divide la historia literaria boliviana entre obras de gesto “testimonial”, de representación de la realidad, y obras de experimentación formal conformando espacios de modernidad marginal³². Mi propuesta compone un espacio literario desde un lenguaje que no solo hace testimonio de la enfermedad social o que incorpora elementos modernistas como gesto de ruptura, sino que plantea, en consonancia con la literatura de la región Latinoamericana, lo decadente como gesto revitalizador y lugar desde donde imaginar un espacio social integrado a la modernidad mundial. (Se abre un espacio alternativo en la delimitación y clasificación histórica de los textos y autores del panorama literario en Bolivia)

2. La mirada a diferentes fuentes de producción discursiva, encarada por este trabajo mediante la exploración de una gran cantidad de material de archivo, amplía la comprensión de la literatura como práctica cultural, permitiendo al mismo tiempo una entrada alternativa al archivo sobre las escrituras sobre la modernidad boliviana desde la idea del espacio urbano como campo de actividad cargado de significados políticos y culturales, y mostrando cómo la “política del espacio” se encuentra al centro del discurso literario.

- Finalmente, desde el acercamiento metodológico sobre el espacio al centro de una compleja conexión de discursos y prácticas sociales que se desarrollan en la articulación entre experiencia práctica y cotidiana, aparatos institucionales, y prácticas imaginarias y ficcionales de habitación y uso simbólico del espacio, la tesis desarrolla la evidencia de los 30 primeros años del siglo XX

³² En Wiethüchter y Paz-Soldán, *Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia* 2002

como tiempo de emergencia de un nacionalismo liberal. El espacio social en la base de la modernidad boliviana sería uno de adscripción al capitalismo de importación y consumo, basado en la economía informal al margen del estado y de subjetividades individualistas como forma social de inscripción de la nación a la modernidad. Visto así, la modernidad liberal habría funcionado desde muy temprano como una constelación de significados construyendo lo social. Este acercamiento podría ser un aporte no solo en la explicación de la realidad boliviana de principios de siglo, sino para una nueva comprensión de lo andino como categoría de interpretación de la modernidad en los países de los Andes con fuerte presencia indígena, en la que la relación entre sujetos y modernidad no sea simplemente la de una contenciosa marginalidad, sino el de la modernidad como hecho incuestionable, integrada a las practicas cotidianas en los Andes, tocando el cuerpo y la presencia de todo lo “no-moderno”.

Bibliografía

Alarcón, J. Ricardo. *Bolivia en el primer centenario de su independencia*, 1925.

Albarracín, Juan. *Orígenes del pensamiento social contemporáneo de Bolivia*. Empresa editor Universo, 1976.

----- *El gran debate: positivismo e irracionalismo en el estudio de la sociedad boliviana*. 1978.

Aguirre Achá, José. *Platonía. Escenas de la democracia en la América Latina*. Imprenta Eléctrica, 1923.

Archibald, Priscilla. *Imagining modernity in the Andes*. Bucknell UP, 2011.

Arguedas, Alcides. *Obras Completas*. Impresiones Modernas, 1959.

Arze, Silvia y Barragán Rossana. *El Centro Urbano durante los Siglos XIX y XX*. Alcaldía Municipal de La Paz, 1988.

Aronna, Michael. "Pueblos enfermos". *The Discourse of Illness in the Turn-of-the-Century Spanish and Latin American Essay*. North Carolina UP, 1999.

Baptista, Mariano. *La Paz. Vista por viajeros extranjeros y autores nacionales. Siglos XVI al XXI*. Editorial Kipus, 2013.

Barragán, Rossana. "Más allá de los mestizo, más allá de lo aymara: Organización y Representaciones de clase y etnicidad en La Paz". *América Latina Hoy*, 43, 2006, pp. 107-130.

Beckman, Ericka. *Capital Fictions. The Literature of Latin America's Export Age*. U of Minnesota P, 2013.

Bedregal, Juan Francisco. *Arqueología de los imaginarios urbanos de la modernidad en la ciudad de La Paz*. Empresa Editorial EDOBOL, 2009.

Boehmer, Elleke and Dominic Davies. "Literature, planning and infrastructure: Investigating the southern city through postcolonial texts". *Journal of Postcolonial Writing*, 51.4, 2015, pp. 395-409.

-----, "Introduction: The city always wins". *Planned Violence: Post/Colonial Urban Infrastructures, Literature, and Culture*. Palgrave Macmillan, 2018, pp. 1-26.
<https://doi.org/10.1007/978-3-319-91388-9>

"Brill Cars for the Capital of Bolivia". *Brill Magazine*, 15 May 1909, pp.110-117. Hathi Trust, <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=mdp.39015013470185&view=1up&seq=1&skin=2021>.

Fecha de consulta: 19 Enero 2021.

Brockmann, Robert. "Tus calles. ¡Ay Rebelde La Paz!". *Bicentenario de la Revolución del 16 de Julio*. Gobierno Municipal de La Paz, 2009, pp. 78-89.

Brusiloff, Pedro. *Política y romance en La Candidatura de Rojas de Armando Chirveches*. CIS, 2016.

Chari, Anita. *A Political Economy of the Senses*. Columbia UP, 2015.

Calinescu, Matei. *Five Faces of Modernity*. Duke UP, 1987.

Carvajal, Walter y Julio Gutiérrez. *Guía Internacional del viajero*. Escuela Tipográfica Salesiana, 1918.

Carvajal, Walter. *Renovarse o morir*. González y Medina, 1919.

Concejo Municipal de La Paz. Memoria de los actos administrativos. Reglamento General de Funcionamiento de Tranvías. La Paz, 1910.

Contreras, Manuel. "El desarrollo del transporte en Bolivia, una aproximación al impacto económico y social de los ferrocarriles y carreteras 1900-2015". *Un siglo de economía en Bolivia 1900-2015*, tomo I, Coord. Iván Velásquez y Napoleón Pacheco, Konrad Adenauer Stiftung, 2017, pp. 317-358.

Condarco Morales, Ramiro. Zárate. *El "temible" Willka. Historia de la rebelión indígena de 1899*. El País, 2011. [4620.-Zarate-el-temible-Willca-Condarco.pdf \(fundacion-rama.com\)](http://fundacion-rama.com/4620.-Zarate-el-temible-Willca-Condarco.pdf)

Cooper, Christine. "Entrepreneurs of the self: The development of management control since 1976". *Accounting, Organizations and Society*, vol 47, 2015, pp. 14-24

Cornejo Polar, Antonio. *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Latinoamericana editores, 2003.

Coronado, Jorge. "Sobre la noción de lo andino: Contexto y consideraciones". *Visiones de los Andes. Ensayos críticos sobre el concepto de paisaje y región*, Plural, 2019, pp. 203-218.

Costa du Rels, Adolfo. *El embrujo del oro*. Los amigos del libro, 1997.

Costa Ardúz, Rolando. *La Paz. Sus rostros en el tiempo*. Vol.2, Honorable Alcaldía Municipal de La Paz, 1993.

Davies, Dominic. *Imperial Infrastructure and Spatial Resistance in Colonial Literature, 1880-1930*. Peter Lang, 2017.

De Marchi Bianca, Cristina Machicado, Huascar Morales. *Transportes, pasajeros y vías. Aproximaciones a la historia de la integración boliviana*. Centro de Investigaciones Sociales, 2021.

Demelas, Marie-Daniele. *Darwinismo a la criolla. El darwinismo social en Bolivia. 1880-1910*. Tomo I/2, Historia Boliviana, 1981.

Dilts, Andrew. "From 'Entrepreneur of the Self' to 'Care to the Self': Neo-liberal Governmentality and Foucault's Ethics". *Foucault Studies*, no. 12, October 2011, pp. 130-146.

Dibbits, Ineke, Elizabeth Peredo, Ruth Volgger y Ana Cecilia Wadsworth. *Polleras libertarias. Federación Obrera Femenina. 1927-1960*. Taller de Historia y Participación de la mujer La Paz, 1986.

Diez de Medina, Fernando. *Literatura boliviana*. Aguilar, 1959.

Dourish, Paul y Genevieve Bell. "The Infrastructure of Experience and the Experience of Infrastructure: Meaning and Structure in Everyday Encounters with Space". *Environment & Planning B: Planning and Design*, vol. 34, no. 3, 2007, pp. 414-430.

Dussel, Enrique. *16 Tesis de Economía Política*. Siglo XXI editores, 2015.

Fernández Juárez, Gerardo. "Enfermedad, moda y cuerpo social en el altiplano aymara: Un boceto de inspiración colonial sobre modelos de identidad en los Andes". *Revista española de antropología americana*, no. 28, 1998, pp. 259-281.

Ferrufino, Rolando. "Industria. La industrialización en Bolivia 1900-2015". *Un siglo de economía en Bolivia (1900-2015)*. Tomo I, coord. Iván Velásquez y Napoleón Pacheco, Konrad Adenauer Stiftung, 2017, pp. 275-316.

Foucault, Michel. "Questions on Geography". *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*. Pantheon, 1980, pp. 63-77.

Franco, Jane. *Introducción a la literatura hispanoamericana*. Monte Ávila Editores, 1969.

García Canclini, Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Paidós, 2001.

García, José Uriel. *El nuevo indio. Ensayos indianistas sobre la sierra surperuana*. HG Rozas Sucesores, 1937.

García Pabón, Leonardo. *De Incas, Chaskañawis, Yanakunas y Chullas. Estudios sobre la novela mestiza en los Andes*. Cuadernos de América sin nombre, No 19, 2007.

----- *La Patria Íntima. Alegorías nacionales en la literatura y el cine de Bolivia*. Plural, 2009.

Gobierno Autónomo Municipal de La Paz. *Historia del transporte público*. Gobierno Autónomo Municipal de La Paz, 2014.

Godelier, Maurice. “Infrastructures, Societies, and History”. *Current Anthropology*, vol. 19, no. 4, 1998, pp. 763-771.

Guzmán, Augusto. *La novela en Bolivia*. La Juventud, 1955.

Guevara, Nadia. *La estrategia de construcción del espacio paceño 1880-1920*. Plural, 2021.

Harvey, David. *The Condition of Postmodernity. An Enquiry into the Origins of Cultural Change*. Blackwell, 1989.

Irurozqui, Marta. *La armonía de las desigualdades: Élités y conflictos de poder en Bolivia, 1880–1920*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas/ Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos ‘Bartolomé de Las Casas’, 1994.

----- *La democracia imposible: 1900-1930. Visiones de fin de siglo*. Institut français d'etudes andines, 2001.

Larkin, Brian. “The Politics and Poetics of Infrastructure.” *Annual Review of Anthropology*, no. 42, 2013, pp. 327-343.

Lázaro, Gabriela. *La energía eléctrica en la modernidad paceña: Represas de Milluni y Zongo, los tranvías y los inicios del teléfono (1855-1950)*. Gobierno Autónomo Municipal de La Paz, 2009.

Lefebvre, Henri. *The Production of Space*. Editions Anthropos, 1991 (1974).

Massey, Doreen. “Power-Geometry and a Progressive Sense of Place”. *The Doreen Massey Reader*, ed. Brett Christophers, Rebecca Lave, Jamie Peck, Marion Werner, Agenda Publishing Limited, 2018, pp. 149-159.

----- *For Space*. London: SAGE Publications, 2008.

Martínez, Françoise. “¡Que nuestros indios se conviertan en pequeños suecos! La introducción de la gimnasia en las escuelas bolivianas”. *Bulletin de l’Institut Français d’Études Andines*, vol. 28, no. 3, 1999, pp. 361-386.

Martínez Martín Abel Fernando. “Reflexiones en torno al sistema mundo de Immanuel Wallerstein”. *Revista historia y memoria*, vol. 2, 2011, pp. 211-220. Redalyc, <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=325127478010>

Marof, Tristan. “Prólogo”. *Saavedra. El último caudillo*. Editorial La Paz, 1941, pp. i-xxv.

----- *La justicia del Inca*. Librería Falk Fils, 1926.

Mukherjee, Upamanyu Pablo. "Detecting World-Literature: (Sub-)Urban Crimes in the Nineteenth Century." *Planned Violence: Post/Colonial Urban Infrastructures, Literature, and Culture*. Palgrave Macmillan, 2018, pp. 273-288. <https://doi.org/10.1007/978-3-319-91388-9>

Medinaceli, Carlos. *La Chaskañawi*. Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, [s.f]. [La chaskañawi : Carlos Medinaceli : Free Download, Borrow, and Streaming : Internet Archive](#)

----- "Prosistas bolivianos en la época del modernismo". *Ciencia y cultura*, no 19, 2017, pp. 115-134.

Morrison, Allen. "Los tranvías de La Paz, Bolivia". www.tramz.com/bo/lp/lps.html. Fecha de consulta: 5 Octubre 2018.

Nemser, Daniel. *Infrastructures of Race. Concentration and Biopolitics in Colonial Mexico*. Austin: U of Texas P, 2017.

"New Cars for La Paz, Bolivia". *Brill Magazine*, Agosto de 1925, pp. 310-312. Fecha de consulta: 25 Enero 2021.

Nouzeilles, Gabriela. "La ciudad de los tísicos: tuberculosis y autonomía". *Anales de la literatura española contemporánea*, vol. 23, no. 1 y 2, 1998, pp. 295-313.

Otero, Gustavo Adolfo. *Cabezas: siluetas de políticos, literatos, diplomáticos y otras liendres de la fauna pintoresca*. Librería Minerva, 1921.
<https://hdl.handle.net/2027/txu.059173024521534>

Paredes Candia, Antonio. *La chola boliviana*. Ediciones Isla, 1992.

Paz Soldán, Edmundo. "Nación (enferma) y narración: El discurso de la degeneración en "Pueblo enfermo" de Alcides Arguedas." *Revista hispánica moderna*, año 52, no. 1, 1999, pp. 60-76.

Prudencio Bustillos, Ignacio. *Páginas dispersas*. Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, 2014.

Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Arca, 1998.

----- *Rubén Darío y el modernismo*. Alfadil, 1985

Robinson Wright, Maria. *Bolivia. El camino central de Sur América*. George Barrie and Sons, 1907. <http://www.archive.org/details/boliviaelcaminocOOwrig>

Rodríguez, Gustavo y Humberto Solares. *Maíz, chicha y modernidad. Telones y entretelones del desarrollo urbano de Cochabamba (Siglos XIX y XX)*. Editorial El País, 2011.

Rodríguez, Huáscar. "Diferentes pero unidos en pie de guerra. Los sentidos del liberalismo en Cochabamba a fines del siglo XIX". *Vértigo liberal*, Carrera de Literatura, 2019, pp.25-58.

Rodríguez Quispe, Virgilio. *Impacto de la modernidad en la ciudad de La Paz 1900-1920*. CEPAAA, 2015.

Romero, Carlos. *Las taras de nuestra democracia*. La Paz: Arnó hermanos, 1919.

Romero, José Luis. *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*. Siglo XXI, 2001.

Romero Pittari, Salvador. *Las Claudinas. Libros y sensibilidades a principios de siglo*. Serie de Investigaciones Sociales, 1998.

----- *El nacimiento del intelectual en Bolivia*. Garza Azul impresores y editores, 2009.

Salamanca, Octavio. *Nuestra vida republicana. Esbozos de la sociología boliviana*. Tipografía Ponce de León, 1916.

Salmón, Josefa. *El espejo indígena. El discurso indigenista en Bolivia 1900-1957*. Plural Editores, 1997.

Sanjinés, Alfredo. *Síntesis histórica de la ciudad de La Paz 1548-1948*. Imprentas Asociadas, 1949.

Sanjinés, Javier. *Mestizaje Upside-Down. Aesthetic Politics in Modern Bolivia*. Pittsburg: U of Pittsburg P, 2004.

Schelchkov, Andrey y Pablo Stefanoni. *Historia de las izquierdas bolivianas. Archivos y documentos (1920-1940)*. Centro de Investigaciones Sociales, 2016.

Soruco, Ximena. *La ciudad de los cholos. Mestizaje y colonialidad en Bolivia. Siglos XIX y XX*. IFEA, PIEB, 2011.

----- “La chola boliviana en la primera mitad del siglo XX. De femme fatale a madre de la nación”. *L'Âge d'or* [En línea], 10, 2017, URL: <https://journals.openedition.org/agedor/1693>

----- “Patria y modernidad en Carlos Medinaceli”. *Estudios bolivianos*, no. 22, Universidad Mayor de San Andrés, 2015, pp. 123-138.

Souza, Mauricio. *Lugares comunes del modernismo. Aproximaciones a Ricardo Jaimes Freyre*. La Paz, 2003.

Stavenhagen, Rodolfo. “Seven Fallacies About Latin America”. *Rodolfo Stavenhagen. Pioneer on Indigenous Rights*. El Colegio de México, 2013, pp. 21-37.

Stephenson, Marcia. “The Architectural Relationship between Gender, Race, and the Bolivian State”. *The Latin American Subaltern Studies Reader*. Ed. Ileana Rodriguez. Duke UP, 2001, pp. 367-382.

Siskind, Mariano. *Cosmopolitan Desires. Global Modernity and World Literature in Latin America*. Northwestern UP, 2014.

“Sobre asuntos de tráfico tranviario opina en detalle el Myr. Aníbal Cavada”. *La Razón*, 24 de Mayo 1935, p. 6. Fecha de consulta: 4 May 2021.

Suárez, Hugo José. “Archivo Julio Cordero (1900-1961): Fotografía del progreso en Bolivia”. *Relaciones*, no. 104, vol. XXVI, otoño 2005, pp.107-133.

Tello, Ana Lucía. “‘Yo no veo aquí más que miserias’: Enfermedad social y capitalismo humanitario en las tierras del Potosí”. *Bolivian Studies Journal*, vol. 28, 2022, pp. 110-134.

Tuan, Yi-Fu. “Space and Place. A Humanistic Perspective”. *Philosophy in Geography*. [s/r]. pp. 387-427.

Vargas, Freddy. “La crisis del ethos liberal vista desde *La Chaskañawi* de Carlos Medinaceli”. *Vértigo Liberal. Sociedad, economía y literatura en la Bolivia de entreguerras (1880-1930)*. III/Carrera de Literatura, 2019, pp. 348-363.

Von Schnitzler, Antina. “Water, Calculability, and Techno-Politics in South Africa”. *Journal of Southern African Studies*, vol. 34, no. 4, Dec. 2008, pp. 899-917.

Wadsworth, Ana Cecilia y Ineke Dibbits. *Agitadoras del buen gusto. Historia del sindicato de culinarias (1935-1958)*. TAHIPAMU/Hisbol, 1989.

Ypeij, Annelou. “Cholos, incas y fusionistas: El nuevo Perú y la globalización de los andino”. *Revista europea de estudios latinoamericanos y del Caribe*, no. 94, abril 2013, pp. 67-82.